



EL SUEÑO DE AMARTE

Dina Reed

EL SUEÑO DE AMARTE
DINA REED

©Dina Reed, marzo 2018

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: Fotolia

Diseño portada: DR

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

ÍNDICE

ÍNDICE

SINOPSIS

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[EPÍLOGO](#)

SINOPSIS

Cuando Kate Morgan acepta el puesto de camarera en uno de los locales de copas más famosos de Nueva York, no se imagina la que se le viene encima.

Y es que a pesar de todas las advertencias que le hacen sobre el dueño, ella decide hacer caso omiso de las habladurías y comprobar de primera mano que Henry Zank es mucho peor.

Su jefe no solo es uno de los solteros de oro de la Gran Manzana, rico, atractivo, misterioso y con una fama terrible de rompecorazones, sino que tiene una mirada profunda, triste y oscura en la que Kate ve demasiadas cosas, tantas que es consciente de que ese hombre podría tambalear su mundo por completo.

Porque para Kate su jefe es mucho más que un sueño, es más hasta podría ser una aventura excitante, peligrosa y explosiva, ¿pero y si el amor juega un papel inesperado? ¿Se puede confiar en alguien demasiado acostumbrado al sexo sin corazón, al placer sin compromiso y a experimentar sin límites?

Henry por su parte lo tiene clarísimo. Aunque todo el mundo está convencido de que lo posee todo, él sabe que le falta lo principal: eso que intuye que solo alguien con tanta luz, sensibilidad, energía y coraje como Kate puede darle. Pero ¿cómo hacer que para que crea en él a pesar de su reputación? ¿Todavía hay esperanza para un hombre como él? ¿Logrará por fin su sueño de amar y ser amado?

Capítulo 1

Kate se dirigía en metro a la entrevista de trabajo con un impecable traje sastre oscuro de Armani y un maletín de piel donde llevaba su brillante currículum.

Podía haberse comprado un par de trapajos modernos en algún *outlet* para acudir a la entrevista, pero hacía tres días que se había mudado desde Chicago y apenas le había dado tiempo ni a respirar.

Además, ¿para qué disfrazarse de algo que no era si al final su currículum iba a delatarle?

Brillante expediente académico en la escuela de negocios de Booth y empresaria de éxito con tres locales nocturnos en Chicago, ¿cómo no iba a vestir de esa forma?

Porque aunque hacía unos meses hubiera vendido su parte del negocio a John su socio y antiguo novio, ella seguía siendo esa mujer emprendedora y luchadora, capaz de enfrentarse a cualquier reto.

Como este de dejar atrás su confortable vida en Chicago, hacer las maletas y empezar desde abajo en una ciudad tan loca y trepidante como Nueva York.

Pero tenía que hacerlo, después de romper con su novio de toda la vida y su socio, por puro desgaste y de mutuo acuerdo, necesitaba un cambio de aires y sobre todo un cambio de vida radical.

Por eso, cuando por casualidad vio un anuncio en el que se solicitaban camareras para uno de los locales de copas de moda de Nueva York, ni se lo pensó. Era la ocasión propicia tanto para cambiar de ciudad, como para conocer el negocio desde dentro y en profundidad, antes de dar el salto a lo que era su verdadera meta: crear su propia cadena de locales por todo el

mundo como el mismísimo Henry Zank.

Y es que ya que se trataba de aprender, había que hacerlo de los mejores y sin duda Henry Zank lo era...

A pesar de tener solo 33 años, ya poseía más de treinta clubs repartidos por los lugares más exclusivos del planeta y frecuentados por personas influyentes y poderosas, desde políticos a cantantes, pasando por modelos y empresarios billonarios...

El único inconveniente era la fama de crápula y de canalla que le precedía, pero a ella qué le importaba si su único objetivo era trabajar duro y aprender al máximo de ese genio de los negocios.

Y para eso, después de una dura fase de preselección en la que había superado varios psicotécnicos, entrevistas y pruebas de idiomas en Chicago, ya solo le quedaba pasar la última entrevista con el jefe de Recursos Humanos en Nueva York.

O eso creía...

El caso fue que llegó por fin a su estación de metro, se bajó y en cuanto salió a la superficie recibió la llamada de su madre que estaba muy preocupada por ella.

—Mamá, no es buen momento para hablar. Estoy a punto de llegar al local de Henry Zank en el Soho...

—Katy por eso mismo te llamo, todavía estás a tiempo. No entres en ese nido de perdición, por lo que más quieras.

Kate resopló porque estaba más que harta de escuchar las monsergas de su madre sobre Henry Zank.

—Mamá ni que fuera a entrevistarme con el mismo diablo...

—Pues casi. Oh Katy, mira que eres terca. Si siguieras las noticias de la farándula como yo, sabrías que ese hombre no es nada recomendable. El otro día precisamente leí unas cosas horribles sobre él.

—¿Algo tan terrible como que es uno de los empresarios del año? ¡Mamá, por favor, no creas esas patrañas!

—Tu abuela decía que cuando el río suena, agua lleva... —replicó la madre muy preocupada.

—Mamá, por favor, tranquilízate que no pasa nada. Es solo un trabajo, como otro cualquiera...

—Henry Zank no es un hombre cualquiera, es un golfo desalmado que usa a las mujeres como si fueran pañuelos. En cuanto te vea querrá que seas una muesca más en su revólver.

—Sé muy bien a lo que he venido a Nueva York, no voy a perder el tiempo con nada que no sea trabajar duro y aprender al máximo de él.

La madre resopló desesperada y replicó a su hija, muy ansiosa:

—¡Mira qué eres obstinada, hija mía! Si pudiera ahora mismo me plantaba en Nueva York para traerte derechita a casa. No puedo quedarme de brazos cruzados, mientras tú te adentras en la boca del lobo.

—Mamá, tengo 27 años, tengo edad suficiente para cuidarme sola. No pienso caer rendida a los encantos de Henry Zank, es más para que te quedes tranquila te diré que ni siquiera es mi tipo.

—¡No seas ilusa, Katy! Nada puede frenar a ese tipo de cerdos sin escrúpulos. Te embaucará, te seducirá, te manipulará y logrará lo que quiera de ti sin que apenas te des ni cuenta. Nadie está salvo ante esa clase de hombres, cielo. Nadie. Son gente turbia, retorcida, oscura... Por favor, no vayas a esa entrevista... En Chicago montaste con John tres locales, tú ya tienes experiencia de sobra. No necesitas irte con Henry Zank a aprender desde la base, tú ya lo tienes todo para crear tu propio negocio...

—No, todavía me falta y eso es justo lo que quiero aprender de él.

—*Argggg*. Eres igual que tu padre, que hasta que no se da contra la pared no escucha a nadie. Luego no me llames para que recoja tus pedacitos, cielo...

Bueno, mejor sí, llámame. Soy tu madre, siempre voy a estar ahí... Las madres somos así de tontas.

—Te agradezco tu preocupación, mamá, pero es innecesaria. Va a salir todo genial. Y ahora te dejo que estoy en la misma puerta del club Zank. Deséame suerte, anda...

—No me pidas eso. ¡Solo faltaba! Al revés, te deseo que te vaya muy mal y te vuelvas a Chicago.

—Solo por lo que me ha costado hacer la mudanza, ya no me sacan de aquí ni con agua caliente. Aparte de que he pagado tres meses de alquiler por adelantado...

—Con tu currículum puedes trabajar en cualquier sitio, ojalá no te seleccionen y no te quede más remedio que aspirar a un trabajo como Dios manda, en un horario decente. ¡Es que solo de pensar que puedes acabar de camarera en ese antro de vicio y desenfreno se me ponen los pelos de punta!

—Mamá que es uno de los mejores y más exclusivos locales de copas de Nueva York, para ya con eso por favor...

—Sí, pero el dueño es un degenerado, a saber qué se cuece en sus cocinas.

—Cuelga de una vez, déjame que pase la entrevista y te cuento con pelos y señales. Te lo prometo. Jajajajaja.

—Tú ríe, que como decía mi abuela: “ya llorarás, querida”. Y mucho.

—¡No seas dramática, mami! Es más, te invito a que vengas dentro de un mes a verme a Nueva York y veas lo felicísima que soy con mi nueva vida y mi nuevo trabajo.

—Ojalá, pero eso solo sucederá si no te seleccionan para trabajar en el club de ese pervertido.

—¿Apostamos algo? —preguntó Kate convencida de que todo iba a salir a las mil maravillas.

—Te recuerdo que nosotros no somos de apuestas, señorita. Madre mía, ¿es

que no ves lo que está pasando? Todavía no has entrado a ese antro de perdición y ya te estás yendo hacia el lado oscuro. Apuestas... ¡Válgame el cielo!

—Sí, gano yo, y soy requetefeliz, os venís todos, a Nueva York y os invito a una cena en el mejor restaurante... Y si pierdo y lloro mares enteros... pues... *Mmmm*. ¡Os venís también a consolarme y me haces tu famosa bomba de chocolate para que se me pase! ¿Qué te parece? Jajajajaja.

—Me parece que Dios quiera que nadie ni nada se lleve tu alegría ni enturbie tu corazón, querida Katy. Rezaré por ello...

—Gracias, mamá. Y ya sí que cuelgo que faltan tres minutos para las diez...

Kate colgó delante de la puerta del local, donde informó al vigilante que estaba citada a las diez para una entrevista. El hombre la hizo pasar y ella esperó en una sala minimalista y funcional a que el Jefe del Departamento de Recursos Humanos la entrevistara.

Lo que menos podía imaginar era que tras la puerta de madera maciza quien le estaba esperando realmente era el mismísimo Henry Zank...

Capítulo 2

Henry Zank tenía demasiadas cosas que hacer esa mañana, como siempre, pero como su jefe de Recursos Humanos había sufrido un pequeño accidente doméstico, y no iba a poder acudir al trabajo hasta última hora de la tarde, había decidido suplirle durante las entrevistas.

No quería dejar en manos de nadie más algo tan importante como la contratación del personal de sala, que eran la cara visible de la empresa, así que en ausencia de Peter, que no solo era su jefe de Recursos Humanos sino también su hombre de confianza, no le quedaba más remedio que entrevistar a la joven que a primera vista, tenía un currículum brillante.

Tan brillante que al momento saltaron todas las alarmas...

¿Cómo Peter podía haber seleccionado a alguien con un perfil así para el puesto? ¿Ese hombre se había vuelto loco o qué?, pensó.

Porque era evidente que incorporar a alguien formada en una prestigiosa escuela de negocios y que había montado tres clubs exitosos en Chicago, era un auténtico peligro.

Henry resopló y justo en ese instante su secretaria le informó de que la joven había llegado:

—Hazla pasar, por favor —le pidió Henry convencido de que aquello no iba a durar más que un par de minutos.

Y es que no iba a ser tan imbécil de incorporar a su empresa a una cerebrita talentosa que tenía toda la pinta de tener capacidad para no solo desentrañar hasta el último secreto de su modelo de negocio, sino perfeccionarlo con absoluta brillantez.

—Señorita Morgan... el señor Zank le espera... —le dijo Brenda, la secretaria del señor Zank, con una sonrisa enorme.

Kate miró a esa chica que parecía una modelo de revista, con su casi metro ochenta, su pelazo abundante, la sonrisa perfecta y un cuerpazo increíble, y por primera vez sintió que tal vez su objetivo podía escapársele de las manos.

Y no es que ella se sintiera acomplejada por su físico porque, a pesar de que no era muy alta, ni muy rubia, ni tuviera una talla 100 de sujetador, se sentía orgullosa de su mirada limpia y de su sonrisa franca...

¿Claro que eso sería suficiente para Henry Zank?

Respiró hondo para ver si de esa forma lograba quitarse esos temores de última hora y se recordó que era una mujer valiosa y luchadora, y que iba a seguir siéndolo independientemente de lo que pasara en la entrevista con ese triunfador.

Si lograba entrar, perfecto y si no... seguiría adelante con más fuerza todavía.

De tal modo que en cuanto escuchó que la secretaria la invitaba a pasar, se levantó de un respingo, agarró el maletín y replicó con una sonrisa ancha, y destilando seguridad y confianza en sí misma por los cuatro costados:

—Muchas gracias. Eres muy amable.

Brenda le devolvió la sonrisa y luego le deseó en voz baja:

—Mucha suerte.

Kate agradeció sus buenos deseos con una leve inclinación de cabeza y acto seguido Brenda abrió la puerta del despacho de su jefe.

Ya no había vuelta atrás, Kate se mordió los labios y caminó hacia la enorme mesa donde alguien trabajaba detrás de una pantalla gigante, tan enorme que solo se le veía la frente amplia y el cabello oscuro:

—Buenos días —saludó Kate en un tono de voz que denotaba aplomo y confianza.

Henry se echó a un lado y entonces la vio...

Lo cierto era que cuando había estado analizando su currículum ni siquiera

se había parado a mirar la foto, su formación y experiencia le habían impresionado tanto que se había perdido algo que estaba completamente a la par.

Y es que esa chica tenía algo que era jodidamente especial, pensó, aunque no sabía decir qué. Tal vez el coraje de presentarse a una entrevista de trabajo para un puesto de camarera vestida con un riguroso traje oscuro de ejecutiva, tal vez por llevar un maletín y el último modelo de bolso de Prada, tal vez porque tenía los ojos azules más bonitos que había visto en su vida o tal vez porque aunque tenía un cuerpo proporcionado y sugerente, no se parecía al resto de modelos y actrices a las que estaba tan acostumbrado.

Es más, tenía las suficientes agallas como para presentarse allí, con una ilusión en la mirada que impresionaba y con una actitud tan entusiasta y determinada que entendió por qué había llegado hasta la criba final.

Definitivamente, Peter Brown no se había vuelto loco... Sin embargo él sí que podía volverse completamente loco por una mujer como la que tenía enfrente...

Pero no se iba a volver porque si tenía una norma rigurosa era que jamás tenía nada con ninguna de sus empleadas. Y esa joven estaba a punto de serlo, eso sí si es que lograba darle respuestas convincentes a una serie de preguntas que le quemaban por dentro.

Por lo que se levantó y dijo tendiéndole la mano:

—Buenos días, señorita Morgan.

Kate al percatarse de que a quien tenía enfrente era al mismísimo Henry Zank se quedó perpleja. ¿Qué hacía un tipo tan ocupado como él entrevistando a una aspirante a camarera de su local del Soho? ¿Hasta ese extremo era de obsesivo y controlador?

—Buenos días, señor Zank —replicó ella, estrechando la mano fuerte y ancha.

—Qué bien que sepa quién soy, así nos ahorramos las presentaciones.

—¿Quién no conoce a Henry Zank? —inquirió ella, sin arrugarse lo más mínimo.

Henry que estaba acostumbrado a que todo el mundo le rindiera pleitesía a la primera de cambio, se quedó impresionado con la naturalidad y desparpajo de esa mujer.

—¿Quiere saber la verdad? —quiso saber Henry arqueando una ceja.

—Siempre quiero saber la verdad, señor Zank, aunque duela.

—Nadie. Realmente nadie me conoce, pero eso a quién le importa... — Henry apartó la vista de esa mujer preciosa en cuya mirada notó un punto de condescendencia que no le gustó nada y le pidió—: Tome asiento, por favor...

Kate sintió una punzada extraña en el estómago al escuchar a ese hombre que se suponía que lo tenía todo, por el que suspiraba media humanidad, reconocer semejante cosa. Y lo que era peor, sentía que le estaba diciendo la pura verdad, que nadie le conocía y que en última instancia estaba solo, terroríficamente solo.

Conmovida por la confesión, se sentó en un sofá de cuero confortable en tanto que el señor Zank sacaba de una carpeta negra de piel su currículum.

—Gracias —dijo mientras se enderezaba bien en la silla.

Henry de nuevo la miró, pero esta vez muy serio, como así pudiese evitar que esa joven sintiera algo parecido a la compasión por él, y fue directo al grano.

—Su currículum es brillante, señorita Morgan, pero como comprenderá yo no soy la Universidad de Chicago. No he montado este negocio para que jóvenes talentos no solo copien mi modelo sino que lo perfeccionen y me quiten parte del pastel.

Esas palabras a Kate no le pillaron por sorpresa, sabía perfectamente cómo eran los tipos como Henry Zank, que no podían perder ningún segundo y tenían

más que claros sus objetivos, así que se limitó a hablar con la misma contundencia:

—Su modelo de negocio no es clonable porque una parte importante de su éxito está fundamentado en el culto a su personalidad. Todo el mundo sabe que Henry Zank solo hay uno...

Henry detestaba que le doraran la píldora, pero en esta ocasión sabía que esa chica no estaba adulándole, que tan solo estaba siendo tremendamente honesta. Por eso, habló con la misma sinceridad:

—Sé que tengo a enfrente a alguien especial y me preocupa. Me preocupa muchísimo, señorita Morgan.

Kate sintió la mirada penetrante de ese hombre sobre la suya y entendió por qué las mujeres perdían la cabeza de esa manera por él. Y es que no solo era guapo, alto, fuerte, varonil y *sexy*, muy *sexy*, es que tenía la presencia más imponente y arrolladora que había conocido en su vida.

Pero eso qué importaba, ella no estaba allí para juzgar esas cosas, sino para conseguir el puesto de camarera, por eso se removió un poco en el asiento y repuso tajante:

—No tiene nada de qué preocuparse, señor Zank...

Capítulo 3

El señor Zank clavó la vista en el currículum de Kate y se puso a repasarlo en voz en alta:

—Las mejores notas a su paso por la escuela de negocios de Booth, con apenas 26 años tenía ya tres clubes en Chicago y además juega al ajedrez. ¿Me está diciendo en serio que no tengo nada de qué preocuparme, señorita Morgan?

Kate que se había preparado a conciencia esa entrevista, sabía que la única respuesta era la verdad:

—Soy una persona estudiosa, pero eso solo habla de mi capacidad de trabajo, de esfuerzo, de concentración y...

—Cerebro. Mucho cerebro, señorita Morgan.

—Mire, cuando terminamos la carrera, mi novio y yo, que estudiábamos juntos, decidimos emprender una aventura empresarial. Y salió bien...

—Demasiado bien —replicó el señor Zank arqueando una ceja, y un poco molesto tras escuchar la palabra novio. Era absurdo, pero le había incomodado.

—Tuvimos suerte.

—Los dos sabemos que en los negocios con la suerte solo no basta, señorita Morgan —habló el señor Zank apretando los dientes.

—Es cierto, pero con todo tuvimos suerte. El caso es que cometí el error de mezclar los negocios con los asuntos del corazón...

—Ahí sí que le doy la razón, siempre es un error mezclar ambas cosas. Nunca sale nada bueno de esa combinación. Yo lo tengo como norma: jamás me la he saltado.

—Sé que es lo más sensato, pero en nuestro caso la cosa fue rodada. Nos

conocimos en el primer año de universidad, nos hicimos primero amigos, luego empezamos a salir y todo funcionaba bien. Estudiábamos juntos, nos lo pasábamos bien, así que por qué no una vez que acabamos la carrera seguir juntos en los negocios.

El señor Zank negó con la cabeza y, tras echarse el pelo hacia atrás de una forma que no podía ser más *sexy*, replicó:

—Porque los negocios es otra liga, señorita Morgan. Y ustedes lo sabían, no me venga con cuentos.

—Puede ser, pero creíamos que el amor lo podría todo —confesó encogiéndose de hombros.

El señor Zank, que en la vida había conocido esa clase de amor, solo pudo replicar:

—Pero una cosa es creer y otra que lo sea.

—Los dos creíamos firmemente en que iba a ser así, pero la relación se desgastó tanto que acabamos siendo dos amigos que compartían casa y negocios. Y yo no podía seguir ahí, así que decidí liquidar la sociedad, coger mis cosas y empezar de cero.

El señor Zank sonrió de una forma que él consideró tan estúpida e impropia que la borró al momento apretando fuerte los labios, porque a él qué demonios le importaba que esa mujer estuviera libre, y comentó:

—Peor me lo pone, alguien inteligente, inquieta, trabajadora y valiente como usted, no se va a conformar con un puesto de camarera.

—Estoy aquí para trabajar duro y aprender, pero obviamente tengo proyectos y sueños. Me gustaría lanzar mi propia cadena de locales por todo el mundo, como usted, pero a mi estilo... No estoy aquí para copiar, sino para aprender, perfeccionarme y emprender después mi propio proyecto.

El señor Zank se revolvió en la silla, cogió una pluma carísima y la apretó con fuerza contra la mesa, en tanto que le decía:

—Me gusta su sinceridad, su descaro y su fuerza, pero como comprenderá no puedo cometer semejante error estratégico.

—No sería un error estratégico, sino un intercambio de competencias y destrezas. Yo no soy una camarera al uso, puedo dar mucho más...

—¿Cómo qué? ¿Espiar a mis clientes? ¿Pegar la oreja en los miles de encuentros de gente importante que se reúne aquí cada día?

—Sé que el asunto de la discreción lo tiene muy bien resuelto, de lo contrario no vendrían cada noche todos los VIP's del mundo. No, no me refiero a eso, me refiero a que puedo contribuir a optimizar su negocio desde dentro.

—Para eso tengo auditores, para eso contrato a un equipo de *coaching*, y sobre todo para eso tengo ojos, señorita Morgan.

—Seguro que hay algo que se le está escapando y que yo puedo ver.

El señor Zank no pudo evitar echarse a reír porque esa chica era el descaro con patas:

—Jajajajajaja. Como siga así me va a obligar a darle el puesto por pesada.

—Genial. Con tal de que sea mío, lo demás me da lo mismo.

—¿Cuánto cree que aguantará en el puesto? Nunca ha trabajado de camarera, me temo que desconoce lo duro y exigente que es.

—Trabajé en el McDonald's, no creo que sea peor que eso. Además en su local llevaré ropas bonitas y zapatos exclusivos...

—Mis camareras son actrices y modelos a la espera de la gran oportunidad, por aquí pasan directores de cine, directoras de agencias de publicidad y visten como quieren, yo no doy ninguna pauta, pero visten dándolo todo. No sé si me explico...

—Perfectamente. Y no supone ningún inconveniente para mí, sé que la noche exige un código de vestir que pienso respetar al máximo. No hay problema con eso.

El señor Zank se llevó el dedo índice a la barbilla y preguntó intrigado:

—¿Está segura? Porque su Armani y su tacón medio me dice otra cosa muy distinta...

El señor Zank tenía razón porque ella detestaba la ropa *sexy* y ajustada y no sabía caminar con tacones, pero aprendería...

—Completamente, señor Zank.

Al señor Zank le entraron unas ganas locas de comprobarlo y se sintió como un cerdo. O tal vez lo era, y eso era un problema... ¿La señorita Morgan podría trabajar a gusto en un lugar con reservados tan especiales como los de su local?

Para salir de dudas, le comentó sin más rodeos:

—Mis clientes vienen al club a divertirse, con seguridad y discreción, tienen la tranquilidad de que lo que aquí pasa, aquí se queda. Porque entre otras cosas me esfuerzo hasta la obsesión para que así sea. Pero no le voy a negar que pasan cosas y algunas no sé si podrían escandalizar a una buena chica de Chicago. Y no estoy hablando de drogas, que por supuesto su consumo está prohibido en mi sala.

Kate tragó saliva porque, hablar de ese tema con ese hombre enfrente mirándola de esa forma, le puso muy nerviosa:

—¿Se refiere a reservados? —preguntó pestañeando muy deprisa.

El señor Zank respiró hondo y asintió con la cabeza:

—Muy exclusivos. Para amigos de mi máxima confianza, en los que se practica el sexo de una forma abierta y libre. ¿Tiene algún problema con eso?

—¿Me está diciendo que si tengo que algún inconveniente en plantarme con mi bandeja de copas en mitad de una orgía?

—Jajajajajajaja. No. Para eso tengo a una persona de mi completa confianza que jamás entra en los reservados, se queda siempre en la puerta. La discreción es una de mis obsesiones, ya se lo he dicho. Simplemente le estoy

advirtiéndole de algo que sucede y quiero saber si le incomodaría trabajar en un sitio donde la gente disfruta de la sexualidad a sus anchas.

Kate en ese instante solo pudo pensar en su madre, que como toda madre que se preciara, siempre tenía razón. Porque de repente vio en los ojos de ese hombre el ramalazo de la lujuria de la que todo el mundo hablaba:

—O sea que es cierto lo que dicen de usted... —reconoció la chica con un punto de decepción.

El señor Zank se puso muy serio porque entre otras cosas detestaba que le prejuzgaran:

—Me importa un bledo lo que digan de mí. Yo sé que duermo a pierna suelta y que tengo la conciencia muy tranquila. No juego con los sentimientos, no engaño a nadie, solo me gusta disfrutar del sexo a fondo, explorar, ir más allá de los límites y siempre consensuado. ¿Hay algo malo en eso?

Kate se quedó mirándole, negó con la cabeza porque apenas podía despegar los labios y lo que fue peor: con el corazón latiéndole tan fuerte que hasta se asustó.

Capítulo 4

Henry percibió el miedo en los ojos de esa chica y sintió más que nunca que tenía que protegerla de él mismo, que tenía que preservar de algún modo su pureza, por muy paternalista que sonara:

—¿Por qué miente, señorita Morgan? Usted es una chica católica a la que mis prácticas sexuales tienen que horrorizarla.

—¿Por qué sabe que soy católica? —preguntó abriendo mucho los ojos.

—Porque he visto la cruz que lleva metida por dentro de su camisa blanca, como también me he fijado en sus pechos redondos y altos, en su cintura estrecha, en su culo bien puesto, ¿sigo?

A Henry no se le ocurrió mejor estrategia para echarla de allí que ser soez y desagradable. Pero Kate se las sabía todas:

—Me está diciendo todas estas groserías para que salga corriendo. Pero no lo voy a hacer.

—No son groserías es la verdad. Soy un hombre muy sexual.

—Sí, pero es un hombre correcto y educado, que no creo que tenga este comportamiento con sus empleadas.

A Henry le gustó la respuesta, lo que no obstaba para que siguiera pensando que ese sitio no era para una chica como ella:

—Está bien. He jugado a Henry el sucio pero es para protegerla, no creo que una chica como usted deba estar un garito como este. No es su sitio, señorita Morgan.

—Eso tendré que decirlo yo, ¿no cree? —objetó la señorita Morgan.

—No necesita pasar por esto, no tiene necesidad de ser camarera. Tiene todas las herramientas para volar sola.

—Eso dice mi madre, pero se equivocan. Todavía me queda mucho que

aprender y lo que me queda solo puedo aprenderlo estando aquí.

—Aquí no va a durar ni una noche, señorita Morgan. Una cosa es lo que hacía en Chicago, que eran tareas de dirección y gestión, y otra bajar a la pista y ponerse a servir copas.

—Ese fue mi error, no servir copas. Los negocios para que funcionen hay que conocerlos desde abajo.

—Mire que es usted terca.

—Eso dice mi madre.

—¿Y a su madre qué le parece que entre a trabajar a un sitio como este? —preguntó Henry conociendo la respuesta.

—Fatal. Piensa que usted es un crápula y eso que no sabe lo que se cuece en sus reservados... —comentó Kate con su sinceridad habitual.

—Haga caso a su madre, las madres nunca se equivocan. Usted no pinta nada aquí.

—Pues yo pienso que sí. Aparte de que me importa un bledo lo crápula que sea. Yo le admiro como empresario y pienso aprenderlo todo de usted. Si me deja, claro...

Henry no pudo evitar echarse a reír porque esa chica era un caso, jamás había conocido a nadie como ella y eso a él sí que le preocupaba.

—Dice que no tiene miedo a lo crápula que pueda ser porque no tiene ni idea a lo que se expone.

—¿Qué está insinuando que es tan irresistible que voy a acabar cayendo en sus brazos como todas? Pues está muy equivocado, usted no es para nada mi tipo.

Henry confirmó una vez más que esa mujer era la criatura más excepcional que había conocido en su vida:

—No he conocido a ninguna mujer como usted y eso me produce una curiosidad tremenda. Solo se lo advierto...

—Advertida quedo. Sé perfectamente que yo tampoco soy su tipo, que le gustan las mujeres con tres metros de pierna, pechos enormes y con sus mismos gustos sexuales. Así que no hace falta que siga jugando al gato que acecha al ratón indefenso.

—Me temo que es al revés, usted es la que está haciendo lo que quiere conmigo. Se nota que juega al ajedrez...

—Y acabo de ganar un campeonato en Chicago —confesó Kate con una sonrisa enorme.

—¿Qué hago con usted señorita Morgan?

—Consúltelo con la almohada.

El señor Zank, de repente, se vio replicando algo que le sorprendió totalmente:

—¿Y si tengo algún sueño húmedo?

—¡Venga ya, señor Zank! Le repito que esos trucos no le van a servir para nada.

Henry se quedó callado, porque lo que no sabía la señorita Morgan era que no estaba jugando para nada, que esas palabras provenían de su inconsciente más profundo, para su más absoluto espanto.

Y es que esa chica no solo le fascinaba por su temperamento, sino que a pesar de que no era para nada del tipo de mujer con él que solía estar, también se sentía tremendamente atraído por su físico.

—Mire... —masculló sin tener ni idea de lo que iba a decir después.

—No, mejor se lo voy a decir yo, señor Zank. Sé que tiene una rotación de camareras altísima precisamente porque son modelos y actrices que tienen su club como trampolín para sus verdaderos objetivos. Yo no. Yo no soy como ellas. Yo no me voy a ir por un desfile en París o una película en Hollywood, ni siquiera me voy a ir porque me retire un novio rico, porque yo quiero vivir de mi trabajo y esfuerzo. Yo no soy como ellas, señor Zank. Yo pienso trabajar

duro, concentrada y dándolo todo hasta que aprenda lo suficiente como para materializar mis sueños. Y no tengo prisa, no sé si estoy hablando de un año o de tres, pero no menos de eso. Apueste por mí. Le garantizo que no se va a arrepentir, mejoraré su negocio y le haré ganar mucho más dinero. Se lo juro, señor Zank...

Henry resopló, se pasó la mano por la barbilla y habló levantando las cejas:

—Reconozco que es usted persuasiva. Sin duda, la han entrenado bien en la escuela de negocios.

—Esto viene de serie, mi madre dice que desde muy pequeña siempre he tenido las cosas muy claras. Y no es que fuera una niña caprichosa y consentida, pero siempre que me empeñaba en algo: lo conseguía.

—Créame que ni lo dudo...

—Y hay cosas de las que me siento especialmente orgullosa como cuando salía a hacer colectas para el comedor social de mi barrio. Resultaba siempre todo un éxito, aunque esté mal que lo diga.

—Peor es la falsa modestia. La detesto.

—Y yo también, señor Zank —dijo Kate esbozando una sonrisa que a Henry le pareció que no podía ser más encantadora.

—Y volviendo al tema del trabajo... Es cierto lo que dice de la rotación en la empresa y usted sabe bien el impacto que tiene. No nos podemos permitir que cada dos meses se nos vaya un miembro de la plantilla. Por eso mi jefe de Recursos Humanos ha hecho un trabajo concienzudo seleccionando al personal que necesitamos para cubrir los puestos vacantes. Sé que esta vez ha evitado modelos, actrices y estudiantes que se agobian cuando llegan los exámenes y nos dejan tirados. Pero usted es la única que me plantea serias dudas porque veo que esto se le va a quedar pequeño muy pronto: sus ambiciones y sus metas son mucho más amplias.

—Le repito que mi intención es quedarme por lo menos un año.

—¿Y luego qué? ¿Hacerme la competencia? Si se toman las copas en su local, no vendrán al mío. No hace falta estudiar en una prestigiosa escuela de negocios para entender algo que es de sentido común.

—Usted sabe bien que las cosas no funcionan así, los clientes de Gucci también compran en Prada. Y con esto no quiero que piense que soy una igualada...

Henry sabía que no lo era, no había más que mirarle a los ojos, a esos hermosos ojos azules, para darse cuenta de que esa joven no tenía límites, de que sería capaz de todo lo que se propusiera. Y ese era el auténtico problema, y no solo en el ámbito de la competencia empresarial, sino en todos porque esa mujer tan diferente a todas, podía hacerle perder la cabeza por completo.

Por eso prefirió ser prudente y replicar:

—No, solo pienso que dice la verdad y eso me inquieta profundamente. No puedo decirle más, lo hablaré con mi jefe de Recursos Humanos y en breve le daremos una respuesta.

Capítulo 5

Una semana después, Kate no había recibido respuesta alguna y aunque era muy positiva, empezó a temerse lo peor.

Sabía que al señor Zank le urgía la incorporación del nuevo personal y una semana ya de espera era más que sospechoso.

¿Finalmente se habría decantado por alguien con experiencia como camarera? ¿O tal vez con más idiomas? ¿O con más carreras? ¿O quién sabe si con las piernas más largas y los pechos de tres tallas más que la suya? O lo que es peor... Con todo junto...

En eso precisamente estaba pensando, mientras paseaba por Central Park y recibió la llamada de su madre:

—Buenas tardes, hija. ¿Sabes algo del trabajo en el averno?

—Me parece que al final tus rezos van a dar su fruto porque ya ha pasado una semana y no tengo noticias. Así que me parece que voy a empezar a buscar un trabajo en otra parte —contó sentándose en un banco.

—Jajajajajaja. ¡Ahora mismo le pongo una vela a San Judas Tadeo! ¡Qué buena noticia, hija!

—Genial —dijo con desgana—. Después de que había pasado lo más duro del proceso de selección, es que no lo entiendo. Bueno, sí. Habrán encontrado a alguien infinitamente mejor que yo en todos los aspectos.

—¿Alguien mejor que mi Katy? ¡Imposible! ¿Dónde van a encontrar a una chica buena, dulce, cariñosa, alegre, lista, con carrera, idiomas, trabajadora y guapa?

—Pues en cualquier parte, mamá. Tampoco soy tan excepcional, al contrario más bien del montón.

—¿Del montón con tu expediente en la mejor escuela de negocios del mundo

y con tu experiencia profesional con apenas 27 años?

—Sí, pero no he puesto una copa en mi vida y además soy una chica de lo más normal. No debo tener un físico apto para trabajar en un local de Henry Zank.

—¡Eres una preciosidad de niña! No digas bobadas y olvídate ya de ese crápula. Hay vida más allá de lo que pueda ofrecerte el club de ese tiparraco que...

La madre de Kate no pudo terminar la frase porque justo en ese instante a la joven le entró una llamada y comprobó que era del club Zank.

—Mamá... Tengo que colgarte. Me está entrando una llamada suya, supongo que será para rechazarme. Pero la voy a coger...

—Eso espero, cielito. Pido a Dios que no permita que trabajes en ese antro de perdición.

Kate colgó nerviosa y cogió la llamada intentando parecer lo más calmada posible:

—Kate Morgan, ¿con quién hablo?

—Soy Peter Brown, el jefe de recursos humanos de Henry Zank. Buenas tardes, ¿podemos hablar?

Era una voz joven y profunda de la que no se podía inducir absolutamente nada, de lo correcta que era. Ni borde, ni amable, ni simpática, ni fría...

—Oh, sí, claro. Estoy a su disposición. Dígame.

—Disculpe que no la hayamos llamado antes, el proceso de selección ha sido muy duro, porque queríamos analizar en profundidad las candidaturas y le llamo para confirmarle que el puesto es suyo, si es que en estos días no le ha surgido otra oferta más interesante para usted.

Kate dio un respingo en el asiento y, sin apenas creerse lo que acaba de escuchar, dijo intentando disimular su alegría:

—Perdone es que estoy en la calle y no escucho bien, ¿dice que el puesto es

mejor amiga que estaba en Chicago porque necesitaba compartir con alguien la noticia, y obviamente no iba a llamar a su madre:

—¡Lorreine, no te lo vas a creer! —exclamó eufórica en cuanto su amiga descolgó.

—Jajajajaja. ¿Qué ha pasado? —preguntó Lorreine en voz baja, pues era veterinaria y se encontraba todavía trabajando.

—¡Dentro de un par de horas empiezo a trabajar en el mejor local del mundo junto al mismísimo Henry Zank! ¿Cómo te quedas?

—¡La madre que te parió! ¡Felicidades, nena! Estoy trabajando todavía, la consulta ha ido muy lenta y tengo la sala llena, pero cuenta por favor...

—Empiezo a las siete, todavía ni me lo creo. Es que como había pasado una semana y no tenía noticias, pensé que me habrían descartado.

—Ya te dije que era imposible. ¿Dónde van a encontrar a alguien como tú?

—Pareces mi madre, pero Lorreine tú sabes que esto está lleno de tías talentosas con cuerpazos de escándalo.

—Pues como tú, chata.

—Jajajajajajaja. Yo no puedo ser más normal y pánico me da cuando esta tarde me den la ropa, los taconazos y me maquillen y me peinen como una modelo cañonazo. Con lo que me gusta a mí la discreción y pasar desapercibida.

—Quien quiere algo, algo le cuesta. ¿No querías aprender el negocio desde dentro?

—Con lo a gusto que se está en zapatillas, *jeans*, una coleta y la cara lavada.

—Así entro yo al quirófano a operar, nena. Pero me temo que para poner copas vas a tener que ir un poco más arreglada, jajajajaja. Por la noche todo el mundo se pone estupendo, chata. Y tú no vas a ir con un estilismo como para ir a plantar petunias. Ay... Qué momentazo. Daría lo que fuera por verte.

Mándame fotos, eh. Y si pillas al buenorro de tu jefe Henry Zank, mejor que mejor.

—Supongo que lo veré, pero como imaginarás no me voy a poner a hacerle fotos, soy una chica profesional que sabe comportarse.

—Sí, pero tienes una amiga muy cotilla que te lo está pidiendo. Así que métete todos esos remilgos en el bolso, señorita Profesional y mándame unas fotos.

—Me ha dicho el jefe de Recursos Humanos que el señor Zank es el que ha decidido que entre finalmente.

—Ay madre ¿se habrá enamorado de ti locamente? ¿Lo suyo habrá sido un flechazo?

—Sí, un tío que está acostumbrado a estar con las mujeres más atractivas del planeta se va a flechar de una tía normalita que no paraba de tocarle las pelotas. ¡Tú deliras, querida amiga!

—¿Y por qué no se va a flechar? Esas historias son las mejores...

—Pero solo suceden en la ficción, la vida real es mucho más prosaica y aburrida.

—Así es tu vida, Kate, pero me da en la nariz que esta a puntito de cambiar. ¡Por fin se va a poner tu vida un poco interesante! Jajajajaja.

—¡Mi vida ya es muy interesante! No necesito a ningún hombre para aderezarla.

—Ese tío no es ningún hombre, es el Hombre, y va a ser tan divertido. ¡Ya verás qué bien nos lo vamos a pasar! Y sobre todo tú, suertuda...

Capítulo 6

Kate colgó a su amiga pensando que no podía haber dicho una tontería más grande y, ya en casa, se dio un baño relajante de espuma a ver si así lograba aplacar un poco los nervios, comió algo ligero y se vistió con *jeans* y zapatillas para acudir a su primer día de trabajo.

Después, tomó el metro y se entretuvo leyendo una novela en su Kindle que la acompañaba siempre a todas partes. Era una de esas novelas de amor que siempre acababan bien y que le relajaban tanto, una historia de esas que no ocurrían nunca en la vida real, pero que resultaban tan entretenidas de leer.

Así estuvo pasando páginas sobre un romance entre un jefe y una empleada, hasta que justo cuando estaba a punto de llegar el primer beso, tuvo que dejar la lectura interrumpida porque había llegado a su destino.

Guardó su Kindle en el bolso, se lo cruzó en bandolera y salió al exterior convencida de que eso jamás le pasaría a ella.

Enamorarse en el trabajo. Qué locura y qué insensatez. Pero es que ni con el jefe, ni con un compañero, ni con un cliente, ni con absolutamente nadie.

El trabajo era trabajo y nada más, esas historias de amores en entornos laborales solo podían funcionar en las novelas porque lo que era en la realidad acababan siempre fatal.

Si no que se lo dijeran a ella que por mezclar negocios y amor, había acabado todo rematadamente mal y se había quedado sin nada: ni novio y ni empresa.

Pero llevaba la lección bien aprendida, se lo había tatuado a fuego y desde luego que no pensaba caer otra vez en la trampa.

Por mucho que su jefe fuera el Hombre como decía la loca de su amiga, por mucho que los compañeros que iba a tener fueran modelos guapísimos y por

más que tuviera que atender a la clientela más atractiva de Nueva York, ella no iba a dejarse seducir por cantos de *sirenos*.

Ella estaba allí para trabajar y aprender y no iba a desviarse de su objetivo por muy bellas que fueran las tentaciones.

Bien, pues así, con esa firme declaración de intenciones, entró en el local de Henry Zank, después de informarle al guardia de seguridad de quién era:

—Señorita Morgan, bienvenida. El señor Hudson le está esperando... Pase por favor, es por ese pasillo del fondo, la tercera puerta a la izquierda.

El guardia retiró la catenaria elegante para que pasara y ella lo hizo con paso firme mientras se encomendaba a todos los santos que en ese momento recordó para que la ayudaran y protegieran en ese momento tan importante de su vida.

Luego se adentró por el pasillo que el guardia le había indicado y ya frente a la tercera puerta, respiró hondo, se santiguó y justo en ese momento la puerta se abrió:

—¡Hola, hola, hola! ¡Uy, qué ilusión! ¿Tú también rezas como yo? — preguntó un chico guapísimo, alto, rubio, con los pelos revueltos, gafas de pasta negra y un traje de Hugo Boss que le sentaba espectacular.

—Hola, sí, rezo. Sobre todo cuando estoy un poco nerviosa... —confesó Kate mordiéndose los labios.

—Nerviosa por qué, si esto es más divertido que Disneyland, ya verás Kate Morgan, ya verás...

—¿Me conoces? —preguntó gratamente sorprendida.

—Soy Michael Hudson tu jefe, me ha pasado tu currículum el otro jefe, no el jefazo supremo, el otro... Peter Brown. —Y tras decir su nombre suspiró.

—Encantada de conocerlo, señor Hudson —se presentó tendiéndole la mano.

Michael la cogió por los hombros y le dio un par de besos en las mejillas:

—¡Tuve un novio español y me enseñó a saludar así! ¡Se acortan las distancias mucho antes! Y por supuesto, tutéame, que a mí el rollo estirado no me va para nada.

—Muchas gracias, Michael —replicó Kate, más relajada gracias a la simpática acogida que le estaba dando su nuevo jefe.

—Bienvenida, ya verás cómo te lo vas a pasar bien. No te voy a engañar, trabajar se trabaja a destajo. Vas a meterte en la cama cada noche con la sensación de que has corrido una maratón, te van a doler músculos que ni sabías que tenías. Y no precisamente por practicar sexo desenfrenado...

—Jajajajaja. ¿Tan duro es?

—Pasa y cierra la puerta...

Kate cerró la puerta, pasó y comprobó que la habitación estaba llena de percheros portátiles con ropa y zapatos de grandes firmas: Armani, Gucci, Prada, Michael Kors, Dior, Chanel...

—Dios mío, cuánta belleza —murmuró dejando vagar la vista por todas aquellas maravillas.

—Puedes elegir lo que quieras, las marcas matan para que nuestras camareras luzcan sus diseños. El local de Henry Zank es el mejor escaparate, ¿tú habías pensado en algo en concreto?

—Soy muy clásica vistiendo, o voy de ejecutiva con riguroso traje sastre o bien con *jeans*. No tengo término medio... —reconoció pasando la mano por un precioso vestido entallado de lentejuelas rojo de D&G.

—¿Por qué no te permites soñar? —preguntó Michael, mientras descolgaba el vestido que ella acababa de tocar.

—No es que no me permita soñar, es que ese estilo de ropa no va para nada conmigo, ni con mi forma de ser, ni con mi forma de vida —respondió encogiéndose de hombros.

—Te equivocas, una mujer inteligente y bonita, como tú, con los suficientes

ovarios como para dejar atrás su vida segura y confortable en Chicago y plantarse en la locura de Nueva York dispuesta a comerse el mundo, se merece más que nadie un vestido como este. Pruébatelo y te voy buscando los zapatos, acaban de llegar unas sandalias de Jimmy Choo absolutamente orgásmicas.

—Jajajajajaja. ¿Y dónde me lo pruebo?

—Aquí mismo, deja la ropa en esa silla. Por mí no te preocupes, soy megagay, el más gay de los gay, puedes despelotarte con total tranquilidad que mi cosota solo se despierta cuando ve al estirado del señor Brown. Me tiene loco ese hombre, pero pasa de mí...

—Oh, vaya... Lo siento.

—Lo llevo bien. Tranquila. Lo único que de vez en cuando lloraré en tu hombro, si me lo permites y luego nos partiremos de risa. ¿Crees que lo soportarás?

Kate asintió con la cabeza y luego contestó guiñándole el ojo:

—Creo que sí.

Michael sonrió, con una sonrisa enorme y perfecta y se fue hasta el fondo de la habitación a buscar las sandalias, mientras ella se quitaba la ropa y el calzado y se quedaba en ropa interior.

—¡Madre mía, nena, llevas la misma ropa interior que mi tía la monja! —exclamó Michael que volvía ya con el calzado precioso en la mano—. Toma —le ordenó entregárselo—. Póntelo que te voy a buscar algo que te ponga las tetas bien arriba y el culo te lo marque como mereces. Precisamente ayer llegó una maravilla de La Perla que no me la puse de milagro...

Kate se echó a reír porque ese chico estaba como una cabra, mientras contemplaba extasiada las sandalias joya de Jimmy Choo que eran un auténtico sueño.

Al momento, Michael regresó con un conjunto lencero de lo más *sexy* en rojo como jamás Kate se había puesto en su vida.

—Yo es que nunca he llevado nada parecido...

—Pues hoy va a ser tu primera vez. Un vestidazo como este hay que llevarlo con un conjunto de infarto como este. Trae...

Con una pericia increíble, Michael le desabrochó el sujetador, le puso el nuevo, y lo mismo hizo con las braguitas...

—¡Qué barbaridad! ¡Mi novio jamás fue tan hábil desnudándome! — exclamó Kate muerta de risa.

—Lo sé. Es una lástima que sea gay. Todas las chicas me dicen lo mismo... Por cierto, qué cuerpazo tienes, guapa. ¿Por eso lo ocultas debajo de esos trapajos?

—Tampoco es para tanto...

—No seas modesta, princesa. Y no olvides nunca que Dios ha hecho la belleza para que se disfrute, no la escondas. Hazme caso.

Kate se miró al espejo que tenía enfrente y al verse con esa ropa interior tan *sexy* ni se reconoció: su pecho tan alto, su trasero tan marcado, su silueta tan bien definida... Por lo que alucinada, preguntó:

—¿Esa mujer soy yo?

—Espera a verte vestida y a que te peinen y te maquillen...

Capítulo 7

Michael tenía razón, porque después de que la peinaran y la maquillaran unas chicas que eran profesionales del cine y la televisión y que además eran muy simpáticas, se puso otra vez frente al espejo y se quedó sin habla.

—¿Cómo te ves? —le preguntó Michael en cuanto se quedaron otra vez los dos solos.

—Espera a ver si consigo verme. ¿Dónde estoy Michael?

Michael la cogió por los hombros, situándose a su espalda y le dijo:

—Tú eres esa chica que refleja el espejo, un bombonazo que solo merece que le pasen cosas buenas.

Kate, que no estaba acostumbrada a que le dijeran esas cosas, sonrió y replicó con los ojos chispeantes:

—Mira que eres zalamero.

—Solo digo la verdad, eres un monumento de mujer, con una cara preciosa, un cuerpo para perder el sentido y un cerebro hija mía con el que puedes conquistar el universo entero.

—Jajajajajaja. Mira que eres exagerado —repuso dando un manotazo al aire.

—Y además humilde, lo que lo dice todo sobre tu corazón que debe ser enorme. Aparte de que tienes unas tetas estupendas, nena.

Kate puso los ojos como platos y exclamó sin dejar de reír:

—¡Serás descarado! Por favor, ahórrate esos comentarios conmigo porque vengo a trabajar no a troncharme de risa.

—Uy ¿y en qué parte del contrato pone que no debemos reírnos durante el horario laboral? Por cierto, eso me recuerda que tienes que firmar el contrato. Lo tengo en la mesa del fondo, ahora te lo paso, lo lees tranquilamente y

firmas, si está todo ok. ¿Te parece?

—Me parece. La verdad es que todavía no me creo que esté aquí, a punto de empezar a poner copas en el local más chic de Nueva York.

—Vas a trabajar al principio junto a Linda que es la jefa de camareras en una de las barras principales. Con ella trabajan seis chicas más, pero necesitamos un refuerzo y para eso estás tú.

—Genial.

—Empezarás poco a poco, preparando cosas fáciles y paulatinamente irás poniéndote al día con combinados y demás. Mañana empiezas un curso con el mejor barman de Nueva York.

—¿Mañana?

—Sí, el señor Zank lo ha contratado para ti, un curso intensivo de diez de la mañana a tres de la tarde, de lunes a viernes.

Kate tragó saliva porque no esperaba empezar a trabajar tan duro, pero lo agradeció con una sonrisa:

—Muchas gracias.

—Libramos los lunes y todos los martes a primera hora recibirás en tu correo electrónico el cuadrante con los horarios de la semana. Hacemos 40 horas semanales, pero la mayoría del tiempo hacemos más que se pagan escrupulosamente. El pago es semanal y por el dinero no te preocupes porque el señor Zank exige pero paga bien.

—Menos mal —masculló Kate, mientras pensaba que entre el curso y el trabajo iba a caer rendida en la cama cada noche. Y le encantaba, porque para eso estaba en Nueva York.

—Sí, es un hombre justo. Y cuanto a las normas, hay dos básicas: el cuidado exquisito del cliente y la sonrisa permanente.

—Entendido —asintió Kate forzando la sonrisa al máximo.

—Esa sonrisa, no. La sonrisa tiene que salir de aquí —dijo colocando la

mano en el pecho de Kate—, sonríe siempre con el corazón. Lo que más detesta el señor Zank son las sonrisas hipócritas y forzadas, quiere en su local a gente que sonría de verdad, que esté profundamente motivado y feliz por trabajar en el mejor club del mundo. ¿Lo pillas?

Kate respiró hondo, cerró los ojos, se conectó con sus emociones más profundas, con la verdadera razón por la que estaba ahí y que no era otra que lograr sus sueños y, entonces, fue cuando sonrió de verdad.

—Ahora sí. Esa es la sonrisa que quiero. Como también es muy importante que los clientes no esperen para ser atendidos, lo que significa que debemos ser rápidos y eficientes en nuestros movimientos, hablar lo justo y estar siempre muy concentrados en la tarea. Si tienes problemas, si te duele algo, o si simplemente te has levantado con el pie izquierdo, da absolutamente igual. En el momento en el que pisas el club tienes que lucir sonrisa y entregarte a fondo al trabajo. ¿Crees que podrás resistirlo?

—¿Y subida a estos tacones? —preguntó mirando sus fabulosas sandalias.

—Eso es a tu elección, si prefieres ir plana: perfecto. Ahora te recuerdo que con los tacones se mejora la musculatura del suelo pélvico, y se nota en las relaciones sexuales. Eso dicen las chicas...

—No voy a notar nada porque no las tengo —reconoció sin ningún rubor porque era la pura verdad.

—Ya las tendrás. Pero no aquí. En el trabajo el único que tiene sexo es el jefe.

—¿Qué? —replicó pestañeando muy deprisa.

—Al señor Zank le gusta disfrutar de la zona reservada y allí el único que le atiende soy yo. No te preocupes que jamás tendrás que pasar a la zona *hot*. Esa es de mi absoluta competencia...

—Algo me habló el señor Zank.

—Soy el único que me encargo de la atención en esa zona. Los clientes

entran en el reservado por una entrada secreta y jamás los veo, el único que entra por la puerta que es más visible y que siempre está custodiada por seguridad es el señor Zank, o alguno de sus amigos más íntimos. Y lo que hacen ahí dentro no nos importa a ninguno.

—Entiendo —masculló Kate, sin poder evitar acordarse de su madre y en lo que estaría pensando de estar escuchando aquello.

—¿Tienes algún problema con eso?

—No. Que cada uno haga con su cuerpo lo que quiera —respondió Kate que desde luego tenía muy claro que el suyo iba a seguir en régimen de castidad absoluta.

—Hablando de cuerpos, eso me recuerda otro punto importante: para prevenir lesiones hacemos dos horas de *fitness* o Pilates al día, aquí en el mismo local. El señor Zank contrata a los mejores instructores y puedes también empezar mañana. Te lo recomiendo encarecidamente para ganar en resistencia, fuerza y prevenir cualquier tipo de lesión.

Kate que no hacía gimnasia desde que iba al colegio preguntó horrorizada:

—¿Cuándo tengo que hacer gimnasia? ¿Después del curso de coctelería?

—Sí, un par de horas antes de entrar al trabajo. Todos lo hacemos, es perfecto para liberar endorfinas y empezar a la jornada en lo más alto.

—¿Esto no será una secta? —ironizó divertida—. ¿Hacéis algo además de trabajar?

—Todo es cuestión de organizarse bien. No te asustes, que te lo vas a pasar bien. Ya lo verás. Voy a por el contrato...

Kate pensó que ya no había vuelta atrás, que si había llegado tan lejos ya no le quedaba más que firmar y entregarse a lo que viniera, aunque eso incluyera dos horas al día de Pilates.

Al momento, regresó Michael con el contrato y le dijo:

—Aquí lo tienes. Te dejo ya, léelo tranquila y en cuanto lo firmes,

entregaselo al señor Zank que supongo que estará en el local. ¡Todo va a ir genial, Kate! ¡Bienvenida al club Zank, donde todo, absolutamente todo, puede suceder! ¡Que empiece la magia!

Kate sonrió con la sonrisa que supuestamente tenía que tener colgada durante toda la jornada laboral y se despidió con la mano de su jefe que le había caído genial.

Luego, leyó el contrato detenidamente y lo firmó antes de santiguarse y pedir a Dios que la amparara.

Después, se miró otra vez en el espejo y recorrió el pasillo intentando no trastabillar porque no tenía costumbre de llevar tacones tan altos y tan finos y además sintiéndose extrañísima con ese vestido tan entallado y ese escote tan pronunciado.

Si bien, se repitió que no había marcha atrás, si ese era el precio para lograr sus sueños estaba dispuesta a pagarlo,

Así que sonrió con más ganas que nunca y justo cuando apareció en la sala, donde sonaba ya la música suave que pinchaba el dj de turno, el señor Zank salió a su paso mirándola con una cara indescifrable...

Capítulo 8

En cuanto Henry vio a Kate aparecer en la sala supo que había cometido el peor error de su vida porque esa chica llevaba escrito en la frente la palabra: problemas.

Y no porque le preocupara que le fuera a hacer la competencia en un futuro, que eso estaba claro que iba a ser así, sino porque tenía frente a sí a una mujer que no se parecía a ninguna.

—Buenas noches, señor Zank —le saludó Kate con una sonrisa enorme—. Qué bueno encontrarle, aquí tiene el contrato firmado.

Henry cogió el contrato que la chica le tendía y le preguntó clavándole la mirada:

—¿Está segura de lo que va a hacer? Todavía estamos a tiempo de romperlo, porque mírese bien: ¿de verdad que se identifica con la ropa que lleva puesta?

Kate se sintió de repente un poco insegura y no le gustó para nada, por eso alzó la barbilla y replicó orgullosa:

—Estoy muy segura de lo que estoy haciendo y en cuanto a mi estilismo me siento muy a gusto con él. A lo mejor es usted el que tiene el problema...

—¿Yo? —El señor Zank esbozó una sonrisa y luego siguió hablando—: Por mí no se preocupe, señorita Morgan, tengo una relación de lo más sana con la belleza: la acepto y la celebro allá donde la descubro o allá donde esté.

—La verdad es que el vestido es una maravilla, por no hablar de las sandalias...

El señor Zank le clavó la mirada y, con una voz que sonó mucho más profunda y sugerente todavía, precisó:

—No estoy hablando de su atuendo, señorita Morgan.

—¿Ah no? —repuso arrugando la nariz.

—No. Me refiero a usted, a la que además esta noche le brillan especialmente los ojos.

—Es que estoy muy emocionada. Para mí estar aquí es un sueño, y no sabe cuánto le agradezco que haya confiado en mí. De verás que no le voy a defraudar.

—Yo solo espero que al final su sueño no acabe convirtiéndose en una pesadilla —aseguró Henry llevándose la mano al nudo de la corbata.

—Michael me ha contado lo del curso de coctelería y luego me ha sugerido las sesiones de *fitness*...

—No está obligada a hacer nada, solo a cumplir con su contrato laboral. Y créame que tampoco es algo que sea fácil...

—Lo sé y para eso estoy aquí. No me asusta el trabajo, quiero formarme y por supuesto, que aunque lo odie, haré gimnasia para resistir mejor las duras jornadas de trabajo.

Al decir aquello, a Henry se le pasó por la cabeza la imagen del cuerpo de esa mujer sudoroso después de una buena sesión de ejercicio y se puso duro de repente.

—Maldición —masculló furioso, apretando después las mandíbulas y enojado consigo mismo por tamaña reacción.

—¿Le molesta que odie la gimnasia? —preguntó Kate sin entender el enfado repentino del señor Zank.

—No. Lo que me molesta es que estemos perdiendo el tiempo con tanta cháchara cuando Linda tiene la barra repleta de gente. Vaya a su puesto de trabajo por favor y le deseo la mejor de las suertes.

El señor Zank dejó a Kate con la palabra en la boca y se dirigió a la otra punta de la sala para evitar que sus pantalones acabaran rompiéndose por la entrepierna.

Entretanto, Kate por su parte se quedó perpleja por la reacción tan airada de su jefe, pero decidió no darle más importancia y presentarse ante Linda, una mujer morena, bellísima y con un cuerpazo de impresión, que estaba preparando un combinado tras la barra.

—Hola, soy Kate, la nueva —dijo con su mejor sonrisa.

Linda le devolvió la sonrisa, mientras vertía ron y limón en un vaso alto y luego le habló, al tiempo que a la barra iba acercándose más gente:

—Bienvenida, encantada de conocerte. Ahora te presentaré al resto de las chicas, mientras tanto ¿puedes servir una Coca-Cola al joven que está detrás de ti?

—Oh sí, claro...

Kate un poco nerviosa, cogió un vaso alto que estaba justo delante de ella, añadió un par de hielos que tomó de una coctelera, le puso una rajita de limón, agarró una botella que estaba detrás de ella y luego alguien le pasó un abridor.

—Hola, soy Jane, bienvenida al club Zank —le dijo una chica morena, guapísima como todas las que trabajaban en el local.

—Muchas gracias, soy Kate y estoy un poco perdida...

—Tranquila. Todos hemos tenido un primer día, estamos aquí para lo que necesites. Empieza por las cosas sencillas y déjanos a nosotras lo complicado.

—Para mí es todo complicado —reconoció Kate a la que le costó un par de intentos abrir el refresco.

—Todo es práctica, ya verás como en poco tiempo te pones las pilas y hasta empiezas a pasártelo bien —aseguró Jane mientras servía una copa de champán francés carísimo.

—Eso espero —repuso Kate tras verter la bebida en el vaso y después llevándoselo al chico que esperaba el refresco.

—¿Cuánto es? —le preguntó el joven.

Y justo en ese momento apareció Linda con una agenda electrónica, un

datafono y una lista con los precios.

—Memoriza los precios lo antes posible y cada consumición que cobres regístrala en esta aplicación, tu nombre de usuario es Kate y la contraseña Morgan. El datafono es muy fácil de usar, eliges la modalidad de tarjeta, marcas el precio y das al ok.

—Muchas gracias, Linda, eres mi salvadora.

—Ojalá pudiera salvarte y atiende al cliente que está esperando que le digas cuánto te debe...

Kate comprobó el precio del refresco en la lista de precios, se lo comunicó al cliente y luego le pasó la tarjeta con el cargo.

A él, y a los muchísimos clientes que vinieron después y que no le dieron ni un segundo de tregua durante las tres horas siguientes en las que estuvo poniendo refrescos sin parar, sin que además le dejara de dar vueltas en la cabeza la frase de su jefa.

¿Por qué le había dicho que ojalá pudiera salvarla?

La respuesta la obtuvo en cuanto por fin pudo retirarse un momento a descansar unos minutos y se encontró con ella en el cuarto de baño habilitado para el personal del club.

—¿Todo bien en tu primer día? —preguntó Linda, mientras se retocaba el maquillaje frente al espejo.

—Un poco más y me tienen que sondar, pero por lo demás bien.

—Jajajajaja. En cuanto tengas que ir al baño, me lo dices y ya nos coordinamos el resto. No hay problema con eso...

—He pasado tantos nervios que hasta me he olvidado de que tenía que ir al baño, pero aparte de eso me gustaría comentarte una cosa: ¿por qué has dicho antes que ojalá pudieras salvarme?

Linda se quedó parada, con la barra de labios de Dior en la mano y le contestó muy seria, mirándola a través del espejo:

—Porque te he visto hablando con el señor Zank y la evidencia salta a la vista.

—Linda de verdad que no sé de qué me estás hablando.

Linda se volvió y, mirándola directamente a los ojos, le aclaró:

—Te va a suceder como a todas, pero Henry Zank no es para ti. Ni para ti, ni para nadie que trabaje en sus negocios. Es una norma que sigue a rajatabla. Así que más vale que te desilusiones pronto, cielo, porque de lo contrario lo vas a pasar mal. Terriblemente mal.

Kate resopló, se cruzó de brazos y negando con la cabeza objetó:

—Perdona, pero me parece que te estás equivocando conmigo. Yo no siento nada por Henry Zank, no tengo de qué desiluzionarme porque sencillamente no es mi tipo. Le admiro como empresario pero como hombre no me interesa para nada.

Linda se dio la vuelta, se echó a reír y luego siguió retocándose los labios, no sin antes asegurar:

—Puedes engañarte a ti misma, nena, pero a mí no. Yo sé detectar estas cosas a kilómetros y como no te quites a ese hombre de la cabeza, lo vas a pasar tan mal como la legión de chicas que se han quedado colgadas de él, mucho antes que tú. Así que espabila, reina, y olvídate de él. Ese hombre no es para ti.

Capítulo 9

Kate se tomó a risa la advertencia de su jefa porque si algo tenía claro en la vida era que jamás iba a tener nada con Henry Zank. Y no, no se engañaba a sí misma, sino que era una verdad como un templo, verdad que por cierto corroboró una semana después, cuando se lo encontró a la salida de una de las clases de *fitness* y no fue nada agradable con ella.

—¡Señorita Morgan tenga cuidado! —exclamó Henry después de que chocara con ella.

—Disculpe, no le he visto. Iba pensando en mis cosas —se excusó Kate que estaba sudorosa y ansiosa por meterse en la ducha.

Al verla de esa manera, a Henry se le pasaron de repente un montón de ideas sucias por la cabeza y se sintió tan mal que masculló con el ceño fruncido:

—Solo espero que en su trabajo esté mucho más concentrada.

—De momento no he roto ni una sola copa —replicó Kate risueña y sin dejarse intimidar por los malos modos de su jefe.

—Usted lo ha dicho, de momento.

—Confíe en mí, además voy tan avanzada con el curso que ayer empecé a servir combinados. ¿Qué le parece? —preguntó arqueando las cejas—. Por cierto, ¿no le parece un poco ridículo que sigamos llamándonos de usted? Ni que fuéramos dos viejos...

El señor Zank respiró hondo, apretó fuerte los puños, porque para su horror los pezones duros de esa mujer se le estaban marcando en la fina *lycra* de su top deportivo, y replicó:

—Me parece fatal. Para algo existen las jerarquías, creo que es importante marcar distancias.

—Sí, pero no con el lenguaje, yo ya sé de sobra quién manda aquí.

Tras escuchar esas palabras a Henry le entraron ganas de demostrarle de verdad quién mandaba, pero empotrándola así como estaba de sudorosa contra la espaldera de la estancia que estaba habilitada como gimnasio.

—Haga lo que le dé la gana, señorita Morgan. Es usted un caso perdido — murmuró mientras luchaba por borrar esas lascivas imágenes que estaban asaltando su mente.

—Yo te voy a tutear porque me sale de forma natural. Además todo el mundo te tutea en el club.

—Tal vez porque llevan trabajando conmigo un tiempo y se han ganado la confianza.

—Lo cierto es que tienes un personal maravilloso, profesional, trabajador, amable... Son una joya. En la vida había puesto copas y pensaba que era algo mucho más fácil de lo que realmente es. Qué equivocada estaba, ser camarero exige tantísimo y es tan importante su labor para el éxito del local, que no dudes de que será una de las cosas que más cuide cuando monte mi propio negocio.

—Es que es determinante, una mala atención al cliente arruina cualquier negocio. Es un punto vital que hay que controlar al máximo... Por eso te pido que pongas los cinco sentidos en el trabajo.

—Descuida, que es lo que hago. Ah y gracias por el tuteo, me hace sentir parte del equipo —confesó Kate llevándose la mano al pecho.

—Eso espero que aportes, porque aparte de percartarte de la importancia del equipo de sala, ¿sugieres algo para la optimización del negocio?

Kate negó la con la cabeza y acto seguido contestó:

—Todavía no me ha dado tiempo más que a ponerme al día con las tareas propias de mi puesto. Supongo que ya cuando empiece a agarrar vuelo, podré empezar a pasarte informes y demás.

—Eso espero que empieces a agarrar vuelo pronto, porque en las barras no

podemos permitirnos lastres.

—No soy ningún lastre... —puntualizó ella molesta.

—Esta mañana me ha pasado Linda tus estadísticas de la primera semana y has puesto un 40% menos de copas que el resto de tus compañeras. Yo a eso no solo le llamo lastre, sino que como no te pongas las pilas rápido no me va a quedar otra que ponerte de patitas en la calle. ¿Estamos, señorita Morgan?

Kate se mordió los labios de pura rabia, porque se había esforzado hasta el límite de sus fuerzas y sentía que su trabajo no correspondía para nada con ese dato. Por eso con los ojos chispeantes de ofuscación, levantó la barbilla y habló negando con la cabeza:

—No, no estamos. Reconozco que el primer día pude tener ese ratio, pero los días siguientes he ido a más en mi trabajo y estoy segura que como mucho hago un 20% menos que mis compañeras.

A Henry le gustó tanto que sacara carácter, que no se amilanara ante nada y que le plantara cara como no se atrevía a hacerlo nadie, que sintió de nuevo esa presión pujando entre sus piernas y se puso de un mal humor tremendo.

¿Pero por qué esa joven le alteraba de ese modo cuando era una persona con la que jamás tendría sexo?

Muy molesto con su espontánea reacción, comentó muy contrariado:

—¿Estás insinuando que Linda miente?

—No digo que lo haga a conciencia, pero estoy segura de que se ha equivocado en la toma de datos —contestó con firmeza.

—Linda jamás se equivoca, es una profesional muy seria y rigurosa. Así que me temo que la única que está sobreestimando su rendimiento laboral eres tú.

—Pero eso que dices es...

—No puedo perder más tiempo en conversaciones absurdas. Empléate a fondo esta semana, porque de lo contrario tu puesto peligra. Buenas tardes, señorita Morgan.

Henry la dejó plantada con la palabra en la boca y ella se quedó mirando cómo se alejaba esa figura imponente, esa espalda ancha, ese caminar confiado y potente, y sí, reconocía que era un hombre para perder el sentido, pero le parecía tan altanero y soberbio que aunque fuera el último hombre del planeta jamás tendría nada con él.

Luego, enojada como no recordaba se metió en la ducha, merendó mientras leía un poco y se preparó para la intensa sesión de trabajo que le aguardaba.

Así, entró en la sala donde almacenaban la ropa y escogió un vestido cortísimo y escotado de Prada, que combinó con unos zapatos de tacón de vértigo.

Se iban a enterar de quién era Kate Morgan, pensó.

Después, les pidió a las chicas de peluquería y maquillaje que le recogieran el pelo en un moño que dejara su cuello largo despejado y que la maquillaran excesivamente, como si aquella fuera una ocasión de lo más importante.

Y es que lo era, ese iba a ser el día en que todos iban a enterarse de lo que era capaz de dar...

Y así, con esa actitud apareció en la sala y se presentó en la barra donde las chicas estaban también llegando.

—Hola, Linda —saludó a su jefa.

—Hola, Kate. ¿No vienes demasiado escotada? No me gustaría que se te saliera un pezón en plena faena. Además de ser algo muy ordinario es una falta grave, no sé si lo sabes.

—No se me va a salir nada, descuida. Lo que sí quiero comentarte es que no estoy nada de acuerdo con la forma en la que se contabiliza mi trabajo. El señor Zank me ha dicho que hago un 40% menos que el resto de mis compañeras y me parece que no es así.

—Son datos objetivos y fríos, Kate. A ti te parecerá que trabajas como ellas, pero créeme que no es así. Te queda mucho todavía para estar a la altura

de una camarera del club Zank. Eres muy lenta y tu rendimiento deja mucho que desear.

Kate apretó los dientes porque para nada creía que fuera una falsa percepción suya:

—Empezaré a hacer mis propias estadísticas con los datos que tome de mis compañeras.

—¿Qué insinúas que estoy mintiendo? Es la primera vez que alguien me acusa de nada semejante.

—No insinúo, afirmo: a partir de hoy voy a apuntarlo todo. Veremos si coinciden tus datos con los míos...

Y sin decir ni una palabra más, Kate se marchó a atender a un cliente que estaba al fondo de la barra.

Capítulo 10

Tres horas después, en la sala de descanso, Kate se encontró con que Michael también había hecho una parada para cenar algo del catering que la empresa ofrecía:

—Voy a zamparme como dieciocho de estas minihamburguesas porque hoy estoy hambriento. Supongo que será el estrés —comentó Michael mientras cogía una hamburguesa tamaño mini.

—No me hables de estrés que Linda me tiene harta, creo que me tiene manía.

—Puede ser —replicó Michael después de zamparse la hamburguesa en dos bocados.

—¿Cómo que puede ser? —inquirió con gran curiosidad, al tiempo que cogió un poco de sushi.

—Todo el mundo sabe que Linda está enamorada del señor Zank —soltó Michael y se metió otra hamburguesa en la boca.

—¿Qué? —dijo a punto de atragantarse con el sushi—. Pero si ella misma me advirtió de que ni se me ocurriera enamorarme de él.

—Claro porque lo quiere solo para ella, pero lo lleva claro porque Henry pasa totalmente.

—No me puedo creer lo que me estás contando —habló Kate, tras abrir una botella de agua y dar un trago largo.

—El señor Zank tiene como norma no relacionarse sexualmente con la gente del trabajo, pero contigo sé que haría una excepción.

Esta vez Kate estuvo a punto de escupir el agua de la impresión de escuchar esas palabras:

—Michael por favor no me tomes el pelo, anda.

Michael cogió un sándwich de pollo y, tras darle un buen mordisco, reconoció:

—He visto cómo te mira, y lo hace todo el rato, tú ni te das ni cuenta pero yo lo veo todo, y no te quita ojo de encima.

—Venga, tío, ya vale, deja de decir tonterías —exigió apuntándole con la botella de agua.

—Estoy hablando totalmente en serio, me paso el día observándole porque mi Peter se pasa el día a su lado y como estoy loco por ese hombre, no pierdo detalle de nada. Y créeme que es cierto, te come con la mirada, pero no con su lascivia habitual, no, contigo es otra cosa.

Kate cogió un trozo de pizza de espinacas y se echó a reír porque aquello era demasiado:

—¿Lascivia habitual?

—El señor Zank es muy sexual y sé perfectamente la cara que se le pone cuando tiene enfrente a alguien que le gusta para sus juegos. Contigo pone esa cara, pero en su mirada veo mucho más. Le pones, nena, le pones mucho, pero no solo eso. Lo que siente por ti va más allá y eso es lo que Linda ha pillado al vuelo, por lo que te está fastidiando todo lo que puede.

—Todo esto me suena a chino, ¿de verdad que no es una broma? —preguntó negando con la cabeza.

—Soy muy bueno para las cosas del corazón, Kate, está mal que yo lo diga, pero soy un crack. Así que cuídate mucho de Linda, porque es una pantera y va a defender con uñas y dientes lo que considera que más pronto que tarde será suyo.

—Pero si yo paso del señor Zank, por mí como si se lo come con patatas.

—Uy eso quisiera ella, comérselo con patatas, pero eso no va a ser jamás. El señor Zank es de primeras impresiones, si no le entra por los ojos, no le entra. No hay más. Y tú le has entrado por todas partes, eso es obvio para

cualquier buen observador.

—Debo ser una observadora pésima porque yo lo único que veo es que me trata de una forma borde y cortante. Vamos, que no puede ser más antipático conmigo.

Michael le dio de nuevo a la hamburguesa y le contó:

—Porque le debe dar una rabia enorme haberse flechado de una de sus empleadas. ¿No ves que él odia contravenir sus normas?

Kate seguía sin creer ni una palabra de lo que decía Michael, es más le parecía tan delirante que le comentó:

—Michael, espero que no te moleste lo que te voy a decir, yo no dudo de que seas un crack para los asuntos estos del corazón, pero en este caso te estás equivocando de pleno.

—Tú hazme caso, cuídate de Linda y del señor Zank que va a ir a por todas contigo. Ya lo verás, preciosa.

Michael se bebió una botella de agua casi del tirón y tras limpiarse con una servilleta, Kate le dijo:

—No hay nada que ver, Michael. Entre el señor Zank y yo no va a haber nada y con Linda en cuanto tenga ocasión volveré a insistirle en que no quiero nada con él.

—¿Crees que vas a ser capaz de resistirte a los encantos del señor Zank? Serías la primera y desde luego que tendrías toda mi admiración, pero me temo que eso no va a pasar.

—Pues te digo yo que sí, vamos es que me apuesto lo que quieras.

—No lo apuestes, cielo, porque lo vas a perder. Y ahora te dejo que me está llamando por el pinganillo —dijo Michael poniéndose de pie.

—¿Quién? ¿El señor Zank?

—Sí, han venido unas modelos amigas tuyas con las que a veces juega a sus cosas. Llevo toda la noche estresado esperando el momento en el que se las

lleve al reservado y yo tenga que cuidar que no les falte de nada.

Kate abrió los ojos como platos porque aquello era totalmente novedoso para ella:

—¿Y qué es lo que hacen ahí dentro?

—Yo solo llevo champán, fresas, cosas así... Lo que hacen ahí dentro puedes imaginártelo.

—¿Él solo con varias mujeres? —preguntó Kate atónita, tras tomar un sorbo de agua.

—Eso le encanta, pero a veces también pasan hombres.

—¿Es bisexual? —quiso saber Kate, ojiplática.

—No, es *hetero*, menos mal porque si no ya se habría ligado a mi Peter. El señor Zank es irresistible para todo el mundo...

—A mí no me gusta.

—¿Entonces por qué quieres saber lo que hace en el reservado?

—Simple curiosidad —respondió Kate, encogiéndose de hombros.

—Alguna vez se ha quedado la puerta abierta y he visto cosas que mejor no quieras saber.

—O sea que no solo llevas la bandeja, también miras...

—No soy *vouyeur*, si es lo que a te refieres, simplemente ha sucedido que estaba la puerta abierta y he visto al señor Zank hacer disfrutar a varias mujeres a la vez. Y disfrutar a lo grande a tenor los gemidos que he podido escuchar...

Kate se tapó los oídos y le pidió con el ceño fruncido:

—¡Calla que no me interesa saber más!

—¿Estás segura? Porque en tu mirada he visto morbo además de curiosidad.

—¿Morbo yo? ¡Bah, no digas bobadas! A mí el sexo por el sexo no me interesa, yo soy de las que se enamoran.

—Si te enamoras del señor Zank, conocerás su famoso reservado...

—¡Ni en sueños, tío! Vamos, es que no lo digas ni en broma. Aparte de que yo en la vida pisaría ese reservado de pecado y perdición. Soy una chica normal, con sus valores y sus principios.

—Hasta que pierdas la cabeza por el señor Zank y mandes a paseo todo.

—Yo en la vida participaría en una orgía de esas. ¡Ni loca! Para mí el sexo es algo muy importante, trascendente, mágico, especial. Algo tan íntimo que jamás compartiría con otras personas. El sexo para mí es a dos y con amor, las demás fórmulas no me interesan para nada. Eso lo dejo para los crápulas como el señor Zank.

—Creo que el señor Zank está deseando enamorarse como todos, encontrar al amor de su vida y ser feliz de una vez por todas. Le gusta el sexo fuerte, disfruta con el sexo grupo y demás, pero sé que lo cambiaría todo por vivir un gran amor. Como todos, en el fondo es como todos...

Kate resopló y negando con la cabeza murmuró:

—Permítame que lo dude, porque yo le veo muy a gusto con la vida disoluta que lleva.

—Que equivocada estás, Kate, y ya verás cómo tengo razón... Ya lo verás...

Capítulo 11

Kate se quedó con esas palabras dando vueltas por su cabeza, palabras que incluso le hicieron sentido cuando por un instante cruzó la mirada con la del señor Zank que estaba a escasos metros de ella.

Y a todo esto ¿cómo es que la estaba observando? ¿Sería verdad lo que le había dicho Michael y se pasaba el día mirándola? Aunque ¿para qué iba a mentirle Michael? ¿Qué sacaba con eso?

Claro que podía observarla por ser la nueva nada más, solo se trataba de pura supervisión rutinaria, si bien con esta última mirada había ido un poco más lejos. Porque había captado algo en los ojos de ese hombre que hablaba con tres mujeres bellísimas que iba más allá de lo que puede observar en un jefe controlador y vigilante.

El señor Zank le había mirado y en su mirada había detectado un punto de pena, algo así como una tristeza muy profunda, de esas que nublan el alma y que le conmovió por completo.

Era como si le estuviera diciendo que le faltaba algo, tal vez lo más importante, eso crucial que le da sentido a todo y por lo que merece realmente la pena vivir.

Así que sí, tal vez Michael tuviera razón y en el fondo el señor Zank era como todos, solo buscaba amar y ser amado, y mientras llegaba esa persona, se divertía y de qué manera...

Porque al poco, pasó justo delante de ella, volvió a mirarla pero esta vez con algo parecido a la rabia y se dirigió a la zona que conducía a los famosos reservados, con las tres modelos despampanantes, a disfrutar de una de sus noches de lujuria y desenfreno.

Y ahí fue cuando Kate no entendió nada, porque a cuento de qué la había

mirado de ese modo, ¿acaso no iba a divertirse? ¿Entonces por qué esa especie de ira contenida?

No pudo reflexionar mucho más, porque su jefa le gritó por la espalda muy antipática:

—Perdona, guapa, pero te recuerdo que se te paga por trabajar, no para que te pases la noche mirando cómo tu jefe se lo pasa bomba.

Kate respiró hondo para evitar que se la llevaran los diablos y le dijo en un tono de voz que intentaba ser sereno:

—Llevo toda la noche trabajando muy duro, Linda. No tienes nada que reprocharme.

—Te he pillado mirando al señor Zank unas cuantas veces y ya te he dicho que ese hombre no es para ti. Ni siquiera te elegiría para tener un revolcón contigo en uno de sus reservados. ¿No ves la clase de mujeres que le gustan? Son todas mucho más altas que tú, más flacas que tú, más guapas que tú y con mucha más clase que tú. ¿Te queda claro o te tengo que hacer un dibujito?

Kate sabía perfectamente lo que tenía que responder a esa gata herida por los celos para ponerla en su sitio, pero decidió controlarse porque su objetivo final era quedarse en el club Zank hasta aprenderlo todo. Por eso, decidió hacer caso omiso de las provocaciones de su jefa y responder:

—Me parece que a la que no le ha quedado claro que no quiero tener nada ni con el señor Zank ni con nadie es a ti. No estoy aquí para enamorarme, Linda, lo único que quiero es trabajar duro y aprender al máximo. ¿Tú puedes decir lo mismo?

Linda la miró con desprecio, cogió una copa y le dio bruscamente la espalda, en tanto que Kate se marchó a atender a un cliente que estaba al final de la barra.

Mientras en uno de los reservados, las tres mujeres empezaban a quitarse la ropa delante de un Henry que no podía sacarse de la cabeza a la señorita

Morgan.

Y no lo entendía, ¿por qué de todas las mujeres que había en el mundo, solo ella le estaba provocando esa estúpida obsesión que hacía que no pudiera dejar de mirarla y de ansiar conocerla en profundidad, por dentro y por fuera, por delante y por detrás, por arriba y por abajo?

Porque lo suyo iba más allá del deseo, también ansiaba su compañía, conocerla mucho más, adentrarse en su mente y en su corazón, como anhelaba clavarse en lo más profundo de su cuerpo.

Pero era una empleada y tenía como norma no tener nada con la gente del trabajo. Era una ley para él. Así que luchaba con todas sus fuerzas para quitarse esa obsesión de la mente y esa era la razón por la que, a pesar de que no tenía ninguna gana, se acababa de encerrar en el reservado con tres bellezas que estaban ya medio desnudas ante él.

Necesitaba sacarse a Kate Morgan de la cabeza como fuera, necesitaba borrar la imagen del escote que no había podido evitar contemplar, de ese medio pezón que casi se le había salido cuando estaba sirviendo una copa y que ansiaba tener en su boca.

Desesperado, se echó las manos a la cara mientras una de las modelos, una rubia con un trasero que le había vuelto loco en otras ocasiones, se puso frente a él con los pechos al aire y una cara de vicio total.

—Henry, ¿estás bien? Esta noche te noto muy raro...

Henry se aflojó el nudo de la corbata y les pidió a las chicas que empezaran sin él.

—¿Esta noche prefieres solo mirar, chico malo? —preguntó entre risas una morena espectacular, que se acariciaba los pechos generosos y desnudos con verdadera lascivia.

Henry asintió con la cabeza, para que le dejaran tranquilo y las chicas comenzaron a darse placer entre ellas mientras él no podía dejar de pensar en

Kate Morgan.

Y es que se moría por besar esa boca dulce y gruesa, por recorrer el cuello largo con la lengua, por mordisquear esos pezones duros que apenas había logrado atisbar y por hundirse en el interior que intuía tan estrecho, tan cálido y tan húmedo.

Luego, después de una sesión de buen sexo, quería tumbarse a su lado, dormir un poco y charlar hasta las tantas al calor de un fuego suave, con una copa de vino de la mano y algo de picar.

Desnudarse por dentro y por fuera, abrirse entero de cuerpo y de alma, entregarse hasta límites desconocidos, y todo con ella y solo con ella.

Los dos y nadie más, entregándose al placer y a una intimidad que ansiaba como nada el mundo. ¿Se estaría volviendo loco?

Porque para él era una auténtica locura estar deseando aquello con una mujer que apenas había llegado a su vida y con la que no tenía nada en común.

Ella era una buena chica, decente y sin experiencia y él era un crápula que estaba de vuelta de todo. ¿Tenía derecho a corromperla? Desde luego que no. Además, él era su jefe y esa relación tan asimétrica no podía traer nada bueno para ninguno de los dos.

Pero sobre todo para ella, que era tan inocente, que solo estaba allí para aprender y luchar por sus sueños.

No, no podía hacerle eso, pensó, tenía que protegerle de él mismo. Y con un nudo en la garganta tremendo, pidió a Michael por el pinganillo con el que se comunicaba con todo su equipo, que le trajera champán para pasar ese trago tan amargo, mientras las tres mujeres seguían con las caricias cada vez más atrevidas.

Tanto que cuando Michael dejó el champán en la puerta entreabierta, vio cómo dos de ellas se devoraban mutuamente los sexos, al tiempo que una tercera se masturbaba entre fuertes jadeos frente al señor Zank que permanecía

vestido y con la mirada perdida.

Acto seguido, Henry salió a por su champán, se sirvió una copa y el resto las chicas lo vertieron en sus vulvas que lamieron unas a otras hasta sucumbir a unos cuantos orgasmos que provocaron que quisieran más, mucho más...

—Fóllanos, Henry. Ahora te necesitamos a ti —le pidió la rubia.

Pero Henry lo que hizo fue pedirles que se vistieran y que volvieran a la sala, porque lo que lo él verdaderamente necesitaba era encerrarse en su despacho para analizar qué narices le estaba pasando, que ya no podía disfrutar del sexo por el sexo con tres bellezas, pues no podía sacarse de la cabeza a la señorita Morgan.

A Kate, maldita Kate, ¿por qué diantres tenía que haber llegado a su vida?

Capítulo 12

Desde la barra en la que estaba trabajando a destajo, Kate se percató de que las tres mujeres salieron del reservado con los pelos revueltos, muertas de risa y cogidas del brazo, mientras que el señor Zank iba detrás con cara de circunstancias.

Y sintió tanto asco que, cuando él pasó a su lado, no pudo evitar mirarle con todo el desprecio y la repugnancia que le daba la gente que hacía algo así.

Cómo no fue de reprobatoria su mirada, que el señor Zank bajó la vista y se marchó hacia la zona que conducía a su despacho en tanto que las tres mujeres continuaron con la fiesta, bailando como locas en la pista, frotándose entre ellas y contoneándose de forma lasciva.

—¿De nuevo perdiendo el tiempo, señorita Morgan? —le preguntó su jefa, que parecía que no tenía nada más que hacer que estar todo el día controlándola.

Sin más, Kate siguió trabajando y decidió olvidarse de aquella panda de depravados, hasta que concluyó su jornada y cuando estaba cambiándose de ropa, Michael apareció y no pudo evitar hablar sobre lo sucedido.

—¿Qué tal ha estado tu día? —preguntó Michael mientras se quitaba el traje.

—*Psss*. Pues un día más... —contestó Kate despojándose del vestido.

—Uy, uy, uy, a ti te pasa algo. ¿Te vuelto a incordiar Linda?

—¿Vuelto? Tío, no para de tocarme las narices.

—Eso es porque no soporta que el jefe esté perdiendo la cabeza por ti.

—¡Déjate de chorradas, por favor! No me hagas más perder el tiempo con esas tonterías, Michael —exigió Kate a la vez que se ponía una sudadera rosa.

—Te digo la verdad. Es más esta noche ha pasado algo muy raro, cuando he

entrado a llevarle el champán, el señor Zank estaba...

Kate, que no quería saber nada de lo que ese crápula hacía en su cuartito del vicio, le pidió muy seria a Michael:

—No me interesa para nada lo que haga esa gente. Es más me produce una repulsión absoluta.

—Chica, sé un poco más abierta de mente. Es solo sexo.

—Que hagan lo que les dé la gana, a mí no me interesa para nada saber más. No me des detalles por favor...

Michael, que estaba ya en ropa interior y que por cierto tenía un cuerpo espectacular, musculado, duro y bien trabajado, insistió:

—No, si solo ha sido un momento. He abierto la puerta y me he encontrado a dos de las chicas comiéndose el...

Kate se tapó los oídos y le exigió más que ofuscada:

—¡Michael que me importa una mierda! ¡Cállate de una vez! ¡No quiero saber lo que hacían esas cerdas ahí dentro!

—Jajajajajaja. Mira que eres remilgada, señorita Morgan, esto es Nueva York y estamos en el siglo XXI, la gente practica el sexo con alegría y libertad.

—Perfecto. Pero yo no quiero saber nada. ¿De acuerdo?

Michael se puso un jersey de lana gruesa gris y siguió contando a pesar de los reparos de su amiga:

—Sí, pero hay algo que te interesa. Escucha, por favor, y no te hagas la monjita.

—¡Soy una monjita! —gritó tapándose los oídos con las manos.

—Anda, escucha, que tienes que saber algo...

Kate bajó las manos y se resignó porque Michael no podía ser más pesado:

—A ver, qué es eso que debo saber.

—Tía, es que ha sido muy fuerte, he abierto la puerta, estaban esas dos

devorándose los sexos, una tercera estaba masturbándose entre jadeos frente al señor Zank...

—Uf. Madre mía, por favor, te lo suplico. Para...

—Calla, que ahora viene lo bueno, el señor Zank estaba vestido y con la mirada perdida, como si estuviera con la mente en otra parte. Y por supuesto que no estaba participando de la fiesta.

Kate le miró extrañada porque no entendía nada:

—¿Cómo que no estaba participando? ¿Acaso no estaba dentro? ¿Acaso no te ha pedido champán?

—Estaba ausente, Kate, las chicas estaban gozando de sus cuerpos, entregadas como diosas del sexo al placer, pero el señor Zank no estaba ahí, estaba en otra parte y a mí me da que esa actitud dispersa tiene mucho que ver contigo.

—¿Conmigo por qué?

—Nena, estoy seguro de que estaba pensando en ti. Que lo que siente por ti es tan fuerte ya que ni puede disfrutar de su vida loca.

Kate se echó a reír de puro nerviosísimo, porque como lo que ese chico contaba fuera cierto estaba en serios problemas:

—Venga ya, Michael. Deja de burlarte de mí.

Michael se puso los *jeans* que le sentaban de maravilla y le aseguró:

—No es broma. Y te repito que yo no me equivoco con estas cosas, yo te digo que el señor Zank se está pillando por ti. Advertida quedas...

—Madre mía, solo espero que todo sean especulaciones tuyas, porque solo me faltaba que me pasara eso.

Michael se abrochó el cinturón del pantalón y replicó convencido:

—El amor es lo más maravilloso del mundo, Kate. Si sucediera que el amor llegara a vuestras vidas sería una auténtica bendición.

—Sí, claro, enamorarse de un canalla es la cosa más estupenda que le puede

pasar a una chica pánfila y católica de Chicago.

—Pues sí, enamorarse siempre es algo extraordinario. Y después de todo, ¿quién no tiene algo? Nadie es perfecto. Unos son crápulas, otros son soporíferos, unos son muy trabajadores, otros son unos zánganos...

—Pero es que lo del señor Zank es muy fuerte, lo pongas como lo pongas —concluyó Kate, poniéndose unos *jeans* desgastados.

—Pues yo prefiero a alguien con una sexualidad abierta y desenfadada a un monje como mi Peter Brown. ¡Qué hombre más aburrido, por favor! A mí me tiene hartado, no paro de tirarle la caña y nada, que no pica. Y no es porque tenga a otro, ni que le guste nadie, que ya he hecho mis averiguaciones —confesó moviendo las manos de una forma muy simpática.

—Jajajajajaja. Menudo eres tú. ¡No se te escapa una!

—Nada, chica, es un soso de campeonato. Pero qué le vamos a hacer, me he enamorado de él y aquí estoy muerto de asco. He olvidado hasta la última vez que lo hice...

—Pues anda que yo... Jajajajajaja —repuso Kate, poniéndose unos calcetines gruesos.

—Te digo que tú vas a catarlo antes que yo. Ya lo verás, querida Kate.

—¿Yo? ¿Con quién? Si no hago otra cosa más que trabajar y mis días libres los paso vagueando en el sofá porque estoy molida.

—Ay nena, lo que te está costando pillarlo: ¿con quién va a ser? Pues con el tío que está loquito por ti y que además es tu jefe.

Kate se calzó unas zapatillas deportivas y mientras se ataba los cordones, le pidió:

—Calla, que solo falta que nos escuche el señor Zank o la celópata de Linda. A mí déjame tranquilita, que no me interesa para nada el tema de los amoríos.

—Ya, pero es que esto no funciona así. Resulta que si el amor llama a tu

puerta: tú no puedes hacer nada de nada. Y si no mírame a mí, que estoy loco de amor por el muermo del señor Brown.

—Ya, pero resulta que a mi puerta solo toca el cartero para traerme facturas, así que deja de meterme al señor Zank por los ojos porque no hay nada que hacer.

—¿Y me quieres explicar por qué hoy no ha tenido sexo con las tres bellezas? —preguntó Michael ajustándose las gafas.

—No sabemos lo que ha podido pasar después, pero de cualquier forma ni lo sé ni me importa. Que haga con su vida lo que quiera, Michael.

—Pues yo que os veo juntos y no tardando mucho...

—Mira qué eres plasta, tío. Muy plasta.

Y los dos se echaron a reír...

Capítulo 13

El señor Zank después de mucho cavilar durante unos días, decidió que lo mejor era enfrentarse al problema y descubrir qué era lo que verdaderamente le estaba pasando con la señorita Morgan.

¿Por qué no podía dejar de pensar de ella? ¿Por qué no se la podía arrancar de su pensamiento? ¿Por qué no podía dejar de desearla a todas horas? ¿Por qué hasta se metía hasta en sus sueños y eran de lo más tórridos?

¿Acaso estaba sintiendo por ella algo tan fuerte como nunca había sentido por nadie?

Porque lo cierto era que jamás nadie le había provocado todo ese torbellino de emociones y sensaciones que le tenían en un sinvivir.

Así que para descubrir qué era lo que estaba sucediendo, decidió que lo mejor era tomar las riendas del asunto y empezar la semana encarando directamente la cuestión.

De tal modo, se presentó a la hora en que sabía que Kate tenía la sesión de *fitness* en la sala habilitada como gimnasio, a realizar la sesión de entrenamiento que normalmente hacía a primera hora de la mañana.

Cuando Kate le vio entrar en la sala, vestido con ropa de deportiva y su rostro impenetrable, se quedó estupefacta:

—¿Vienes a entrenar?

—Eso parece —masculló el señor Zank, arqueando una ceja—. ¿Algún problema?

Kate que estaba acostumbrada a hacer ejercicio sin más presencia que la de Robert, su entrenador personal, se sintió de repente muy incómoda con la aparición de su jefe, por lo que sin más, decidió ser sincera:

—Prefiero hacer mis sesiones a solas.

Lo que ella ni podía imaginar era que él también estaba dispuesto a serlo:

—Tranquila, que no te voy a molestar lo más mínimo. Yo me dedicaré a hacer mis rutinas, pero necesito pasar algo de tiempo contigo.

Kate le miró extrañada y le preguntó convencida de que había escuchado mal:

—Perdona, pero has dicho que necesitas ¿qué?

El señor Zank se echó el pelo hacia atrás, carraspeó un poco porque sobre todo no quería asustarla y respondió:

—A ver cómo te cuento esto, sin que salgas huyendo.

—Tal y como lo estás exponiendo me están entrando ya ganas de hacerlo.

Henry sonrió mientras pensaba que cada día le gustaba más esa mujer que no se parecía a ninguna otra y optó por enseñar sus cartas:

—Mira, estoy sintiendo por ti cosas que no sé bien lo que son y estoy aquí para descubrirlo.

Kate tragó saliva porque esperaba cualquier respuesta menos esa y desde luego que de repente se acordó de Michael y sus profecías. ¿De verdad ese hombre estaba empezando a sentir cosas por ella? Porque le parecía imposible, eran de mundos tan diferentes, ella era tan normal, en fin que en su cabeza no cabía que eso pudiera ser cierto.

—Creo que puedo provocarte cierta curiosidad porque no tengo nada que ver con la gente de la noche, con las modelos, actrices y demás criaturas con las que estás acostumbrado a tratar. Pero de ahí no pasa, es imposible que sientas algo que vaya más allá porque tan solo soy una chica normalita de Chicago, católica, aburrida y convencional.

Henry respiró profundo y negó con la cabeza, pues esa chica no tenía ni idea de lo especial y fascinante que era:

—En mi vida he conocido a nadie como tú, Kate Morgan.

—¿Y?

—Que me encantaría pasar más tiempo junto a ti.

Kate resopló porque en la vida pensó que iba a encontrarse en una situación semejante con el mismísimo Henry Zank.

—Mi madre me advirtió de que esto podía pasar. Me dijo que ibas a emplear todas tus técnicas de seducción y que yo caería como todas.

El señor Zank se apartó un poco de ella y dijo convencido:

—No quiero seducirte, podría haberlo hecho pero yo no quiero eso contigo.

—¿Ah no? ¿Entonces qué es lo que quieres? —inquirió pestañeando muy deprisa.

—Quiero conocerte, quiero saber por qué estoy sintiendo lo que siento cada vez que te miro, cada vez que te escucho, cada vez que te huelo...

Kate sintió cómo un extraño estremecimiento la recorrió entera y agradeció que en ese mismo instante Robert entrara en la sala, porque así no les quedó más remedio que terminar la conversación.

Al menos de momento...

Luego, cada uno por su lado empezaron con sus rutinas y estuvieron trabajando duro sus cuerpos sin que pudieran evitar que de vez en cuando sus miradas se cruzasen y sintiesen cosas que les inquietaron bastante.

Y es que Kate no solo no pudo evitar fijarse en el cuerpo fuerte, trabajado y sudoroso de ese hombre que era tan atractivo, sino que de repente se le pasó la escandalosa idea por la cabeza de lo que debía ser tener ese cuerpo sobre el suyo, jadeante, buscando un placer infinito.

Y obviamente se asustó, porque ella no era una chica que estuviera acostumbrada a tener esa clase de pensamientos. Al contrario, ella era más bien tranquila y el sexo era solo un complemento, una forma más de expresión del amor.

Pero eso así del sexo por el sexo, de forma descarnada y morbosa, no tenía nada que ver con ella. O eso pensaba hasta que el señor Zank se había cruzado

en su vida para demostrarle que ella también tenía deseos prohibidos y ocultos.

Y lo cierto era que no le gustaba para nada haber hecho el descubrimiento, porque ¿qué sería lo siguiente?

Daba lo mismo, porque fuera lo que fuese no iba a permitirse ir más allá de eso, de esas fantasías *hot* que podía controlar a su antojo.

O eso creía...

El señor Zank por su parte pensaba todo lo contrario, cada vez que sus miradas se cruzaban, cada vez que la vista se iba hacia el cuerpo curvilíneo y bien proporcionado de esa mujer preciosa miles de fantasías de lo más ardientes asaltaban su mente provocándole unas erecciones tremendas.

Tanto eran así que tenía que simular que estaba fatigado y corría a sentarse en un banco para que esa escandalosa protuberancia no asustara a la pobre de Kate, que seguía ejercitándose ajena a todo.

Y así estuvieron hasta que la sesión terminó, volvieron a quedarse a solas y estuvieron hablando de temas intrascendentes durante un buen rato.

Conversaciones que se fueron sucediendo durante los días siguientes y con las que el señor Zank fue confirmando que esa chica era justo lo que llevaba toda su vida anhelando.

Pero obviamente no se lo dijo, prefirió que su relación fuera creciendo poco a poco, que ella fuera perdiendo miedo al crápula depravado contra el que todo el mundo le había prevenido y que fuera también conociéndole sin prisas.

De hecho, habían empezado a hablar de libros, de cine, de música, se habían contado alguna que otra anécdota infantil, incluso se habían hecho alguna confidencia divertida, como que Kate detestaba la mermelada de fresa o que Henry odiaba las camisas de flores.

Si bien, la confesión más relevante sucedió dos semanas después, cuando el señor Zank le preguntó entre bromas, cuando estaban a punto de irse a las

duchas:

—¿Sabe tu madre que haces gimnasia con el degenerado de tu jefe?

Kate se echó a reír porque su madre usaba esa palabra para referirse a él con mucha frecuencia.

—No, por supuesto que no. ¿Qué quieres que venga a sacarme del gimnasio de los pelos? Diría que cómo me atrevo a compartir un espacio cerrado con el mismísimo diablo.

El señor Zank sonrió y para sorpresa de Kate le confesó con la mano en el pecho:

—Qué suerte tienes de tener a tu madre contigo.

—Eso lo dices porque no eres consciente de lo muy pesada que puede llegar a ser.

Henry negó con la cabeza y repuso con ese punto de tristeza en la mirada que a Kate le conmovía hasta el extremo:

—Eso lo digo porque perdí a mis padres y a mi hermana en un trágico accidente...

Capítulo 14

Kate se quedó atónita con la confesión, pero mucho más Henry que no hablaba del asunto con nadie, ni siquiera con sus mejores amigos.

—Lo siento mucho —susurró ella, tragando saliva.

—Sucedió cuando tenía 17 años, un buen día desperté en un hospital con bastantes huesos rotos y mi abuela Rose a mi lado mirándome con una cara de pena infinita. La pobre mujer como pudo me contó la tragedia y a partir de ese momento dejé de creer en todo. ¿Sabes que yo también era un chico católico? Era muy creyente, iba a misa todos los domingos, pero ¿cómo creer en Dios cuando te quita todo lo que te importa de golpe y porrazo?

Kate se llevó la mano a la boca de la impresión de lo que estaba escuchando y solo pudo farfullar:

—Dios Santo, Henry, no sabía nada...

—No me gusta hablarlo con nadie, tengo todo ese dolor enterrado tan adentro, que pienso que si lo recuerdo puedo removerlo y hacer así que vuelvan otra vez todos los fantasmas.

Henry bajó la vista al suelo, para que Kate no viera que tenía los ojos llenos de lágrimas y ella colocó la mano en el brazo fuerte de ese hombre para reconfortarle de alguna forma:

—Pero a veces es bueno soltar lastre, Henry.

El señor Zank al sentir la mano de esa chica sobre su piel se estremeció por completo, alzó la cabeza y musitó conmovido:

—Me gusta que me llames por mi nombre, en tus labios suena tan bien.

Ella sonrió, retiró la mano y susurró también emocionada:

—Me ha salido solo, no sé... Supongo que podemos ser amigos ¿o lo prohíben tus normas?

—¡A la mierda las normas! Prefiero tener una amiga.

Kate sonrió, se retiró un mechón de pelo y le dijo tras morderse los labios:

—Ahora entiendo muchas cosas...

Henry se acercó un poco más a ella y le preguntó intrigado:

—¿Qué cosas?

—Que no quieras comprometerte emocionalmente, que prefieras el sexo descarnado sin más complicaciones... No eres un crápula tan solo te estás protegiendo.

Henry la miró emocionado porque en la vida se había sentido tan vulnerable ante nadie, tan desnudo, tan con las emociones a flor de piel.

—No podría soportar otra vez ese dolor, Kate. No podría.

—Es que ni puedo imaginar lo que pasaste, pero seguro que la vida te tiene deparado algo maravilloso. Ellos están velando por ti allá donde estén, estoy segura.

—En otro tiempo tus palabras hasta me habrían ofendido, me habrían parecido el clásico consuelo para tontos —confesó Henry, apretando fuerte las mandíbulas.

Kate abrió mucho más los ojos y, negando con la cabeza, explicó:

—No pretendo consolarte, es que creo firmemente en lo que digo.

—Lo sé. Ya no estoy tan enojado con la vida, me he calmado mucho, pero sigo siendo un descreído. Y desde luego que tampoco espero nada maravilloso. Con tal de que me no me jodan más, me conformo...

—¿Estás seguro de que te conformas? —preguntó Kate enarcando una ceja.

Henry pensó una vez más que esa chica era valiente como ninguna y que desde luego hasta podía leerle el pensamiento, porque lo cierto era que si escuchaba realmente a su corazón la respuesta era que no se conformaba.

Pero lo escuchaba tan poco...

—Hay noches en que pienso que mi casa es demasiado grande, en que me

encantaría tener una esposa, críos y todas esas cosas...

—Pero tienes miedo —susurró Kate.

—No te voy a negar que lo tengo, pero dudo que haya en el planeta una mujer que quiera tener un marido como yo.

—¿Cómo tú? —inquirió Kate entornando los ojos.

—Sí, sabes a lo que me refiero, me gusta disfrutar del sexo —reconoció mirándola con los ojos chispeantes.

—Pero eso es una virtud en un marido.

—¿Para ti sería una virtud? —preguntó Henry, con suma curiosidad.

—Si me fuera fiel, por supuesto. ¿Quién no quiere tener un marido virtuoso en la cama? La que diga lo contrario miente.

—Yo sería fiel a la mujer que amara, pero tengo un pasado que no sé si todo el mundo podría aceptar. He disfrutado del sexo cuanto he querido y como he querido. Sin límites, lo he explorado casi todo... Menos las prácticas homosexuales, me temo que soy demasiado *hetero*.

Kate se echó a reír, aquello de que era demasiado *hetero* le hizo mucha gracia, en cuanto a lo otro: ¿quién era ella para juzgar a nadie?

—Soy de las que creo que hay que aceptar al otro tal y como es. Sea como sea. Cuando amas, amas a esa persona como es, así que supongo que la persona que elijas no encontrará problema en aceptar ese pasado.

Henry enarcó una ceja y se atrevió a preguntar:

—¿Tú lo aceptarías?

—Si estuviera enamorada, claro que sí.

—¿Pero realmente te podrías enamorar de alguien como yo? ¿Alguien que trabaja en la noche y que sabes que ha frecuentado reservados? ¿Te quedarías tranquila en casa sabiendo que yo he hecho ese tipo de cosas?

Kate pensó que las preguntas eran muy difíciles, pero en el fondo se trataba de una cuestión de confianza. Por eso, dijo rotunda:

—Si esa persona me asegura que ha cambiado, que ya no necesita tener ese tipo de prácticas porque me ama, claro que podría enamorarme de alguien como tú.

—¿Y tú crees que se puede cambiar? ¿Crees que los tíos como yo cambiamos? —preguntó Henry que no pudo evitar mirar a los pezones marcados de Kate, a través de la ajustada camiseta de tirantes de *fitness*.

—No he conocido a nadie como tú, Henry Zank —reconoció Kate que se había percatado de la mirada lasciva de ese hombre.

—Soy un cerdo. Y lo peor es que no tengo remedio.

—Nunca te has enamorado, no puedes saberlo —dijo Kate, mirándole a los ojos que brillaban más que nunca.

—Eso es cierto. ¿Tú has estado enamorada alguna vez de una forma tan intensa que has deseado dar lo mejor de ti? ¿Ser tu versión más potente y perfeccionada?

Kate suspiró, porque ese había siempre su deseo pero nunca había experimentado un amor así, tan fuerte y tan revolucionario.

—Me he enamorado, pero no siento que llegara a dar lo mejor de mí en ningún momento. Es más, creo que se rompió todo precisamente porque ninguno de los dos llegamos experimentar nada parecido. Al final, éramos más amigos que otra cosa, y aunque la amistad es algo que valoro muchísimo, como pareja fallábamos en bastantes aspectos.

A Henry de repente se le pasó una pregunta por la cabeza que, aunque sabía que indiscreta, no pudo evitar formular:

—¿No te interesa el sexo?

Kate puso los ojos como platos porque en ningún momento imaginó que el señor Zank pudiera preguntar tal cosa:

—Esa pregunta es muy íntima, Henry.

Henry se llevó la mano a la cara y sintiéndose tan torpe como miserable, se

excusó:

—Lo es, y yo soy un cretino integral. Perdóname, Kate.

—No, no eres un cretino. Pero a mí me intimida bastante hablar de esas cuestiones tan privadas, no lo hago ni con mis amigas. Soy muy pudorosa...

A Henry ese pudor le pareció tan encantador que se sorprendió suspirando y diciendo:

—¡A mí me fascina!

—¡No exageres tampoco! ¿Qué te fascina que sea una remilgada de tres pares de narices?

—No creo que lo seas.

—A tu lado, créeme que soy una monja.

Llegados a ese punto, a Henry le entraron tales ganas de demostrarle a esa mujer que no estaba en lo cierto, de cogerla por la cintura, besarla como no lo habían hecho nunca y empotrarla contra las espalderas del gimnasio, que prefirió marcharse de allí, antes de cometer una locura. Por lo que la miró muy serio y repuso apretando fuertemente los puños:

—Te creo, señorita Morgan. Y ahora si me permites, tengo muchos asuntos urgentes por resolver...

Capítulo 15

Kate se quedó dando vueltas a la conversación, sin entender por qué de repente el señor Zank había decidido zanjarla de esa forma tan abrupta. De hecho, le había sentado tan mal la espantada después de que reconociera que era una monja a su lado, que le pidió a Michael horas después en el vestuario:

—Hoy quiero un vestido *sexy* y muy atrevido.

Michael la miró muerto de risa, se ajustó sus gafas y le preguntó:

—¿Hoy vamos a sacar a la leona salvaje que tenemos dentro, señorita Morgan?

—Uf. No me hables... Tengo un mosqueo con eso tremendo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó poniendo un mohín muy simpático.

—He estado hablando con el señor Zank antes, después del gimnasio, y todo fluía muy bien. La conversación ha sido muy agradable, incluso se ha abierto a mí contándome cosas profundas y serias, pero de pronto la conversación ha girado hacia el tema de la sexualidad y al confesar que soy una monja a su lado, casi me ha dejado con la palabra en la boca.

Michael se echó a reír y dijo tras revolverse el pelo con la mano:

—Es que si llega a quedarse te habría follado por todas partes, nena.

—¿Qué? —preguntó Kate, pestañeando muy deprisa.

—Chica, espabila de una vez. El señor Zank está harto de estar con señoritas que se abren de piernas a la primera de cambio, mujeres desinhibidas que follan como si no hubiera un mañana, y me parece perfecto, cada uno vive la sexualidad como quiere, pero entiende que, si de repente aparece una pobre criatura como tú que reconoce que es casi una monja, se ponga como una auténtica moto. ¡Eres toda una novedad y una tentación para él! La rara avis que está loca por beneficiarse, ¡el encanto de lo virginal, nena!

—¡No digas bobadas, Michael! Ni soy virgen, ni soy el tipo de Henry Zank. No creo que le pueda provocar ese tipo de pasiones incontroladas, no ha sido eso, no...

—Uf. Qué poco conoces a los hombres, Katy. Estoy segura de que le has puesto muy cachondo, con tus mallas de *fitness*, tu cuerpecito sudado y esa inocencia tuya en lo sexual...

—Inocente no soy, clásica a lo sumo... Para mí el sexo de uno en uno y enamorada hasta las trancas.

—Perfecto, cielo. Pero ¿me quieres decir para qué quieres un vestido cañero esta noche?

—Quiero dejarle claro al señor Zank que tampoco soy una monja.

Michael se fue a por un Versace que había llegado, repleto de transparencias y corto hasta casi la ingle, y le dijo:

—Esto es lo de lo más provocador, pero lo que no entiendo es ¿por qué te importa tanto la opinión de tu jefe?

—No me gusta cómo me ha hecho sentir, dejarme con la palabra en la boca... Quiero demostrarle que puedo ser muy *sexy* y muy sensual...

—¿Y crees que no lo sabe? ¿Crees que necesitas ponerte ese vestido, con el que vas a ir casi desnuda, para que el señor Zank se percate de tu potencial sexual? Aunque fueras con una túnica hasta los pies, ese hombre se sentiría atraído por ti.

—Buah. Qué pesado con eso. Teniendo modelos exuberantes dudo mucho que le guste, pero yo necesito ese vestido para sentirme bien. Esta noche al menos, lo necesito...

—¿Para sentirte bien o para mandarle el mensaje al señor Zank de que eres mucho más que una monja? ¿En qué quedamos?

—¡Déjame en paz que me estás poniendo nerviosa!

—Uy, uy, uy, ¿y no será que nos estamos enamorando del jefe, señorita

Morgan? —preguntó Michael, divertido, cruzándose de brazos.

—No, no y no. ¿Lo entiendes? Así que cierra el pico de una vez y déjame tranquilita...

Michael la dejó tranquila hasta que unas horas después, le pidió cuando llevaban unas horas de trabajo:

—Nena, necesito hablar contigo un momento...

Kate, que estaba en la barra poniendo copas sin parar, como todavía no se había tomado sus minutos de descanso, le pidió a Linda que la relevaran y se fue con Michael al cuartito de descanso:

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan ansioso?

—Es Peter, no sé qué coño le pasa, pero me ha escrito un wasap donde me pide que vaya a su casa ahora mismo. ¿Lo puedes creer?

—¿Está bien? —preguntó Kate preocupada.

—Le he llamado y está borracho como una cuba. Él, el señor don Perfecto, no tengo ni idea de qué mosca le habrá picado pero debo acudir a su lado. Solo hay un problema, el señor Zank...

—¿Qué pasa con él? ¿No te permite ausentarte?

—Sí, pero acaba de decirme que hoy hay fiesta... Sus fiestas... Y como sabes no confía en nadie más que en mí, así que tenemos un problema gordo, a no ser que tú...

Kate le miró asustada porque sabía lo que iba a proponerle:

—No. No y más no. Ni loca me meto en un reservado de esos, de perdición y depravación.

—No tienes que hacer nada más que llevar una bandeja con lo que te pidan y dejarla en la puerta. A lo sumo verás alguna escena *hot*, pero nada que no hayas visto en alguna película porno.

—¡Yo no veo nunca ese clase de cine!

—Nena, por favor, es una urgencia. Henry solo confía en mí y yo solo

confío en ti. No me fío de ninguna chica más, y mucho menos de Linda que está loca por Henry. ¡Imagina lo que podría ser llevar a esa mujer a la boca del lobo!

—¿Y meterme a mí? ¿Eso no lo has considerado? —repuso Kate enojada.

—Claro que lo he sopesado pero tú aseguras que pasas de ese hombre, así que no hay ningún problema. ¿Por qué pasas, verdad?

—Totalmente, pero no sé si estoy preparada para ver según qué cosas.

—Abre tu mente por mí, por favor. Te lo suplico. No puedo dejar a Peter, me necesita y yo a ti... Dime que sí, amiga... Por favor...

Kate se encogió de hombros y luego contestó porque no le quedaba otra:

—Dime lo que tengo que hacer.

Michael le pasó el pinganillo que llevaba en la oreja y le comentó en voz baja:

—Espera a recibir órdenes de Henry, entonces abandona la barra con cualquier excusa y vete a la sala del fondo del pasillo de la zona de oficinas. Avisaré al guardia de seguridad para que te deje pasar y una vez dentro, preparara lo que el señor Zank te encargué, y llévalo entrando por la puerta que hay en esa misma sala y que comunica directamente con los reservados. Nadie verá que accedes a esa parte de la sala...

—Sí, pero Henry sabrá que yo soy la que llevo la bandeja.

—No. Tú no tienes que hablar con él, yo nunca lo hago. Solo recibo órdenes y entrego lo que me pide. Luego lo dejas en la puerta del reservado que veas con una luz arriba iluminada en verde, y te vas... Es muy fácil, no vas a tener ningún problema.

—Si mi madre me viera... Te digo que la mato del disgusto —bufó Kate, muy nerviosa.

—No te va a ver, y ninguno se lo va a contar. Además, lo haces por mí y eso te honra. Te debo una, Katy. Pídeme lo que quieras. Menos guarrerías

sexuales, eso sí que no puedo dártelo. Soy tan de mi Peter...

—Calla, anda. Que en vaya lío que me voy a meter por tu culpa. Solo espero no caerme porque jamás he trabajado con bandeja.

—Tú coloca el peso en el centro y lo más ligero lo repartes alrededor, de forma equilibrada. Camina despacio y concentrada, y sobre todo confía en ti. ¡Va a salir todo de fábula!

—Más te vale. Y ahora te dejo que Linda me tiene controlados hasta los segundos. Espero que lo de Peter no sea nada.

—Ya te contaré y gracias por todo, Kate. Eres una tía cojonuda.

—Anda, vete antes de que me arrepienta...

Michael se fue, Kate volvió a su puesto de trabajo muy inquieta, tanto que estuvo unas cuantas veces a punto de romper un vaso, pero sus nervios acabaron poniéndose de punta, cuando el pinganillo sonó y escuchó a Henry decir:

—Tráeme dos botellas de champán y cinco copas...

Capítulo 16

Instantes después, Kate caminaba con cuidado con una bandeja con las cosas que Henry le había pedido, en dirección al reservado donde este se estaba divirtiendo de lo lindo.

O eso creía...

La verdad era que Henry no tenía ninguna gana de encerrarse en el reservado esa noche, con tres bellezas y un amigo que había venido de Zúrich a pesar una noche loca.

Pero se lo había propuesto y al final había acabado por aceptar para ver si así lograba sacarse a la señorita Morgan de la cabeza.

Después de la charla que habían tenido tras la sesión de deporte, se había quedado francamente tocado. Y es que no solo la deseaba cada día más, sino que le parecía que era la única que podía salvarle.

¿Pero cómo? Porque era obvio que ella pasaba de él y que a lo sumo a lo que podían llegar era a ser amigos. Y no es lo que no lo valorara, al contrario se sentía muy orgulloso de los avances que habían hecho, pero él quería mucho más.

Lo quería todo. Y no podía ser...

Así que mejor entregarse al más puro placer por el placer y ver si así lograba olvidar lo mucho que le dolía saber que Kate Morgan jamás iba a ser suya.

O esa era su intención, porque cuando se metió en el reservado con esas tres mujeres, se limitó a sentarse en un sofá blanco, mientras todos disfrutaban de la fiesta sin él.

—¿Ahora solo te gusta mirar? —preguntó su amigo, mientras amasaba los pechos generosos de una de las rubias que estaba ya desnuda.

—Estoy bien aquí... —masculló Henry, mientras rechazaba las caricias de las otras dos mujeres que en vano intentaban quitarle la ropa.

—¿No quieres jugar con nosotras, cielo? —le preguntó una pelirroja que solo llevaba un tanga negro.

—Jugad vosotras...

La pelirroja obedeció, cogió un dildo anal enorme, lo embardunó de lubricante y lo hundió en el trasero de su compañera de juegos que gemía estremecida.

Henry ajeno a todo, decidió pedir champán para pasar ese trago amargo y cuando sintió que acababan de traerlo, le pidió a su amigo que estaba junto a la puerta que lo recogiera:

—Jacob, acaban de traer el champán. ¿Puedes traerlo por favor?

Jacob que acaba de hundir su miembro en el sexo mojado de la rubia, se apartó de esa delicia por unos instantes y al abrir la puerta se encontró con que una mujer preciosa acababa de levantarse del suelo donde había dejado la bandeja.

—¿Vienes a la fiesta? —preguntó Jacob, colocando ambas manos en los pechos de Kate y apretándolos con fuerza.

Kate horrorizada al ver que ese hombre desnudo la sobaba de esa forma tan asquerosa, quiso gritar pero al momento se fijó en que el señor Zank estaba sentado al fondo de la sala, vestido por completo y mirándola atónito.

—¡Maldita sea, señorita Morgan! ¿Qué demonios haces aquí? —preguntó levantándose indignado, al tiempo que Jacob sacaba los pechos del tremendo escote y tironeaba de los pezones de Kate.

—Solo es un poco tímida, pero está deseando jugar como todos. Mira qué pezones más duros tiene... —comentó Jacob, con la mirada cargada de lascivia.

Henry apartó a ese hombre de un fuerte empujón, cogió a Kate de la muñeca

y así la llevó hasta otro reservado que había al fondo del pasillo, donde le recriminó muy enojado:

—¿Qué haces en esta zona? ¿Sabes que es una falta muy grave estar aquí, señorita Morgan? ¿Qué buscabas? ¿No decías que eras una monja?

—Henry por favor, tiene una explicación...

—¿Qué explicación? ¿Quieres morbo? ¿Necesitas sexo?

Kate se libró de la mano fuerte de ese hombre que estaba fuera de sus casillas y, con los ojos llenos de lágrimas, explicó:

—Michael ha tenido que ausentarse por una causa de fuerza mayor y me ha pedido que viniera a suplirle. Me he limitado a dejar la bandeja con lo que había pedido pero justo cuando la he dejado en el suelo he trastabillado un poco, me he caído hacia un lado y en ese momento ese hombre horrible ha abierto la puerta.

Henry no pudo evitar mirar los pechos redondos con los pezones bien duros y Kate se azoró tanto que se los tapó con las manos; en tanto que él, muy enojado con la situación, exigió:

—¡No quiero volverte aquí jamás! Pase lo que pase, ¿estamos?

—¿Crees que para mí es plato de gusto estar aquí? ¡Lo he hecho por mi amigo, sino en la vida me habrías visto el pelo en un lugar tan repugnante!

—¿Estás segura? Porque tienes los pezones duros como rocas.

Tras decir esas palabras, Henry se arrepintió y se sintió terriblemente culpable.

—¡Vete a la mierda! —exclamó Kate, cubriéndose los pechos con la exigua tela del vestido que llevaba.

—Perdóname, pero estoy muy nervioso con todo lo sucedido. Cuando he visto que mi amigo ponía sus manos sobre tu piel me han entrado ganas de destrozarlo.

—Pues imagina cómo me he sentido yo cuando he visto que un tío en bolas

de repente me manoseaba los pechos.

—El muy cretino debió confundirte con una de mis amigas. *Arggg*. No imaginas lo mal que me siento, se va a enterar. Eso te lo garantizo.

—Déjalo. Hasta cierto punto es comprensible que se confundiera si me vio en esa zona...

—Tú eres diferente a todas.

Kate tragó saliva y negó con la cabeza:

—Fue un error por mi parte aceptar suplir a Michael, tenía que haberle dicho que no. Pero como soy tan estúpida...

Kate bajó la vista al suelo y Henry la tomó por la barbilla para obligarle a que le mirara a los ojos:

—Tú no eres estúpida. Al contrario, eres la mujer más increíble que he conocido jamás. Y desde luego que te pido por perdón por lo que ha sucedido esta noche.

—Te repito que he cometido un gran error. Quien juega con fuego se quema...

Kate susurró esas palabras mirando a los ojos intensos de Michael y sintió de repente un estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo.

—Tú no has jugado con fuego todavía.

Kate pestañeó muy deprisa y, tras tragar saliva, susurró:

—¿Ah no?

Henry negó con la cabeza y luego esbozó una sonrisa que Kate encontró irresistible:

—No.

—Y ahora es cuando te vas... —musitó Kate esperando que la dejara como siempre con la palabra en la boca.

—¿Cómo dices?

—Sí, como hoy después del entrenamiento, que te has ido tras confesar que

soy casi una monja. Ahora imagino que harás igual... Acabas de llamarme pazguata de alguna manera, así que lo que toca es que te vayas...

—Antes me fui para protegerte y ahora casi que también.

—¿Protegerme de qué?

Henry siempre había pensado que los hechos decían mucho más que las palabras, así que la tomó por el cuello y la besó en los labios con una contundencia que ambos se quedaron sin respiración.

Luego se miraron y ella con las rodillas temblando como flanes escuchó como Henry decía:

—Estás temblando entera por un simple beso, imagina lo que podría suceder si esto fuera a más.

Kate que no se pensaba dejar arredrar ni por ese hombre ni por sus besos, replicó mirándole a los ojos:

—¿Lo dices por mí o por ti? Porque yo veo que también te falta el aire... ¿No será que el que verdaderamente tiene miedo eres tú, señor Zank?

Capítulo 17

Henry pensó que no tenía más salida que decir la verdad, pues esa mujer tan inteligente era capaz de hasta leerle el pensamiento:

—Tengo miedo a tu rechazo.

—Esto me va gustando más, se acerca más a la verdad, porque yo no te tengo ningún miedo, Henry Zank.

—Incluso hasta me desprecias.

—No, te admiro como empresario, pero como hombre simplemente no te entiendo. En mi cabeza no cabe que te encierres en ese reservado con mujeres para tener sexo sin más. Pero lo respeto, en ningún caso te desprecio por ello.

—Pues deberías hacerlo porque lo que ha pasado esta noche no hay podido ser más despreciable. Que mi amigo se haya comportado contigo como un cerdo es que no tiene perdón.

—Se supone que todo el mundo que pasa a esa zona quiere tener sexo consentido. Me confundió con una más de las chicas de la fiesta...

—No me gusta el estilo de Jacob, estuve hace años en una fiesta con él y no me gustan para nada sus códigos. Hoy me llamó y acepté por ti...

—¿Por mí? —inquirió Kate, arqueando una ceja.

—Sí, pensé que si me entretenía lograría quitarte de mi cabeza. Pero es imposible...

Kate sintió un estremecimiento súbito por todo el cuerpo al escuchar aquello:

—¿Me estás diciendo que piensas en mí?

—A todas horas.

—Pero si me dejas muchas veces con la palabra en la boca...

—Porque se me pasan ideas demasiado sucias por la cabeza cuando estoy

contigo y no te voy a negar que me preocupa.

Kate resopló ante la confesión del señor Zank y luego se echó a reír:

—No tienes nada de lo que preocuparte, las fantasías son eso: fantasías.

—Me está pasando contigo algo muy extraño, eres tan especial que estás rompiendo todos mis esquemas.

—Señor Zank, no sigas por ahí porque esos trucos de seducción conmigo no funcionan.

Henry gruñó y luego replicó ofuscado:

—¡Maldita sea, Kate, no estoy empleando ningún truco te estoy diciendo la jodida verdad! ¿Por qué te crees que me he puesto a hacer gimnasia contigo?

—¿Para tocarme las narices?

—Necesito pasar tiempo contigo para saber qué diantres es esto que estoy sintiendo por ti y que es totalmente nuevo.

—¿Nuevo? —preguntó arrugando nariz.

—Siento por ti algo que va más allá de la mera atracción y eso es lo nuevo; créeme porque no te estoy vacilando. Para mí el deseo y la atracción es algo habitual, pero sentir estas ganas urgentes de estar contigo, de conocerte, de ir más allá en todos los aspectos es completamente novedoso. Me vuelves loco y ahora puedes reírte todo lo que quieras...

Kate sin dar crédito a lo que estaba escuchando, porque si cuando Michael le aseguraba que sentía por ella esas cosas le parecía algo increíble, escucharlo de la boca del mismo Henry es que le sonaba como la cosa más alucinante del mundo.

—No me río, pero creo que estás confundiéndote. Soy una chica normal, tú estás acostumbrado a estar con auténticas bellezas, por no hablar de la cantidad de mujeres de éxito que pasan por aquí cada noche. Yo solo soy una más, con la que probablemente te hayas encaprichado porque soy imposible.

Michael le miró a los labios otra vez y a ella le entraron unas ganas

tremendas de que volviera a besarla:

—No te voy a negar que me gustan los retos, pero tú eres mucho más que eso para mí.

—¿Ah sí?

—Eres la única posibilidad que tengo de ser feliz, y me da igual que lo consideres una estupidez propia de un degenerado.

—No me parece ninguna estupidez, un hombre inteligente como tú jamás dice estupideces. Pero creo que te equivocas, yo no podría hacerte feliz. Para empezar en el sexo jamás estaría a tu altura...

Henry la cogió por la cintura, la estrechó contra su erección que Kate la notó durísima, y con los labios pegados a los de ella susurró:

—Contigo nunca tendría sexo, Kate.

Kate sintió tales ganas de frotarse contra el sexo durísimo de ese hombre, que dijo con un hilillo de voz, del deseo que tenía encima:

—Pues yo contigo haría una excepción.

Henry sin entender nada, replicó ansioso por besarla otra vez:

—¿De qué tipo?

—Siempre he practicado el sexo con amor, pero contigo... Confieso que me muero porque me beses otra vez.

A Henry no le gustó para nada esa respuesta, porque él lo quería todo con esa mujer, pero no dijo nada, en su lugar se limitó a cogerla otra vez por el cuello y a besarla con todas sus ganas.

Kate sorprendida por el beso, pero a la vez ansiosa de mucho más, esta vez abrió los labios y dejó que la lengua de ese hombre invadiera su boca, que las lenguas después se encontraran, se lamieran, se mordieran incluso, haciendo de eso beso el más electrizante y morboso que le habían dado en su vida.

—Besas demasiado bien, Henry Zank —reconoció ella apenas sin aliento.

—Tú besas como nadie, señorita Morgan.

—No hace falta que me mientas.

Henry la estrechó con más fuerza todavía y replicó con los labios pegados a los de ella:

—Te estoy diciendo la verdad. Nadie me ha besado así nunca...

—Jajajajajaja. ¿Tan mal lo hago?

—Lo haces tan mal que estoy a punto de reventar mis pantalones. ¿Es que acaso no lo notas?

Henry colocó una mano en las nalgas suaves y redondas de la chica para empujarla más contra él y que pudiera notar su dureza.

—Supongo que es una reacción natural —replicó encogiéndose de hombros y luego frotándose contra él.

—¿Por qué mueves las caderas de esa forma? ¿Acaso te estás refrotando contra mi erección? —preguntó él con una sonrisa lujuriosa.

—Hace tanto que no tengo sexo, que como siga frotándome un minuto más, voy a llegar al orgasmo.

—¿Ni siquiera te masturbas? —preguntó Henry cogiéndola con ambas manos del culo para que el movimiento de las caderas fuera todavía más intenso.

—Estaba tan centrada en mis problemas que puedo asegurarte que no. De vez en cuando tengo algún sueño húmedo, pero nada más...

—¿Has tenido alguno conmigo? —preguntó Henry mordiéndole el cuello de una forma exquisita.

—No.

—Yo sí he tenido unos cuantos, pero jamás lo hacíamos en un reservado como este. Este lugar no es para ti...

Kate recorrió con las manos la espalda fuerte y musculada de ese hombre y, mirándole con ganas de mucho más, replicó:

—A mí me parece perfecto.

—¿Qué es lo que quieres, señorita Morgan? —preguntó Henry, mientras podía sentir la humedad de esa chica a través de la tela del pantalón.

Kate estaba tan desatada, sentía tal deseo pujando entre sus piernas que se dejó llevar por el puro instinto, por esa locura que en la vida había sentido, pero que ya era incontrolable y confesó:

—Quiero perder la cabeza, un poco, un rato... Y quiero que sea contigo...

—Este no es lugar para que una chica como tú pierda la cabeza.

—Eso lo decido yo y quiero hacerlo...

Henry cayó de rodillas ante esa mujer, levantó su exiguo vestido, le rompió la tanga de un tirón y comenzó a lamer su humedad con tal voracidad que ella creyó que no iba a ser capaz de resistirlo...

Capítulo 18

Luego la llevó en volandas hasta un sofá redondo de cuero blanco, donde le pidió que se tumbara y abriera bien las piernas.

Ella lo hizo con una excitación que en la vida había sentido, era algo tan poderoso y electrizante que cuando Henry volvió a lamerla en esa parte tan delicada, con esa pericia y esa destreza, gimió como nunca, llegando al borde de las lágrimas.

—Eres deliciosa, Kate... —susurró mientras devoraba cada pliegue de esa chica que se estaba abriendo para él con una dulzura fascinante.

—Oh, Dios mío, Henry, como sigas haciendo eso creo que voy a desbordarme...

Henry estaba golpeteando el clítoris durísimo con la lengua en punta y lejos de pararse, siguió haciéndolo hasta que le arrancó tal orgasmo que ella se estremeció entera.

—Buena chica...

Kate a la que en la vida le habían arrancado un orgasmo de esa manera, todavía mareada solo logró farfullar:

—No puedo creerlo...

—¿El qué, que tu cuerpo no tenga secretos para mí?

Lo cierto era que apenas le habían bastado unos pocos minutos para que sucumbiera al mejor orgasmo de su vida.

—Mira que eres fanfarrón, Henry Zank, pero no voy a negar que esto que me has regalado es de lo mejor que he experimentado en mi vida.

Kate se quitó el pinganillo que llevaba en la oreja, y que le había pasado Michael, y lo dejó a un lado.

—¿Que excusa le has dado a Linda para ausentarte? —preguntó Henry con

cierta preocupación.

—Le he dicho que me había indisputado, que a lo mejor me había sentado mal algo que había cenado durante mi tiempo de descanso.

Henry sacó el móvil de la chaqueta del bolsillo y marcó el número de Linda:

—Linda, Henry Zank al habla, te llamo para comunicarte que a Kate la ha visto el doctor y le ha mandado a casa. Tiene una indigestión y lo mejor es que descanse.

—Muchas gracias por avisar, Henry —dijo en un tono meloso—. De todas formas, la vamos a echar poco de menos, esa chica no es que sea de gran ayuda en la barra.

—Está empezando.

—Si la hubieses visto antes, ha estado a punto de que se le rompieran las copas varias veces, y luego la irresponsabilidad de cenar algo fuerte en horarios de trabajo, me dirás... Yo no apuesto mucho por ella, Henry... Pero claro, aquí tú eres el que mandas.

—Confío en ella plenamente. Hablamos, Linda. Buenas noches.

Henry colgó y Kate, que estaba escuchando con los ojos como platos, le preguntó:

—¿Me ha puesto verde, verdad? Te ha dicho que soy una incompetente y que sobro en su equipo, ¿me equivoco?

Henry guardó el teléfono móvil, se puso de pie y se quitó la chaqueta que dejó sobre una mesa moderna y blanca que había en una esquina.

—No está muy contenta contigo que digamos... —respondió mientras aflojaba el nudo de la corbata—. Asegura que has estado a punto de romper varias copas esta noche...

—Es cierto —reconoció incorporándose un poco y bajando su exiguo vestido porque de repente se sintió muy desnuda—, pero ha sido porque

estaba nerviosa por tener que entrar al reservado.

—Si llegas a saber esto ¿qué no habrías roto? —bromeó Henry tras quitarse la corbata y dejarla sobre la mesa.

—La vajilla entera —repuso Kate muy seria, mientras veía cómo Henry desabotonaba su impecable camisa blanca de Armani.

—¿Te molesta que me desvista? ¿Estás incómoda?

—No. Qué va. Es que hace tanto tiempo que no veo a alguien haciendo eso...

—Ya has escuchado lo que le he dicho a Linda, tienes el resto de noche libre. Puedes hacer lo que quieras con estas horas libres...

Kate contempló cómo ese hombre se deshacía de la camisa y exhibía un poderoso torso musculado que la dejó sin aliento:

—Quiero estar aquí —afirmó sin dejar de mirarlo.

—¿Estás segura?

Kate que sentía un deseo enorme otra vez pujando entre sus piernas como jamás había sentido, que estaba loca por sacarse el vestido y sentir la piel de ese hombre sobre la suya, respondió:

—Sí, Henry Zank, quiero estar aquí.

Henry volvió a sentarse a su lado, deslizó las manos por los muslos suaves de esa chica que le fascinaba y de nuevo terminó con la mano en la deliciosa humedad.

—¿Por qué quieres estar aquí, Kate? —le preguntó, mientras los dedos otra vez acariciaban los dulces pliegues.

Kate derretida por la caricia, tumbada y mordiéndose los labios de placer, contestó:

—Quiero sentir, necesito sentir...

Henry hundió dos dedos en esa humedad exquisita y ella arqueó la espalda por completo ante la invasión.

—Voy a hacer que sientas, Kate. Confía en mí...

Henry la notó tan estrecha que empezó a penetrarla despacio, poco a poco, mientras que con la otra mano abrió el escote y atrapó un pecho que amasó con fuerza hasta que el pezón se erectó.

A Kate la mezcla de la delicadeza de la penetración y la dureza de la caricia en el pecho le pareció sencillamente una locura.

Y se dejó llevar más todavía por las sensaciones de tal forma que se fue abriendo mucho más a las caricias y Henry entonces fue cuando comenzó no solo a penetrarla con más contundencia, sino a acariciar la rugosidad del punto G para volverla ya absolutamente loca.

Kate que jamás había recibido una caricia semejante en su vida, se estremeció por completo de placer, mientras Henry no dejaba de mirarla extasiado.

—Goza, preciosa, permítete sentir...

Henry siguió penetrándola con los dedos, dilatándola, abriéndola, haciéndole sentir tal placer que cuando notó que estaba lista para mucho más, cuando los pezones duros y el clítoris estaban tensados al máximo, se levantó al baño a por unas toallas en previsión de lo que iba a pasar.

Kate al perder esas caricias tan divinas, se sintió de repente desolada y le preguntó confundida:

—¿Adónde vas?

Henry no dijo nada, se limitó a regresar con un par de toallas gruesas y pedirle a Kate:

—Levanta las caderas, déjame que coloque esto debajo porque vas a eyacular.

Kate le miró alucinada y sin saber si había escuchado bien preguntó:

—¿Qué voy a qué?

—¿Nunca te han tocado el punto G? ¿No sabes lo que es el *squirt*?

—Con John teníamos un sexo bastante convencional y antes de John no pasó nada que reseñar... Perdí la virginidad con él y la verdad es que tampoco fue algo que recuerde con demasiado entusiasmo.

—Eres muy estrecha, pero tu cuerpo responde muy bien a mis caricias. Sé que puedes hacerlo, estás a punto de lograrlo, si me dejas te puedo llevar hasta allí...

Kate respiró hondo porque aquello que le estaba proponiendo no podía resultarle más morboso, pero a la vez sintió que tal vez no iba a ser capaz:

—No sé...

—¿Qué es lo que no sabes? —preguntó Henry acariciando la vulva con suavidad.

—Si podré hacerlo... Si podré sentirlo... Si podré sacar todo eso de mí...

Henry colocó el pulgar sobre el clítoris durísimo, lo comenzó a golpetear con una pericia máxima y le arrancó tales jadeos que al poco Kate se corrió, mientras se mordía la mano de tanto placer como estaba sintiendo.

—Tú puedes con todo, nena. Con todo... —masculló Henry, mientras ella todavía se estremecía con los espasmos orgásmicos.

Capítulo 19

Kate todavía jadeante, se tensó de nuevo cuando Henry volvió a penetrarla con dos dedos, pero esta vez de una forma implacable:

—Lo estás haciendo muy bien, Kate... Te entregas de una forma tan dulce...

Henry empezó de nuevo a penetrarla, pero al poco fue ganando en intensidad y contundencia, y fue tanta que ella tuvo que gemir como nunca en su vida lo había hecho de todo lo que sintiendo.

—Dios mío, Henry... —susurró con los ojos llenos de lágrimas.

—Así, preciosa, gime cuanto quieras. Expresa todo lo que sientas, no te guardes nada...

Henry siguió penetrándola duro, cada vez más duro, a la vez que masajeaba la rugosidad del punto G, para enloquecerla del placer más puro.

Kate desbordada por la intensidad de las caricias, llegó a creer que no iba a poder soportar tanto, que estaba al límite del placer que su cuerpo estaba preparado para aceptar, pero ese día aprendió que con Henry no había límites.

—Henry yo creo que no voy a poder más, estoy al límite... Yo...

—Presiona las nalgas y empuja las caderas un poco hacia arriba, hazme caso, Kate... No estás al límite, tú puedes más, mucho más...

Kate estremecida por el placer infinito que estaba sintiendo, hizo lo que Henry le pedía, contrajo sus nalgas y alzo un poco las caderas, mientras él seguía penetrándola más duro que nunca...

—Esto es... —sollozó Kate de tanto goce, invadida por tal sensación de placer que solo tenía ganas de gritar y de llorar de mero desborde.

—Eres una maravilla, Kate. Mira, cómo te estás abriendo, mira todo lo que me estás dando, sigue, cielo, ya casi lo tenemos, no te rindas ahora...

Kate sintió que estaba a punto de romperse, que su cuerpo no daba para

aceptar más placer, que había llegado a su tope y que de ahí no iba ir más allá. Pero estaba muy equivocada, porque Henry de nuevo colocó el pulgar en su clítoris henchido y solo tuvo que presionarlo sutil para arrancarle tal orgasmo que se abrió por completo.

Y abrir es la palabra porque ella sintió que algo que había muy dentro de ella, algo en su misma esencia se abrió por primera vez para ese hombre que sabía darle placer como nadie y de su interior brotó una sustancia viscosa que mojó por completo la mano de Henry.

—Aquí está, nena. Ya lo tienes... —musitó Henry emocionado, mientras seguía acariciando ese punto tan maravilloso.

Kate apretó fuerte los ojos porque sintió de nuevo un espasmo, esta vez más intenso y más fuerte y una vez más notó que su cuerpo se abría, que todo ese placer ahí retenido salía a raudales, chorreante, de su cuerpo convulso y exhausto.

Henry orgulloso de esa chica que gozaba con una generosidad absoluta, acarició los pechos redondos y excitados, tiró con suavidad de los pezones hasta hacerla gemir otra vez y la miró extasiado de placer.

—Eres preciosa, Kate. Absolutamente perfecta para mí.

Kate se mordió los labios que sintió tan hinchados como sus pezones, como sus pechos, como su vientre, como su vulva mojada, como su clítoris estremecido y solo pudo balbucear un:

—Gracias, Henry, por tanto...

Henry sacó los dos de su interior y ella gimió al perder esa dureza, al sentirse de pronto vacía, pero al mismo tiempo más llena que nunca.

Henry se quedó mirando esa humedad tan dilatada, tan perfecta, tan maravillosa y sintió unas ganas terribles de hundirse en ella, pero no era el momento.

A pesar de que sus pantalones estaban tan tensos por la entrepierna que

hasta le dolía, sabía que no era el momento.

—Todavía hay más... —se limitó a decir.

Y acto seguido, comenzó a dar golpecitos en el clítoris con la palma de la mano, tan fuerte, tan masculina, tan ancha, tan precisa que Kate pensó que ese hombre iba a acabar con ella.

Estaba convencida de que como se corriera una vez más iba a perder el conocimiento, porque aquello era ya demasiado para su cuerpo tan poco habituado a esas sesiones intensas de placer.

—No sé, Henry... No creo que pueda darte más...

Henry siguió con las palmaditas suaves y luego cuando ella jadeaba estremecida, colocó su mano grande encima de la vulva, que presionó con fuerza hasta arrancarle un orgasmo tan salvaje, tan feroz, tan brutal que ella gimió como nunca al tiempo que de su interior brotó un fluido viscoso con tal fuerza que ya sí que se vació por completo.

—Claro que podías darme más, Kate. Aquí lo tienes, cielo. Disfruta de tu orgasmo, preciosa.

Kate agotada por los espasmos, sudorosa y sin aliento, cayó en un estado de semiinconsciencia en la que solo escuchaba a Henry decir:

—Me lo has dado todo, todo, todo...

Luego cayó en un sueño profundo, en el que soñó que Henry dormía a su lado, desnudo, con su cuerpazo maravilloso y una erección que se moría por tocar, por lamer, por tener en lo más profundo de su boca.

Y a veces los sueños se hacen realidad, porque cuando despertó al poco se encontró con que Henry estaba a su lado velando su sueño, desnudo como había soñado...

—Esto es un sueño ¿o es real? —preguntó Kate, llevando la mano hasta la dura erección de ese hombre tan bien dotado.

—*Grrrr* —gruñó Henry de placer infinito.

Kate besó el cuello portentoso de ese hombre y siguió bajando a besos por los divinos pectorales, por el vientre bien trabajado, con abdominales muy bien marcados, así hasta llegar al pubis y toparse con ese miembro durísimo.

Kate lamió el glande y él se estremeció por completo, luego abrió la boca y metió en su interior todo lo que pudo aceptar...

—Nena, eres maravillosa...

Kate sacó ese miembro duro y grueso de su boca y le advirtió:

—Tienes un miembro tan grande, Henry. Y yo no tengo mucha experiencia, con mi novio no me apetecía hacer estas cosas, pero contigo... Dios, me muero por tenerte hasta el fondo de mi garganta, aunque no sé si seré capaz.

—Todo lo que me das es formidable, Kate. No te preocupes por nada, tú solo disfruta. Nada más que eso, preciosa...

Kate pensó que Henry tenía razón y tan solo se dejó llevar, volvió a meter esa dureza en su boca y poco a poco fue aceptando más y más, mientras lamía, chupaba y disfrutaba de dar tanto placer a ese hombre que se derretía con sus caricias.

Y así, sus mandíbulas fueron cediendo cada vez más, hasta que sintió a Henry tan dentro que sintió unas arcadas muy fuertes que controló con la respiración y con las ganas que tenía de dárselo todo.

Henry al ver que esa chica podía darle tanto, colocó una mano en la nuca y le ayudó empujándola contra su erección a que las penetraciones fueran más profundas, a que le tuviera por completo en su boca.

Y llegó un momento que le sintió tan adentro, que le aceptó tan hondo, que sintió el vello público de ese hombre en la punta de su nariz...

—Mira de lo que eres capaz, Kate. Eres extraordinaria —dijo mientras presionaba la cabeza de la chica contra la erección para que aguantara un poco más con esa invasión en la boca.

Luego, la apartó tirándole suave del pelo y ella le miró con dos lágrimas

recorriendo el rostro del esfuerzo que estaba haciendo para aceptarle de esa forma.

—Dios mío, Henry. Yo no sabía que era capaz de tanto...

—Eres capaz de eso y de mucho más. Ahora solo quiero saber una cosa: ¿quieres mi leche? Estoy sano, pero si te da asco o no te gusta o lo que sea, dímelo...

—Lo quiero todo, Henry. Es mío. Y lo quiero, dámelo...

Al escuchar aquello, Henry duro como nunca, excitado al máximo, volvió a colocar la punta de su miembro mojadísimo en los labios deliciosos de esa mujer y ella le aceptó hasta el fondo.

—Eres una diosa, Kate. Una auténtica diosa.

Y comenzó a penetrar esa boca con tal dureza que ella sintió que no iba a poder resistirlo más, pero una vez más estaba equivocada porque no solo lo aceptó hasta el fondo sino que cuando recibió el impacto de ese chorro caliente y viscoso sintió que era invencible, que podía darlo todo, que como Henry le había dicho era una verdadera diosa.

Capítulo 20

Después de aquello, ambos se quedaron dormidos y abrazados, y media hora después Kate se despertó al lado de ese hombre que era imponente.

Lo que todo el mundo le había advertido había sucedido, había caído en los brazos de Henry Zank y qué podía decir...

Aquello era lo más excitante que le había pasado en su vida y por su supuesto que no se arrepentía. ¿Cómo se iba a arrepentir de sentir tantísimo placer?

Henry se despertó al poco y, sonriendo, le dijo feliz:

—¿Velas mis ronquidos?

—No has roncado nada, al menos desde el tiempo que llevo despierta.

—¿Esto no es un sueño, verdad?

—Me temo que no —contestó ella con una sonrisa enorme.

—¿Temes? ¿Ya estás arrepentida? —preguntó temiéndose lo peor.

—Es la primera vez que hago sexo por el sexo y ¿sabes qué? Que me ha sentado muy bien. Y no, no me arrepiento para nada de lo que ha sucedido esta noche.

A Henry la respuesta no le gustó demasiado pero era lo que había...

—Para mí ha sido mucho más que sexo, pero respeto que tú lo hayas vivido de otra manera.

—¿Más que sexo? ¿Henry Zank el crápula depravado sintiendo más que sexo? Jajajajajaja. Esta sí que es buena...

—Tú lo has dicho, está sí que es buena. Pero para mí ha sido muy especial, no ha sido una sesión más de desenfreno en un reservado. Contigo es todo diferente —aseguró besándola en los labios.

—Eso lo dices porque debo ser la más inexperta que ha pasado por tus

brazos.

—Deja de decir eso, es tan vulgar y tan deprimente. No se trata de experiencia, se trata de piel, de complicidad, de sensaciones, de entendimiento a unos niveles tan profundos que el sexo deja de ser algo trivial y pasa a ser algo trascendente.

—¿No me digas Henry Zank que te vas a poner místico ahora, que ya sí que me da algo?

—Ríete de mí, pero te digo lo que siento. Para mí no ha sido un polvo más, para mí esto que ha pasado ha sido maravilloso y nuevo...

Kate resopló, apoyó la cabeza en el hombro de Henry y confesó:

—Pues no te cuento para mí, se supone que estoy aquí para aprender del mejor de cara a montar un negocio y resulta que he acabado con el mejor pero haciendo guarrerías que ni soñaba...

Henry la miró ofuscado y replicó muy molesto:

—No hemos hecho guarrerías.

—¿Ah no? —replicó ella mordaz—. ¿Entonces qué hemos estado haciendo?

—Dándonos placer, conociéndonos un poco más, y yo perdiendo un poco más la cordura.

—Pues sí que estamos bien —bromeó Kate, divertida.

—Me gusta verte sonreír, me gusta verte así, tan feliz y tan relajada.

—A mí también me gusta verte sin ese poso negro de amargura en tu mirada, a veces te miro y veo tanta tristeza...

Henry suspiró profundo, la estrechó con fuerza y musitó:

—Es que ahora mismo no hay nada de tristeza en mi corazón, tan solo un deseo muy grande...

—¿Deseo de qué? —preguntó ella curiosa.

—Es una estupidez, olvídalo.

—No, claro que no pienso olvidarlo. Es tu deseo, quiero conocerlo...

—Es que a lo mejor no te va a gustar escucharlo...

—¿Tan guarro es? —preguntó Kate, arrugando el ceño.

—Jajajajaja. Y eso que yo soy el que tengo la fama de pervertido. No, cielo, no. Es algo demasiado puro y demasiado bueno, me gustaría que te enamoraras de mí. ¡Pero no digas nada! Ya sé que estoy delirando...

Kate le miró a los ojos profundos que refulgían más que nunca y, sintiendo que ese hombre estaba diciendo la verdad, dijo:

—No es un delirio. Es algo que podría suceder... Pero no te voy a engañar, siento por ti admiración y una atracción que me tiene completamente desbordada, pero eso no es amor...

—Lo sé.

—Lo que no quita que en el futuro, tal vez, no sé, pudiera llegar a sentir algo, pero es que somos tan diferentes...

Henry acarició con suavidad el rostro de esa chica que se lo había dado todo con tanta generosidad y susurró:

—Creo que no. Los dos tenemos ambición, ganas, empuje, fuerza, somos pasionales, ponemos el corazón en todo, porque sabemos que es la única forma de que las cosas salgan bien. No somos tan diferentes...

—Pero tú hasta ahora nunca has puesto el corazón en tus relaciones...

Henry negó con la cabeza y, tras besarla en los labios suave, confesó:

—Porque te estaba esperando...

Kate se echó a reír, pues desde luego que a embaucador no le ganaba nadie:

—No me extraña que media humanidad pierda la cabeza por ti, Henry Zank, siempre tienes la palabra oportuna en los labios. Labios que por cierto besan de fábula.

—Jamás le he dicho nada semejante a nadie, es la primera vez que le digo a una mujer que la estaba esperando. Y es cierto, eres exactamente lo que esperaba, Kate Morgan.

Kate tragó saliva porque solo tenía que mirar a los ojos de ese hombre para saber que estaba diciendo la verdad:

—No sé qué decir, Henry...

—No digas nada. Pero no dudes ni por un instante de que digo la verdad, soy un amante de la sinceridad hasta extremos patológicos. Si hay algo que detesto es la mentira y lo que te acabo de decir es mi verdad, lo que ruge bajo de mi pecho.

—Para mí también es muy importante la verdad, de hecho es sagrada. Me repugnan las mentiras tanto que me preocupa qué le voy a contar a mi madre para justificar que no la haya llamado por videoconferencia como todas las noches cuando llego a casa.

Henry consultó su Rolex último modelo y vio que eran las cuatro de la mañana:

—Son las cuatro. ¿A qué hora sueles llegar a casa? ¿A las tres?

Kate asintió con la cabeza, mientras pensaba que su madre seguro que estaba despierta y convencida de que le habían sucedido miles de desdichas.

—Seguro que está despierta esperando mi llamada. Es muy temerosa y ansiosa...

—Es una madre, Kate, vístete y vámonos a casa. Te diría que la llamas pero lo que más le va a tranquilizar es una videollamada desde el mismo salón de tu casa.

—Pero yo no quiero marcharme... —susurró aferrándose al cuerpo maravilloso de ese hombre.

—Debes hacerlo, nosotros podemos seguir con esto cuando queramos. Ojalá que muy pronto...

Henry la besó con pasión en los labios, entregándole con sus besos todo eso que estaba empezando a latir con fuerza en su corazón, y ella se quedó otra vez sin aliento con la pasión de ese hombre.

—Lo mismo digo, ojalá que muy pronto... —susurró con los labios pegados a los de él.

—Hazme caso, lo mejor es que nos marchemos. No quiero que tu madre se preocupe...

—Y ella que piensa que eres un crápula, anda que si supiera que la que está verdaderamente loca de atar es su propia hija.

—No estás loca de atar, yo tengo las mismas o más ganas que tú por seguir con esto, me muero por estar dentro de ti, por hundirme en ti, por fundirme hasta arrancarte los gemidos que nadie te arrancó nunca. Pero no quiero preocupar a tu madre.

Al escuchar esas palabras la sangre entera de Kate hirvió, deseó con todas sus fuerzas que ese hombre la poseyera, que le hiciera el amor de la forma más salvaje, pero reconocía que tenía razón.

Lo mejor era volver a casa, y dejarlo todo para otra ocasión más propicia...

Capítulo 21

Al día siguiente, sin todavía procesar bien lo que había sucedido, Kate se fue a almorzar a una cafetería que estaba próxima al local, desde donde telefoneó a su amiga Lorreine, pues necesitaba con urgencia hablar de lo sucedido con alguien:

—Amiga, dime que no estás ocupada por favor...

—Acabo de salir de una operación, soy toda tuya. ¿Pero pasa algo? ¿Te noto muy ansiosa?

—Tranquila, estoy bien. Acabo de almorzar, pero la cabeza no para de darme vueltas. Ayer pasó algo que necesito hablarlo con alguien... Y me temo que te ha tocado a ti.

—¡Soy toda oídos!

—¡Gracias Lo! —exclamó llevándose la mano al pecho—. Mira, no sé por dónde empezar porque esto es...

—Te has liado con tu jefe...

Kate, que hasta ese momento no tenía noticia de que su amiga fuera adivina, dio un respingo y dijo:

—¿Desde cuándo tienes poderes, Lorreine?

—Jajajajajaja. ¡Lo sabía! Odio decirlo: pero te lo dije. Sabía que iba a pasar.

—Pues yo no. Ni lo buscaba, ni lo esperaba, ¡y todavía no sé cómo ha sucedido!

—Quiero saberlo todito, todo. Así que empieza de una vez que me tienes con una intriga que no me cabe en el pecho.

—Me pides demasiado... Es que fue muy fuerte, Lorreine. Jamás pensé que llegaría hacer algo así. Es que he cruzado todos los límites imaginables, cada

vez que lo pienso es que hasta me ruborizo... —contó cubriéndose la mejilla con la mano.

—Chiquilla, ¿tan bueno fue? Bueno, sí, tiene que ser rematadamente bueno: es Henry Zank.

—Fue mejor que bueno, y tan morboso... Ay amiga, creo que me estoy echando a perder...

—¡Anda ya! Estás viviendo la vida que es lo que hay que hacer.

—La vida demasiado loca. Me metí en un reservado, yo... La casi monja que no ha roto un plato metida en un turbio reservado de Nueva York. ¿Cómo te quedas?

—Jajajajajajajaja. ¿Es broma, no? Es eso. Hoy te has levantado graciosa, querida Katy.

—Que no, tía. Que es cierto. Me metí en la boca del lobo y me dieron mi merecido.

—¡La madre que te parió! Jajajajajaja. ¿Pero qué mosca te picó? ¿Se puede saber?

—La de siempre, la mosca del altruismo.

—Perdona, tía, pero esto es lo más gracioso que he escuchado nunca. ¿Te has metido en un reservado con un empotrador en toda regla por altruismo? Vamos, nena, jajajajajajajaja, explica porque me voy a mear de risa.

—Así es, te sonará a chiste pero así fue. Mi compañero Michael tuvo que ausentarse por una urgencia y me pidió que le supliera atendiendo esa zona tan peculiar del local y yo le dije que sí. Ya sabes cómo soy yo, que no sé decir que no.

—Sí, bueno, nena, pero de ahí a tirarte al jefe va un trecho...

—Ay por favor, no seas vulgar, Lo. Que no te creas que no me cuesta contarte esto, a pesar de que necesito hacerlo porque estoy que me va a dar algo. Resulta que cuando fui a dejar la bandeja en el reservado, un tío

asqueroso que estaba dentro me vio, porque la puerta estaba entreabierta y se abalanzó sobre mí pensando que quería unirme a la orgía. Henry lo vio, me sacó de allí y nos metimos en otro reservado... Le expliqué por qué estaba allí y le logré aclarar algo que había pasado horas antes. Después del gimnasio, tuvimos una conversación muy interesante, intensa, profunda, íntima, de amigos, pero llegó un momento en el que todo se fue al traste porque comenté que yo era una monja a su lado. Me dejó con la palabra en la boca y se fue... En el reservado confesó que había sido para protegerme de él mismo y luego me besó y se lió gorda... Muy gorda...

—¡No puedo creerlo! Vamos, que sí, que te creo, pero a ti te gusta entonces... Porque tú eres de sexo con amor... ¿Te has enamorado de él y es lo que te agobia?

—No. Es la primera vez que tengo sexo con alguien que no es mi pareja formal, Henry es Henry. Reconozco que en estas últimas semanas hemos conectado mucho, que tenemos complicidad, que le admiro, que le respeto como emprendedor, pero no estoy enamorada de él.

—Pues perdona que te diga, pero eso que cuentas que sientes por él se parece mucho a estar enamorada, nena.

—Tenemos una atracción muy fuerte, la verdad es que con él he descubierto cosas de mí que ni sabía. Me ha hecho disfrutar como nunca, amiga, y no creas que no me cuesta abrirme así contigo, pues ya sabes que no soy de hablar de sexo. Soy tremendamente pudorosa, pero déjame que te diga que con Henry he descubierto cosas del placer que ni sabía que podían llegar a sentirse — confesó Kate sintiéndose liberada por haberse abierto con su amiga.

—Guau, ¿y cuándo repites? Jajajajajajaja.

—Eso es lo que me tiene loca, porque aunque te parezca increíble, como a mí, resulta que Henry dice que lo suyo va más allá del sexo, que está sintiendo cosas por mí que no ha sentido nunca. Y la verdad es que me preocupa un

poco.

—¿No le crees? ¿Piensas que es un truco de seducción para que caigas rendida a sus pies?

—No. Le miro a los ojos y sé que dice la verdad, sé que está sintiendo cosas pero yo no... A ver siento atracción y lo que te digo, estamos empezando a crear una complicidad bonita, pero para mí esto es nuevo. Quiero decir que yo tengo sexo después de conocer en profundidad a alguien, con John me acosté después de casi dos años de relaciones. ¿Me entiendes, Lo?

—Entiendo que la atracción que sientes por ese hombre es enorme y que estás descubriendo algo nuevo. Lo demás, supongo que irá surgiendo...

—¿Y si no surge? Es lo que me preocupa, que lo mío sea por primera vez en mi vida sexo por el sexo, placer nada más. Y yo no quiero hacerle daño, es un hombre que ha sufrido mucho y teme a que le dañen.

—No soy mujer de dar consejos, pero déjate llevar y disfruta. No te agobies por lo que pueda pasar, disfruta el momento, es lo único que tenemos. Me parece un error angustiarte por cosas que no sabes si van a suceder. ¿A ti te gusta él?

—Como hombre, claro. Me muero por volver a estar en sus brazos, en la vida me había pasado nada igual. Le deseo con todas mis fuerzas...

—Vívelo, y ya está. Es que no hay más, cielo.

—¿Y si llega un momento en el que me pide un compromiso emocional y yo no estoy preparada?

—Eso pasa todos los días...

—A mí nunca me había pasado... Aunque también podría pasar al contrario, que me enamorara de él hasta las trancas. Y es Henry Zank, ¿sabes lo que significa eso?

—Sí, que ibas a matar a tu madre, bueno, solo un poco, al principio...

Jajajaja. Luego, hasta acabaría cogiendo cariño al crápula de su yerno...

—No te burles de mí, bandida. Que lo estoy pasando fatal...

—Sí, ya veo, ya me gustaría a mí tener una sesión de esas en un reservado con un tío como tú Henry Zank.

—En menudo lío me he metido.

—Respira, nena, y tranquila. No pasa nada. Te estás anticipando a cosas de una forma ansiosa, aparta el miedo de una vez y disfruta de lo que estás viviendo.

—Ahora le voy a ver en un rato en el gimnasio y...

—Estás excitada ya pensando en lo que puede pasar...

—Ay no seas mala, Lo. Que de verdad que esto es muy duro...

—Jajajajajajaja. Sí tiene que estar durísima la cosa para que tú hayas perdido la cabeza de esa forma.

—Jajajajajajaja. Estás loca, amiga, pero me has hecho reír. Es lo que me hacía falta. Además tienes razón, es absurdo agobiarse, lo mejor es enfrentar la realidad y que pase lo que tenga que pasar.

—La vida es eso, nena. Siempre sorprendente...

—Sí, pero tanto...

—Jajajajajajaja. Unas tanto y otras tan poco. ¡Qué envidia me das!

Capítulo 22

Kate acudió a su sesión de *gym* dispuesta a que pasara lo que tuviera que pasar, pero no sucedió nada.

Es decir, no pasó nada que no pasara los días anteriores al encuentro en el reservado. El señor Zank la saludó y se puso a conciencia con su rutina, mientras ella hacía lo mismo sin entender absolutamente nada.

Después de lo que había pasado el día anterior, reconocía que esperaba algún guiño, un beso furtivo en los labios quizá, alguna palabrita especial, pero no recibió nada de eso.

Todo transcurrió como un día normal, hasta que Robert el entrenador personal se marchó cuando acabó la clase y ellos dos se quedaron a solas en tanto que terminaban de recoger las cosas en sus bolsas de deporte, antes de irse a las duchas.

—¿Todo bien? —le preguntó Henry a la vez que cerraba la bolsa de deporte.

—Sí, muy bien —respondió ella, echándose su mochila al hombro.

El señor Zank carraspeó un poco y tras coger su bolsa le preguntó un poco nervioso:

—Mañana es tu día libre y me preguntaba, si no tienes un plan mejor, si querrías salir a cenar...

Kate se quedó perpleja porque no esperaba para nada la invitación y quiso saber con una sonrisa enorme:

—¿Es una cita?

Henry temió que declinara la invitación si reconocía que se trataba de una cita, así que prefirió mentir y decir:

—No, en absoluto. Es el restaurante de un amigo, lleva tiempo invitándome

y como siempre estoy tan ocupado, en fin... Mañana tengo un hueco libre y me preguntaba si tal vez a ti te apetecería conocerlo también. Está muy de moda, es cocina de vanguardia por un chef con varias estrellas Michelin, y seguro que vas a ver a muchas caras famosas.

A Kate no tendría que haberle molestado, pero la respuesta de Henry no le gustó mucho. Tal vez por eso, dijo:

—Lo de las caras famosas me da lo mismo, ya veo unas cuantas en el local cada noche.

—Y menos mal que las ves, eso significa que no lo estamos haciendo mal.

—Jajajaja. En eso tienes razón, te agradezco mucho la invitación pero yo es que soy muy convencional, a mí la comida de vanguardia es que...

—¿Convencional? —le interrumpió Henry, mirándola de una forma que ella se sonrojó.

Kate sintió tanta rabia de haberse ruborizado por esa tontería que replicó muy seria:

—La cocina moderna es que no me va para nada...

—Creo que podrías disfrutarla mucho. Pero si no te apetece...

Kate la verdad es que ni tenía planes para el día siguiente, ni nada en la nevera. Y bueno, que aquello no fuera una cita bien mirado le quitaba presión al asunto, podía acudir sin más, sin agobios y sin pensar en las consecuencias que pudiera tener la cena...

—No es que no me apetezca cenar con un amigo...

A Henry no le gustó para nada escuchar la palabra amigo, pero lo disimuló muy bien diciendo con una sonrisa irresistible:

—Me encanta escuchar eso.

—Es la verdad, no tengo plan ninguno. En la ciudad solo conozco a la gente del trabajo y con los que mejor me llevo nunca libran cuando yo. Así que para mí sería un gustazo poder salir a cenar con alguien y tener una conversación

estimulante, aunque sea delante de unos platos deconstruidos que sepan a plástico.

Henry se echó a reír y, sin dejar de pensar que esa mujer no se parecía a ninguna y que eso era lo que tenía completamente hechizado, dijo:

—¿Eso es un sí?

Kate creía haber sido suficientemente clara, pero por si acaso decidió explicarlo mucho mejor:

—Sí, claro, a ver te soy sincera, en un primer momento había pensado que no, y no solo por lo de la cocina moderna que aborrezco, sino porque como anoche pasó lo que pasó, tal vez podía dar lugar a confusiones. Pero como aseguras que no es una cita...

—No, no lo es. Es una invitación a cenar entre... colegas —insistió intentando resultar convincente.

—Pues eso, que si fuera una cita me provocaría ansiedad porque esto que ha pasado entre nosotros me ha pillado con el pie cambiado.

—Yo tampoco lo esperaba y me encantó...

—¿Ah sí? —preguntó ella, nerviosa.

—Diría que es lo mejor que me ha pasado nunca, sino fuera porque tengo miedo a que te asustes y salgas corriendo.

—No voy a salir corriendo porque no me lo creo. Con tu experiencia dudo mucho que yo sea lo mejor que te ha pasado...

—Pues créelo, es la verdad, aunque corra el riesgo de que declines la invitación a la cena.

—La cena sigue en pie.

—Porque no es una cita...

—Exacto —asintió Kate.

—¿Y si te dijera que me muero por tener una cita contigo, Kate Morgan?

—Yo te respondería que me intimida bastante esa palabra, prefiero salir a

cenar sin más.

—Me temo que a los dos nos gusta demasiado la verdad... —reconoció Henry, con una sonrisa enorme.

—Sí, es una lata. Somos esclavos de nuestra irritante sinceridad. Qué le vamos a hacer.

—Lo que podemos hacer es ir a cenar y disfrutar de la noche. ¿Te parece bien así?

—Está bien —dijo Kate devolviéndole la sonrisa que Henry encontró irresistible—. Mándame un wasap con la dirección y acudiré al restaurante a la hora que me digas.

—Mejor te paso a buscar a casa, si no tienes inconveniente.

—Si no te importa desplazarte hasta el Lower East Side, por mí perfecto. Vivo en la parte menos noble, en un apartamento que es una caja de cerillas por el que pago una verdadera fortuna.

—Hace años que no pasó por esa zona, no me vendrá mal hacer una visita al barrio. Seguro que es interesante...

—No le encuentro ningún tipo de interés a la zona donde yo vivo, es vieja, gris y sucia, pero para gustos los colores.

—Tú lo has dicho, seguro que para mí la calle donde tú vives tiene todos los colores del arco iris.

Tras decir esto, Henry alzó las cejas y puso una cara muy graciosa:

—Oy, señor Zank, no le conocía yo este lado tan...

—Cursi, dilo, venga, si lo merezco. Es de un cursi que es como para mandarme a paseo.

—Tranquilo, que no te voy a mandar. Sé que hablas con el corazón y cuando uno habla con el corazón siempre hay que respetarlo.

—¿Y no te agobia? Quiero decir que si no te resulto pesado, idiota, memo...

—Para, que no me pareces nada de eso. Expresas lo que sientes y yo también. Me gustó mucho lo que pasó anoche, fue la experiencia más morbosa de mi vida. Y si te digo la verdad...

—Dale... Dime la verdad que lo necesito como el respirar.

—Pues que no me habría importado que hoy me hubieses empotrado contra las espalderas.

A Henry se le iluminó la mirada, se echó a reír porque esa chica no podía ser más divertida y replicó:

—Ganas no me faltan y todavía estamos a tiempo.

—Me temo que ya es tarde, tengo que ducharme, descansar un poco y luego prepararme para mi jornada laboral donde lo doy todo —le recordó divertida.

—Lo entiendo. Y me parece genial.

—Entonces, lo dejamos aquí y quedamos para cenar mañana.

—Perfecto —repuso Henry, tras lanzar un suspiro profundo—. Uf. Suspiro y todo... ¿Qué me has hecho Kate Morgan?

—Jajajajajajaja. ¿Yo? ¡Pero si no he roto un plato en mi vida! Al menos hasta que conocí...

Y los dos se echaron a reír...

Capítulo 23

Horas después, cuando Kate estaba comprobando en el espejo cómo le quedaba un precioso vestido de Versace azul con el que pensaba trabajar esa noche, apareció Michael con un brillo en la mirada que solo hacía presagiar cosas buenas:

—Amiga ¡estás divina! ¿Me quieres decir que te has hecho? O mejor... ¿qué te han hecho?

—Eso mismo digo yo, porque tú tienes un brillo y un esplendor que para qué...

Michael se sentó a su lado y tras dejar perdida la vista en el techo, susurró:

—Me muero de amor.

—¿Qué? —preguntó ella, sentándose en la silla contigua.

—Que me muero de amor, amiga —confesó Michael, llevándose la mano al pecho.

—¿Amor por quién? ¿Así de repente? ¿Cómo es eso?

Michael la miró como si hubiese dicho una barbaridad y replicó pestañeando muy deprisa:

—¿Por quién va a ser, nena? ¡Por Peter! ¿Quién si no?

—Ah, Peter, menuda novedad —repuso Kate dando un manotazo al aire.

—¡Una gran novedad! Vamos, es que yo ni en mis mejores sueños pensé que algo así iba a pasar. ¡Pero ha pasado!

—¿Pero es que ha pasado algo?

Michael se revolvió en la silla, se ajustó las gafas de pasta negra y, con una sonrisa gigante, le contó echando las manos a volar:

—¡Ha pasado todo!

—¿Todo, todo, todo? —inquirió Kate frunciendo el ceño—. ¿Pero no estaba

borracho anoche?

—Como una cuba, cuando llegué a su casa me lo encontré tan mal que tuve que hacerle un café con sal para que vomitara y vaya si vomitó. Me puso perdido...

—Puaj, qué asco... —soltó Kate con cara de repugnancia.

—Me tuve que meter en la ducha y entonces sucedió que cuando me acababa de poner el albornoz, otra vez se puso a vomitar en la taza del váter y yo le cogí la frente amorosamente.

—¡Qué romántico, tío!

—Calla que lo mejor vino después, cuando ya paró y nos sentamos en el sofá maravilloso de su salón más maravilloso todavía. Tiene un gusto exquisito para la decoración, cosa que yo no sabía y que por supuesto hizo que me enamorara más de él. Yo es que valoro mucho esas cosas, refleja una disposición de ánimo, una forma de ver el mundo con excelencia. En fin, a lo que voy, cuando llegué a su casa me lo encontré hecho una verdadera mierda, pero estaba lúcido. De repente se me quedó mirando y me dijo que me quería. Así de sopetón, sin anestesia...

—Ay mi madre...

—Mira, me quedé mirándole y le pregunté que si me estaba tomando el pelo, me dijo que no, que en su vida había hablado más en serio. Y acto seguido, me confesó que le gusté desde el primer día que nos vimos en la empresa, pero que como no se atrevía a decirme nada, desesperado, no se lo ocurrió nada mejor que emborracharse y así al fin tener huevos para soltarme la verdad. ¿Te lo puedes creer?

—Pues no —contestó Kate negando con la cabeza—. A ver que te creo pero es que me parece increíble que un tío hecho y derecho tenga que emborracharse para decirle a otro que le ama.

—Y encima él que no bebe nunca, pero estaba tan mal que no se le ocurrió

otra que ponerse hasta arriba de vodka el muy bruto... ¡Y menos mal que me llamó y pude llegar a tiempo de socorrerle! El caso fue que después de su declaración me dijo: “Ya lo sabes, ahora es cuando puedes descojonarte de risa de mí”.

—Imagino que te quedarías sin palabras —dedujo Kate, recogiendo el pelo en una coleta.

—Qué va. Llevo tanto tiempo enamorado en silencio de este hombre que cuando me abrió me su corazón, yo le dije lo que sentía y salió todo como un torrente. Todo eso que llevaba tanto tiempo guardado y que ya me quemaba por dentro. Y claro, se quedó alucinado, porque él estaba convencido de que yo pasaba de él. Lo mismo que yo... Estábamos en las mismas y los dos profundamente enamorados. No hemos podido ser más tontos...

—No sois tontos, es que los dos teníais mucho miedo al rechazo. Lo importante es que os habéis sincerado al fin y ahora es cuando empieza lo bueno.

—¡Y tanto! Acabamos haciéndolo en el sofá, y puedo asegurarte que a pesar de su estado ese hombre me llevó al séptimo cielo. Y yo a él, por supuesto...

—Caray, cómo me alegro.

—Muchas gracias, preciosa. Eres la primera persona a lo que se lo cuento, de momento lo vamos a llevar con discreción, por lo menos hasta que hagamos oficial el compromiso, que será dentro de unos tres o cuatro meses.

—¿Compromiso? ¿O sea que va a haber boda?

—Lo tenemos todo tan claro, lo que pasó anoche fue tan mágico que es absurdo que demoremos algo que es inexorable. Estamos hechos el uno para el otro y ya hemos perdido demasiado tiempo por nuestros temores. Estoy tan feliz, Kate que me pasaría las horas muertas hablando de él... Pero antes de seguir, cuenta tú, ¿qué tal te fue en tu visita a la zona de perdición?

—Me pasó de todo. —Michael miró a la chica temiéndose lo peor, pero

ella enseguida le aclaró—: No participé en la orgía, no pongas esa cara. Pero pasó que me tropecé cuando dejaba la bandeja del suelo, un hombre que estaba dentro de la fiesta me vio, me tomó por una participante más de la orgía y se abalanzó sobre mí de una forma asquerosa. Henry que lo vio, me sacó de allí y nos metimos en otro reservado donde pasó lo más grande...

Kate resopló y Michael se echó a reír, porque estaba convencido de que algo así iba a pasar:

—Tenéis tanta química, si es que se ve a la legua que lo vuestro es irremisible. Por mucho que lo evites, nena, estáis hechos el uno para el otro, como mi Peter y yo.

—Nos conocemos desde hace tan poco... Uf. Estás equivocado, lo nuestro no es como lo tuyo con Peter que hubo sexo, pero detrás hay una amistad de tiempo, os conocéis bien y estáis además muy enamorados. No, lo nuestro es otra cosa distinta. Lo nuestro de anoche fue sexo y qué sexo... Pero nada más.

—Y nada menos...

—Bueno, Henry dice que fue algo más, cosa que me preocupa bastante, porque se supone que tendría que ser al revés. Yo soy la chica que no tiene sexo sin amor y él es el crápula... Pero de repente se han cambiado los papeles y me ha invitado a cenar mañana...

Michael se llevó a las manos a la cara de la emoción y exclamó entusiasmado, tras dar unas pataditas en el suelo:

—¡No me lo puedo creer! ¿Tienes una cita formal y romántica con el crápula de Henry Zank? ¿Tú sabes lo que es eso? ¿Tú sabes la de tías que darían lo que fuera por lograr una hazaña semejante?

—No es una cita. Lo hemos hablando y le he dicho lo que pienso, esa palabra me agobia demasiado, así que hemos acordado que vamos a quedar para cenar y divertirnos.

—¿Te agobia que el hombre más deseado de Nueva York quiera salir

contigo?

—Uf. Necesito ir poco a poco, sin presiones de ningún tipo. Anoche descubrí que se puede gozar del sexo, sin que medie una relación afectiva.

—Pero eso no es del todo cierto en tu caso, porque tú admiras a ese hombre, nena. Es la razón por la que estás aquí.

—Sí, pero no estoy enamorada... Reconozco que siento una atracción brutal, que me parece un empresario brillante, pero el amor es otra cosa...

—Te entiendo, pero me parece que vais a acabar enamorados hasta las trancas, tanto que creo que vamos a terminar haciendo los preparativos de boda al mismo tiempo, guapa. A ver si tenemos suerte y nos hacen un dos por uno.

—Jajajajajajajaja. Estás como una cabra, Michael.

—Lo que tú digas, pero lo acierto todo, nena. Advertida quedas... Y cógete el vestido rojo de Prada que ha venido hoy, es de la nueva colección y es ideal para una no cita con el que va a ser el hombre de tu vida.

—Te agradezco el detalle, pero estos vestidos las marcas los prestan para usarlos en el local...

—Las marcas estarán encantadas de que la novia de Henry Zank se ponga sus creaciones. Porque tú vas a acabar saliendo en los medios... ¿Eso lo sabes, no?

Capítulo 24

A Kate le pareció de lo más ridículo lo que Michael le había dicho... ¿Cómo iba a interesarle a la prensa que Henry Zank se fuera a cenar con una camarera normal y corriente?

Tan loco le parecía que ella pudiera ser el centro de atención de los medios, que cuando Henry le propuso que entraran al restaurante por la parte de atrás, a través del parking privado de uso exclusivo para VIP's le pareció algo exagerado.

—¿No puedes dejar el automóvil en la puerta como todo el mundo y que el personal se encargue de estacionarlo?

—No me gusta dejar mi Ferrari en manos ajenas, pero aparte de eso no quiero que pases por el agobio de los flashes de los paparazzi que estarán apostados en la puerta. El restaurante de mi amigo está lleno de celebridades y siempre hay prensa en la puerta.

—¿Tú también estás con esa tontería? Michael me dijo lo mismo, yo no soy nadie. Te harán las fotos a ti, de mí pasarán completamente.

—Aunque esto que voy a decir suene demasiado presuntuoso, todas las mujeres que aparecen públicamente conmigo interesan a este tipo de prensa.

—Ya, pero yo no soy modelo, ni actriz, ni nada de nada...

—Eres algo mucho más importante.

—Jajajajajaja. Sí, una humilde camarera de barra que vive en un agujero del Lower East Side, soy muy importante...

Henry que acababa de parar un semáforo, la miró muy serio y dijo:

—El sector en el que vivimos, en lo que trabajamos, o a lo que nos dedicamos es solo una parte de nosotros, pero de ninguna manera determina lo que somos. Tú eres una mujer extraordinaria, a la que admiro con toda mi

alma y desde luego que eres la mujer más importante que ha pasado por mi vida.

Tras decir esto, Henry agradeció que el semáforo se abriera para no tener que mirar a los ojos de Kate que estaba con la boca abierta.

—¡Henry Zank te has pasado veinte pueblos! —le reprendió estupefacta.

—Es la verdad, digo la verdad, no es un truco de seducción porque los detesto profundamente. Te estoy hablando con el corazón, lo que estoy sintiendo por ti jamás lo he sentido por nadie, por lo menos no lo recuerdo. Tal vez antes de que sucediera el desgraciado accidente de mi familia, cuando le pedí a Susan Jo que fuéramos a bailar y estaba muerto de nervios como hoy...

Kate no daba crédito, que el mismísimo Henry Zank reconociera que estaba muerto de nervios por ir a cenar con ella era algo que para nada estaba en su hoja de ruta.

—¿Tan nervioso estás? —le preguntó atónita.

—Mucho más —reconoció sin apartar la vista de la carretera.

—Tranquilo que solo va a ser una cena...

—No puedo estar tranquilo porque es una cena contigo. Entiende que para mí esto es novedoso. Tengo miles de amigas con las que si nos apetece tener sexo, tenemos sexo y ya está. Contigo es diferente, contigo quiero mucho más que un polvo, contigo lo quiero todo y eso es más que un reto.

—Desde luego, sabes lo que quieres...

—Como tú. Los dos lo sabemos perfectamente.

—A mí jamás me había pasado una cosa igual ¡y encima en el trabajo! Yo que siempre hago lo correcto, me veo teniendo sexo de alto voltaje contigo que eres un...

Henry la miró de una forma muy graciosa y ella también se echó a reír:

—Digas lo que digas, me va a afectar. Estoy demasiado sensible... Esto de

las mariposas en el estómago es jodido.

Kate le miró y pensó que esa noche estaba más guapo que nunca, con su traje oscuro, su mirada penetrante y ese cuerpazo de impresión en el que deseaba fundirse otra vez. Pero es que además, de repente le vio de otra manera, como un hombre vulnerable y con una necesidad enorme de afecto, de amor del bueno, de cariño. Un hombre que era mucho más que un crápula, mucho más que lo decía la prensa, que lo que esperaba de su horrible fama de rompecorazones.

—La verdad es que eres un descubrimiento. Esa es la palabra exacta, me estás sorprendiendo... —dijo convencida con una sonrisa enorme.

Henry respiró hondo, le devolvió la sonrisa mientras pensaba que no se podía ser más especial que esa mujer que le miraba de la forma más dulce que lo había hecho nadie y luego se detuvo frente al restaurante, pues habían llegado a su destino.

Un joven vestido de negro, se acercó al momento, Henry salió del coche, le entregó la llave y luego abrió la puerta del coche a Kate:

—Te lo agradezco porque no había manera de abrir esta puerta... Es la primera vez que me subo en un auto como este.

—Espero que no sea la última... —susurró Henry, dándole un beso suave en el cuello que a ella le estremeció por completo.

—Madre mía, Henry. Estas cosas se avisan...

—¿No te ha gustado? —preguntó Henry, enarcando una ceja.

—Me ha gustado demasiado —respondió abanicándose con la mano.

—Tengo más y te los puedo dar por todas partes, absolutamente por todas —le susurró al oído y luego le ofreció su brazo para que entraran en el restaurante.

Kate se enganchó a ese brazo potente y fuerte y sintió tal excitación que tuvo que morderse los labios para controlarla.

Después, cuando apenas llevaban unos pasos caminados, cuatro fotógrafos empezaron a tirarles fotos, en tanto que una reportera muy joven preguntaba:

—¿Señor Zank, quién es su acompañante?

—Yo no soy nadie del mundo de la farándula. Gracias —respondió Kate intentando ser amable.

—¿Pero a qué se dedica? ¿Cuál es su nombre? ¿Qué relación le une al señor Zank? Y perdone que les pregunte es mi trabajo... —dijo la chica, como excusándose.

Kate que sabía lo que era trabajar duro, solo de pensar que esa joven debía llevar horas ahí, de pie, con el frío que hacía porque incluso decían que esa noche podía nevar, respondió:

—Soy Kate Morgan, al señor Zank y a mí nos une que...

Antes de que Kate cometiera el error de decir que trabajaba en el club Zank y en consecuencia tuviera todos los días a la prensa encima, Henry le interrumpió para asegurar:

—Somos colegas, Kate es una talentosa empresaria de Chicago, muchas gracias por preguntar, Madeleine.

Kate se quedó sorprendida no ya porque Henry la hubiera presentado como una empresaria, sino también porque conocía hasta el nombre de una reportera de calle.

Desde luego, ser Henry Zank no tenía que ser nada fácil: estar todo el día en el punto de mira debía ser agotador y aún así, siempre era considerado con todo el mundo, pensó Kate.

—Gracias a usted, señor Zank, y permítame el atrevimiento pero hacen una bonita pareja.

—Yo pienso lo mismo —replicó el señor Zank mientras los fotógrafos no dejaban de hacerle fotos.

Luego, Madeleine se acercó a él y le cuchicheó al oído:

—Esto se lo digo a título personal, y perdone otra vez mi descaro, llevo dos años cubriendo información social y nunca le he visto tan feliz como esta noche.

Henry respiró hondo y aseguró convencido, alto y claro:

—Es que nunca he sido tan feliz como esta noche...

Al escuchar aquello, Kate se quedó con los ojos como platos y Madeleine la miró divertida:

—Que pasen una bonita velada y muchas gracias por su amabilidad.

—¿Cuánto te queda de jornada? Hace mucho frío esta noche... —comentó Henry a la reportera.

—Creo que ya tenemos material suficiente, hablaré con mi fotógrafo pero supongo que en un par de horas cerramos el kiosco. Luego, un par de autobuses y a casita...

Henry se metió la mano en la cartera, sacó un billete de cien dólares y se lo dio discretamente en la mano:

—La noche no está para esperar autobuses, coged un taxi y a descansar que lo tenéis bien merecido.

Madeleine agradecida por el gesto, que además no era la primera vez que lo tenía con ellos, masculló:

—Pero no hace falta, señor Zank, es usted muy gentil pero...

—Claro que lo hace. ¡Buenas noches, Madeleine!

Y cogiendo de nuevo del brazo a Kate, entraron en el elegante restaurante...

Capítulo 25

Ya sentados en la mejor mesa del restaurante que Jack, el dueño, había reservado para ellos, Kate le comentó divertida:

—No dejas de sorprenderme, ¿de verdad que tú eres el canalla del que todo el mundo habla? Lo que has hecho por esa chica, cómo la has tratado, todo, dice mucho de ti.

—He hecho lo que haría cualquiera, no tiene la menor importancia.

—Para mí sí que la tiene, me gustan las personas consideradas, las que respetan el trabajo de los demás y tienen la empatía suficiente como para darle un billete de cien pavos para que lleguen antes a casa un día de frío.

—Repito que...

—¡Henry! ¡Qué sorpresa! ¡Qué alegría verte por aquí! —exclamó eufórica Leslie Sinclair, una actriz que Kate reconoció al momento porque trabajaba en una serie malísima que su madre no se perdía por las tardes.

Era una mujer rubia, de impresionantes ojos azules, boca sugerente y unos pechos operados enormes, que poseía un escaso talento para la interpretación, pero que tenía un desparpajo que le hacía comerse el mundo a bocados.

—Buenas noches, Leslie. He venido a cenar con Kate, ella es Kate Morgan...

Kate estrechó la mano pequeña y fuerte de la actriz que la miró de arriba abajo y con cara de asco.

—¿Tu secretaria? —preguntó Leslie, echándose la melena rubia abundante hacia atrás de un manotazo—. No te pega para nada, Henry, te tengo por un hombre de más estilo.

—Perdona la grosería y la mala educación de la señorita Sinclair —se disculpó Henry, cogiendo la mano de Kate—, que por supuesto ahora mismo

va a retractarse de sus palabras.

—¿Cómo dices, Henry? —preguntó mirando alucinada las manos enlazadas de ambos.

—Que te disculpes con la señorita Morgan por haber sido tan impertinente y que acto seguido desaparezcas de mi vista.

Leslie con los labios fruncidos y echando chispas por los ojos, soltó muy enojada:

—Cuánta razón tienen las que hablan pestes de ti, Henry Zank. Eres una mierda de ser humano, que manipulas y engañas para salirte siempre con la tuya. Nos seduces con tus malas artes, juegas con nuestros sentimientos y luego nos tiras como si fuéramos colillas. Eres despreciable y desde luego no mereces que una dama como yo te mire siquiera a la cara...

Henry se echó a reír y le dijo sin soltar la mano de Kate:

—Aquí yo solo veo a una dama y es con la que voy a pasar la mejor velada de mi vida. ¡Y ahora haznos un favor a todos y piérdete!

Leslie más enojada que nunca gritó en voz alta:

—¡Cabrón asqueroso! Bien que te gustaba correrte en mis tetas... ¡Te la va a volver a chupar tu puta...!

Antes de que pudiera terminar la frase, dos personas de seguridad la cogieron del brazo y la sacaron de allí inmediatamente sin que en ningún momento dejara de insultar a Henry.

—Lo siento, de verdad —comentó Henry muy apurado, en cuanto la situación volvió a la calma.

—No pasa nada —repuso Kate, quitándole importancia, aunque en realidad estaba bastante ansiosa por la situación tan desagradable que acababa de vivir.

—He tenido algunos encuentros sexuales con ella en el reservado. Orgías más bien... Y no sabes cuánto me arrepiento... —confesó Henry, con una vergüenza tremenda.

—A veces se tienen extraños compañeros de cama...

—Pero te puedo jurar que lo que dice es mentira, yo nunca he jugado con los sentimientos de ninguna mujer con la que he tenido relaciones. Siempre dejo claro que es solo sexo, placer sin nada más, jamás he prometido nada a nadie, ni he seducido con falsas promesas. Quien ha tenido sexo conmigo es porque le ha dado la gana, porque ha sido mutuamente consentido, porque nos apetecía y ya está. Sin más, gozar y punto. Sin compromisos ni ataduras.

Henry estaba con los ojos llenos de lágrimas y apretaba fuerte la mano de Kate que le escuchaba con el corazón encogido:

—Te creo, Henry —asintió conmovida.

—Me da pavor que pienses que eres una más, que solo busco seducirte para tener sexo contigo, que no me interesas, que no me importas, que no te respeto. Porque te juro que no es así...

Kate resopló, se mordió los labios porque estaba muy nerviosa y contó:

—Henry, no te hace falta hacer nada para llevarme a la cama, porque yo voy gustosamente. Siento por ti una atracción brutal, tanta que anoche apenas pude conciliar el sueño fantaseando en cómo sería hacer el amor contigo.

Al escuchar esas palabras, Henry tuvo una erección súbita, se puso tan duro que tras tragar saliva masculló:

—Solo de imaginarte en tu cama pensando en mí, me he puesto...

—¿Cómo? —preguntó Kate divertida.

—Mejor no quieras saberlo —murmuró Henry.

Pero Kate claro que quería saberlo, por eso metió los pies debajo del mantel, se liberó de un taconazo y, despacio, deslizó los dedos de su pie por las pierna de Henry hasta acabar presionando la durísima entrepierna.

—*Mmmm* —soltó Henry cerrando los ojos de placer.

—No me puedo creer que esté haciendo esto, pero me moría de curiosidad —susurró Kate, sin dar crédito.

Henry abrió los ojos, miró los pezones durísimos de Kate que se marcaban a través de la tela del vestido y preguntó con una excitación tremenda:

—¿No llevas ropa interior?

Kate se echó a reír y entonces reveló su pequeño secretito:

—Ni arriba ni abajo. Es culpa de Michael, me dijo que era lo mejor para que no se me hicieran marcas en el vestido.

Henry sintió tales ganas de lamer a esa mujer de arriba abajo, que cuando el camarero llegó para preguntarles:

—Buenas noches... ¿Los señores ya saben lo que van a tomar?

Henry respondió clavando la mirada ardiente de deseo en Kate que seguía acariciando la dura entrepierna con el pie:

—Absolutamente. Lo queremos todo. ¿Verdad, Kate?

Kate, que estaba tan mojada como jamás se había puesto en una cena con un hombre en su vida, contestó:

—Desde luego...

—¿Entonces, traigo dos menús degustación?

—Exacto. Queremos degustarlo todo bien, muy bien... Así que no se demore, y tráigalo en unos veinte minutos, antes tenemos que atender un asunto urgente... De trabajo... ¿Hay algún despacho libre?

—En el pasillo de la izquierda, al final hay una sala con wifi y una computadora que está a disposición de los clientes.

—Bien... ¿El señor Palmer todavía no ha llegado? Me dijo que tenía una reunión a última hora, pero que se pasaría por el restaurante.

—No, señor, todavía no ha llegado. ¿Quiere hablar con él de negocios en privado? ¿Le aviso para que se reúna con ustedes en la sala si llega en este entretanto?

—No, no hace falta. Muchas gracias. Los negocios que tenemos pendientes son entre la señorita y yo. Mi interés por encontrarme con el señor Palmer es

puramente amistoso. Ya le saludaremos más tarde, no hay problema. Mientras tanto, preferiríamos que nos dejaran a solas...

—Por supuesto que sí, señor. En la salita tienen agua, pero si quieren que les sirvamos un vino, algo de picar, lo que sea estamos a su servicio.

—No, muchas gracias... Está todo perfecto.

El camarero se marchó y a Henry le faltó tiempo para ponerse de pie, coger a Kate de la mano y llevársela hasta la sala, mientras de camino él no dejaba de saludar a distintos comensales.

—¿Ese hombre no es el jugador de los Nets? —preguntó Kate sin cesar de reconocer rostros famosos—. Y está con esa modelo ¿cómo se llama?

—Samantha Wells y dos mesas más allá está la eminente cardióloga Miranda Stewart, y a su derecha la fiscal Pamela Milton, y al fondo el armador Mauricius Blane y bueno... Podría seguir así con todas las mesas porque aquí todo el mundo es alguien...

—Tengo la sensación de que todos me miran, ¿es cierta, Henry? ¿O es simple paranoia?

Sin soltarla de la mano, y feliz como no recordaba en su vida, Henry respondió:

—¿Cómo no van a mirarte, Kate Morgan? Eres maravillosa...

Capítulo 26

Ya en el pasillo que les conducía al despacho habilitado para reuniones, Kate le dijo:

—Te agradezco tus palabras, pero me miran por ti. Quiero decir, les puede la curiosidad de saber quién es la última conquista de Henry Zank. Solo es eso...

—El que me conozca un poco sabe que no suelo cenar a solas con una mujer, esto es totalmente novedoso para mí. Con Pamela Milton por ejemplo...

—¿Qué pasa con Pamela Milton? ¿No me digas que también te has montado fiestas locas con la fiscal?

—No me gusta hablar de eso, Kate. Guardo una total discreción sobre las personas con las que me relaciono, pero ella sabe perfectamente que no tengo citas románticas con nadie. Aunque esto no sea técnicamente una cita... — aclaró con una sonrisa para que Kate no se agobiara.

—O sea que con la fiscal también has tenido mambo... ¿Pero hay alguien de Nueva York con quien no hayas tenido sexo?

Henry, ya delante de la puerta de la sala, respondió temiendo que esa chica estuviera arrepintiéndose de estar allí:

—He tenido mucho sexo, Kate. Eso me hace recordar que te he traído los resultados de mis últimos análisis médicos para tu tranquilidad... —dijo sacando un informe que guardaba en el bolsillo.

Kate lo abrió y aparte de ver que estaba limpio, se percató de que tenía una analítica perfecta.

—Tu médico te habrá felicitado, no se puede estar más sano. Yo últimamente con los nervios he comido demasiada comida basura y el colesterol lo tengo un poco disparado...

—Procuro comer sano y soy un auténtico obseso del sexo seguro. Quería que lo supieras...

—Yo también soy una obsesa, es más tenía tanto pánico al embarazo no deseado que no solo tomaba la píldora sino que le obligaba a John a ponerse preservativo por si fallaba.

—Mujer precavida...

—No he traído análisis, pero puedes estar tranquilo. Lo poco que lo he hecho ha sido siempre con protección y con parejas estables. No he tenido en mi vida una noche loca... Solo contigo...

Henry empezó a dudar de si estaba haciendo bien las cosas, si no tenía que haber controlado sus impulsos y haberse quedado sentado en la mesa como habría hecho cualquier pretendiente sensato y paciente:

—Para mí esto también es nuevo y no sé si lo estoy haciendo bien. Si quieres que regresemos a la mesa, perfecto.

Kate que se moría por estar con ese hombre otra vez, negó con la cabeza y habló convencida:

—No he llegado hasta aquí, soportando las miradas de toda esa gente, para volverme ahora atrás. ¿Por qué? Yo deseo estar contigo, deseo sentirte y bueno... Me escucho y no me reconozco, pero qué más da...

Henry, con el corazón latiéndole muy fuerte, abrió la puerta, la tomó de la mano y entraron en la sala, tras cerrar la puerta con el pie.

Después, corrió el pestillo para que nadie pudiera molestarlos y la besó en la boca con una desesperación brutal.

Kate se aferró a la espalda grande y fuerte de Henry que invadía su boca de una forma salvaje, al tiempo que también exploraba, lamía y mordía los labios duros de ese hombre que sabía besar como nadie.

—Qué ganas tenía de besarte, Kate Morgan... —confesó, mientras le mordía el cuello de forma exquisita y una de sus manos se perdía en la

humedad de la entrepierna femenina.

—Mira cómo me tienes, creo que estoy derritiéndome...

Henry recorrió con los dedos la vulva empapada, y luego cuando los gemidos se hicieron más intensos, enterró dos dedos en el interior mojado de la chica que le hicieron soltar un grito de placer:

—Eres tan deliciosamente estrecha, Kate.

Kate descendió con la mano hasta la entrepierna durísima de él y apretó fuerte la erección hasta que le hizo gemir:

—Te quiero dentro de mí, Henry. Lo necesito... —susurró ardiendo de deseo por ese hombre que esta tocándola de tal modo que estaba a punto de enloquecer.

—Y yo, por eso te estoy preparando para que puedas aceptarme.

—Estoy tan excitada, Henry, que yo creo que no hacen falta más preliminares.

Henry gruñó de deseo, retiró la mano del sexo de la chica, se desabrochó los pantalones, se los quitó y detrás fueron los calzoncillos.

—Me sobra toda la ropa... —masculló quitándose la chaqueta también y aflojando después del nudo de la corbata de seda italiana.

—Madre mía... —musitó Kate, sin dejar de mirar la tremenda erección de ese hombre.

—Me pones cardiaco, Kate Morgan... —dijo retirando un poco el generoso escote del vestido rojo y sacando un pecho que devoró ávido de todo.

—Eso que haces es tan bueno... —murmuró Kate, enterrando los dedos en el pelo de ese hombre que sabía llevarla a las nubes.

Henry siguió dando sutiles mordisquitos a los pezones duros de Kate y cuando sus jadeos se hicieron irresistibles, la cogió en brazos, ella rodeó el cuerpo fuerte y duro de ese hombre con las piernas, y así la empotró contra fría pared de frente.

—Estás tan mojada, mi preciosa Kate, me gusta tanto sentirte así...

—Es por ti, jamás me he puesto así con nadie. Antes sentada en la mesa estaba... Me da vergüenza hasta decirlo pero me sentía tan húmeda... No sé en qué me estás convirtiendo, Henry Zank, pero me encanta...

Se besaron apasionadamente y después ella sintió la punta del miembro duro de Henry deslizarse por sus mojados pliegues. La sensación era tan deliciosa que cerró los ojos y gimió estremecida.

—Eres la misma de siempre, yo no te he convertido en nada que no fueras antes, no puedo creer que ni a solas, te hayas masturbado y te hayas puesto así de excitada.

Volvieron a besarse con una pasión desatada y ella luego confesó sin dejar de besarle por el cuello:

—No suelo masturbarme, suelo llegar tan molida a casa que no tengo ni ganas de darme placer. Pero desde que te conozco reconozco que...

—¿Te has tocado pensando en mí, señorita Morgan?

Ella se echó a reír y con un rubor que Henry encontró encantador, reconoció:

—Anoche mismo, lo hice, me acaricié pensando que mis dedos eran tu lengua... Pero sentía tal vacío en mi interior, que lo llené con un consolador que me regaló mi amiga Lorreine para burlarse de mí. Me lo dio cuando nos despedimos en Chicago por si me aburría en mis noches en soledad...

—¿Y ahora sientes ese vacío? —preguntó Henry lamiendo los labios abultados por la excitación de esa joven a la que deseaba con todas sus fuerzas.

—Sí, lléname por favor... Hazlo, lléname por completo de ti...

Henry gruñó, deslizó un poco la punta de su miembro durísimo hasta la entrada de la joven y mirándola a los ojos se hundió por completo.

Ella gritó ante tal invasión porque el miembro de ese hombre tenía un

tamaño tan grande que la obligó a abrirse como nunca.

—Ya estoy dentro, Kate. Acéptame...

Kate respiró hondo, intentando aceptar esa invasión, pero Henry se salió de su interior, la dejó en el suelo y se fue a buscar un condón que tenía en la cartera.

Acto seguido, se lo puso, volvió a cargar con Kate que acabó otra vez contra la pared al tiempo que él se clavaba dentro de ella, entero, contundente, sin ninguna concesión.

—Oh, Henry, esto es demasiado para mí...

Henry se salió un poco, porque la sintió muy estrecha y, sin dejar de mirarla a los ojos, le dijo:

—Iré más suave y más despacio.

—No, no quiero que lo seas. Digo que es demasiado para mí, pero de bueno, de morboso, de excitante, de placentero... No quiero que me lo hagas despacio, ni como si fuera de pitiminí, quiero que me folles con todas tus ganas.

Henry gimió de placer y se dispuso a hacer realidad sus deseos...

Capítulo 27

Frente con frente, respirando la respiración del otro, sudorosos, jadeantes, entregándose con todo al otro, se hicieron el amor con una pasión desesperada.

Kate aceptaba esa rotunda invasión, apretando fuerte las duras nalgas de Henry que se hundía en esa humedad que era lo más parecido al paraíso.

Ansioso por fundirse con ella, por ser uno como nunca lo había sido con nadie, penetró a esa mujer que le demandaba más y más, con un deseo que aunque pareciera imposible iba en aumento.

Henry quería más, mucho más, y ella se lo daba con una generosidad que a él le desarmó.

Kate era todo entrega, en sus besos, en sus caricias, en la forma en la que poco a poco se estaba abriendo para él, dándosele todo, hasta lo que no sabía ni que tenía...

—Henry yo jamás sentí así, jamás amé así, esto para mí es que ni sé quién soy.

Henry la besó duro en los labios y luego le dijo sin dejar de penetrarla con una contundencia que a ella la estaba volviendo loca:

—Eres tú, esta eres tú, sintiendo el placer que mereces. Ni más ni menos. Gózalo, Kate, es tuyo y de nadie más.

Kate echó la cabeza hacia atrás estremecida por las penetraciones de Henry que estaban más allá de todos los límites, se sentía tan abierta que pensaba que no podía aguantar ni una embestida más, pero al mismo tiempo, quería que aquello no acabara nunca.

Qué locura. Su interior dilatado al máximo, sus pechos hinchados bamboleándose al ritmo de las penetraciones cada vez más intensas, más

profundas, más frenéticas y todos los poros de su piel sintiendo al máximo como nunca jamás se atrevió a imaginar.

—Eres un sueño, Kate. Mi mejor sueño... —gimió Henry atrapando un pezón duro con la boca y mordisqueándolo con tal maestría que ella se estremeció más todavía.

—Creo que estoy al límite, pero quiero más, Henry. Dámelo...

Henry volvió a castigar con dulzura esos pezones cremosos y luego bajó la mano hasta el clítoris chorreante que solo tuvo que golpetear un poco con el dedo índice para arrancarle un orgasmo feroz.

—Eso es, nena, córrete así, a lo grande... Lo estoy sintiendo, ¿sabes? Noto tu placer apretando mi miembro y es una sensación tan sublime, Kate.

—Dios mío, Henry...

—*Shhh*. Solo siente, nada más que eso... Este placer es para ti.

Henry que estaba ya al borde del orgasmo también, al sentir los espasmos presionando fuerte su dureza, cambió el ritmo de las penetraciones que ya fueron insoportablemente implacables.

Aferrada a él como si fuera la única tabla de salvación en un mar convulso, ella sintió que ese hombre iba a romperla en dos pero le dio lo mismo, quería darle un orgasmo brutal como el que ella había sentido y estaba dispuesta a llegar hasta el final.

Aunque doliera de una forma exquisitamente placentera, aunque estuviese sintiendo que su cuerpo no iba soportar ni una penetración más, aunque ese hombre con sus besos apasionados le estuviera dejando sin aliento.

Ella se entregó a esa locura de deseo y de placer y Henry de nuevo lo hizo, deslizó esta vez el pulgar, presionó su clítoris un par de veces, mirándola a los ojos y diciendo su nombre, como nunca nadie la había nombrado, y se corrió otra vez entre sus brazos.

—Así, cielo, así... Es todo para ti. Acepta mi placer... Tómallo todo, no

dejes nada guardado en tu interior, deja que salga todo lo que tienes para dar...

Kate estremecida por la virulencia del orgasmo, que la agitó por completo, creyó que iba a desvanecerse...

Pero Henry entonces gruñó y la penetró hasta el fondo con una dureza que ella gritó...

—Voy a correrme, Kate. Voy a vaciarme entero, siento mi leche a punto de estallar muy dentro de ti, ¿la quieres? Dime Kate, necesito saber si me quieres dentro de ti...

Kate jadeante, sintiéndose tan exhausta de tanto placer que no podía ni hablar, susurró:

—Lo quiero, pero no sé si podré Henry... Estoy que no puedo más... Mi cuerpo no creo que pueda resistir todo lo que me das.

—Claro que sí, preciosa. Estamos juntos en esto y vamos a llegar juntos hasta el final. ¿Confías en mí?

—Sí, pero mi cuerpo no sé si será capaz de...

Henry la besó con una mezcla maravillosa de dulzura y deseo y luego comenzó a moverse con suavidad dentro de ella, unas cuantas veces, las suficientes para que el interior de Kate cediera lo justo para aceptar lo que estaba por venir.

Entonces, más mojada que nunca, comenzó a penetrarla fuerte y duro, tal y como ella le estaba pidiendo con la mirada en ese justo momento...

—Mira de lo que eres capaz, ¿lo ves Kate?

—Sigue, Henry, joder, eres un jodido dios del sexo... Fóllame así, fóllame hasta que no sepa ni cómo me llamo.

Henry se entregó a fondo, la abrió tanto que ella sintió que ya sí que había llegado a su límite, porque sintió aquel miembro más fuerte, más grueso y más duro que nunca y entonces sucedió que del mero frote de su vulva con el pubis

de ese hombre, de nuevo un orgasmo bestial la sacudió por completo.

Henry entonces al sentir esa nueva liberación de energía sexual, al sentir el orgasmo de esa joven que se estremecía entre sus brazos, se clavó hasta el fondo de ella y gritando de placer se corrió vaciándose por completo.

—Kate, Kate, Kate... —dijo con los ojos llenos de lágrimas.

Kate que estaba temblando, desenroscó las piernas, puso los pies en el suelo y se abrazó a él para no caerse al suelo.

Luego, cuando recuperó un poco las fuerzas, Henry la cogió en brazos y la llevó hasta un sofá de piel marrón donde la dejó tumbada, mientras él se deshacía del condón y se limpiaba en el baño.

Cuando regresó junto a Kate, se la encontró dormida con una cara de éxtasis que le hizo sentir un orgullo estúpido.

Lo reconocía era un vanidoso, pero se sentía orgulloso de haber dado tanto placer a esa mujer que había caído rendida al sueño por puro placer.

Luego, se sentó con cuidado a su lado y pasó el dedo índice por esos labios exquisitos que había besado cuanto había querido.

Unos labios rosados, ya sin una gota de pintura, tersos, hinchados, totalmente apetecibles.

Después bajó con el mismo dedo hasta los pechos que seguían fuera del escote y que tan bien habían recibido sus caricias más procaces.

Y finalmente, llevó el dedo hasta esa vulva maravillosa, mojada y que le había hecho sentir tantísimas cosas.

Kate entonces se despertó y Henry sonrió:

—¿Estás bien? —preguntó.

—Demasiado bien —susurró ella, mientras Henry hundía el dedo en su interior.

—¿Te duele?

Kate cerró los ojos porque la sensación fue de lo más electrificante:

—No sé ni lo que siento...

—Eso es porque lo hemos hecho muy bien... Te has abierto para mí como solo puede hacerlo una diosa.

—Tú sí que eres un dios, dudo que pueda sentarme en una semana después de cómo me has follado.

—¿Quieres no ser tan mal hablada, Kate Morgan? ¿No puedes de dejar de decir la palabra follar? ¿Es tan horrible?

—¿Vas a castigarme? —preguntó ella traviesa.

Henry asintió y llevó el dedo empapado con las esencias femeninas a la boca jugosa que se moría por besar.

—Abre la boca...

Henry introdujo el dedo hasta el fondo y ella lo chupó y lo lamió hasta que él dio por finalizado el castigo y la besó como nunca había besado a nadie.

Luego, con los labios pegados a los suyos, le aseguró con el corazón latiéndole bien fuerte:

—Yo jamás follaré contigo, Kate. Yo solo puedo hacerte el amor...

Capítulo 28

Después del encuentro tan íntimo, Kate se aseó en el baño y tras acicalarse los dos, de nuevo volvieron a la mesa donde degustaron de las exquisiteces del magnífico chef...

—No hay nada como el buen sexo para abrir el apetito... —dijo Henry mientras saboreaba una deliciosa ostra

—¿No decías que no habíamos follado?

—*Arrggggggg*. Ya estás otra vez con la palabrita, ha sido sexo y mucho más. Yo al menos lo he sentido así...

—*Mmmm*. Está deliciosa la ostra.

—Está rica, pero preferiría tener otra cosa bien mojada en mi boca.

Kate estuvo a punto de escupir la ostra de la impresión y luego se echó a reír:

—Solo he estado dos veces contigo, pero entiendo perfectamente por qué las mujeres pierden la cabeza por ti. Jamás pensé que se pudiera gozar tanto, claro que para un hombre que está acostumbrado a hacer disfrutar a las mujeres en grupo, casi que no tiene mérito.

Esta vez fue Henry el que rompió a reír con la ocurrencia de Kate y, tras coger otra ostra, dijo:

—Prefiero el sabor de tu vulva, mientras tanto me conformaré con otra ostra.

—Eres un cochino, Henry Zank. Y me encanta. Oye, por cierto, hablando de cochinadas, ¿cómo haces para dar placer a varias mujeres a la vez? ¿Cómo te las apañas?

Henry tragó su ostra, se limpió la boca con la servilleta y luego explicó

—Dando placer con todo mi cuerpo: lengua, manos, miembro, rodillas,

pies... Es solo cuestión de dejar volar la imaginación y tener ganas de darlo todo.

—¿Con las rodillas? ¿Sabes provocar orgasmos con las rodillas?

—Y con el codo...

Kate se partió de risa y Henry divertido como no recordaba dio un sorbo a su copa de vino:

—Este vino es perfecto para saborearlo en tus pezones.

Kate que estaba también bebiendo otra vez estuvo a punto de atragantarse:

—¿Qué? —preguntó perpleja.

—¿Nunca han vertido vino sobre tus pechos y luego han libado mientras tiran con arte de tus pezones? Así mordisqueando, chupando, dando sutiles tironcitos...

Kate que se estaba poniendo mojada otra vez, se abanicó con la mano y susurró:

—Para por favor, que me está entrando un calor.

—¿Y champán?

—¿Qué pasa ahora con el champán? —inquirió Kate temiéndose lo peor.

Henry se mordió los labios y mirándola con un deseo infinito preguntó todo inocente:

—¿Nunca nadie ha bebido champán de tu vulva? ¿Bien frío?

—Ay Dios Santo... ¿Pero qué cosas me estás contando?

—En verano, después de estar tomando el sol, imagina tu piel caliente, unos besos ardientes, unas caricias provocadoras y luego una botella de champán helada. Se abre la botella, tú derramas el champán helado sobre tu piel que arde, sobre tus pechos preciosos y redondos, sobre tus pezones durísimos por el contacto del frío champán y luego imagina el recorrido de ese líquido por tu vientre excitado y ese final en tu vulva mojadísima... Y debajo yo, que me colocaría entre tus piernas para bebérmelo todo, absolutamente todo...

Kate tragó saliva porque solo de imaginárselo estaba sintiéndose más mojada todavía...

—Eres un auténtico diablo, mi madre tenía razón. ¡Deja de tentarme de una vez!

—Son juegos nada más, muy placenteros, eso sí. Pero juegos... No tienen nada de endiablado.

—Qué no habrás hecho tú.

Henry dio otro sorbo a su copa y comentó como sin darle importancia:

—Lo he hecho todo, pero ahora quiero otra cosa. Te quiero a ti, Kate Morgan.

Kate abrió los ojos como platos y replicó, divertida:

—¿Para qué? ¿Para llevarme a tu lado oscuro de la fuerza? ¿A ese mundo de vicio y perdición? Conmigo no cuentes para orgías ni experimentos de esos...

—Yo jamás te compartiría con nadie, porque por ti siento... Cuando hago el amor contigo tengo tales deseos de fundirme que van más allá de la piel, quiero una fusión total, de cerebro y corazón. Joder, ya estoy con las cursiladas otra vez. Pero es lo que siento... No obstante, tú no te sientas presionada, si solo sientes por mí deseo... Perfecto. Lo entiendo y siempre que me lo pidas te daré tanto placer como mi cuerpo sea capaz de entregarte.

Kate dio un sorbo a su copa mientras pensaba que jamás habría imaginado tener una conversación de tal calibre con el señor Zank.

—Uf. Henry Zank eres demasiado intenso para mí...

—Porque soy intenso te has corrido de esa forma, ¿no te parece?

—*Shhhh*. ¡Baja la voz! Solo falta que todas las que están ansiosas por follar contigo, escuchen que estás regalando orgasmos en la salita del fondo. ¡Ahora mismo se ponen todas a hacer fila!

—No me interesa hacerlo con nadie que no seas tú. Desde que apareciste en mi vida he sido incapaz de dar placer a nadie, ni siquiera con el dedo pequeño

del pie.

—Joder, Henry, eres un...

Kate no pudo terminar la frase porque apareció el dueño del restaurante, un joven rubio y muy atractivo que estaba encantado con la visita de su amigo:

—¡Dichosos los ojos, Henry Zank y en la mejor compañía!

—Es Kate Morgan, una empresaria de Chicago...

—Encantado de conocerte, Kate y muchas gracias por sacar a este hombre de su cueva. Se pasa el día trabajando y apenas tiene tiempo de frecuentar a los amigos.

—¿Quién va a hablar? ¿Este restaurante hace el número doce?

—Llevas bien la cuenta, me encanta trabajar duro, como a todos los que nos dedicamos a esto, pero saco tiempo para la familia.

—Jack tiene una preciosa esposa y dos mellizos que son dos trastos de mucho cuidado. Tiene una familia maravillosa...

—Ya tendrás pronto la tuya, amigo —aseguró Jack apretando fuerte el hombro de Henry y sin dejar de mirar a Kate, que le pareció una chica perfecta para él.

Y es que no se parecía nada a las mujeres con las que él solía relacionarse, esa chica era diferente, encantadora, risueña, pero a la vez con el carácter suficiente como para poner en su sitio a Henry.

—Ojalá... —susurró mirando a Kate, con una cara que a ojos vista cualquiera hubiera dicho que era de enamorado.

—Perdón por entrometerme, pero si no lo digo reviento: ¿sabéis que hacéis una pareja estupenda? ¡Tendríais unos bebés preciosos si os diera por reproduciros!

Los dos se echaron a reír y Henry dijo sin dejar de mirar a Kate:

—Para mí sería el sueño más dulce de mi vida si Kate decidiera compartir su vida conmigo, pero es una chica lista que sabe bien lo que le conviene.

—¿Por qué no le vas a convenir tú? Henry aquí donde le ves, sería un padrazo maravilloso, con mis mellizos no puede ser más amoroso. No creas todo lo que dicen de él, es un hombre bueno, generoso y amigo de sus amigos. Siempre está ahí, nunca falla, es leal, trabajador, honesto...

—¡Calla de una vez, Palmer, o va a creer que te he pagado para que hables maravillas sobre mí! —gruñó Henry dando un manotazo al aire.

—Luego gruñe, a veces gruñe, pero créeme Kate que es un buen chico.

Kate se echó a reír y comentó divertida:

—Le conozco desde hace poco, pero doy fe de que lo es... Es muy bueno en lo suyo y sé que tiene un gran corazón, a pesar de toda su fama... Merecida, porque merecida la tienes Henry Zank. Menudo pájaro estás tú hecho...

Los tres se echaron a reír, pero Henry se quedó dando vueltas a lo que había dicho esa preciosa mujer sobre su corazón, que Kate le viera de de esa forma, le hizo sentirse como en una nube.

Y suspiró, suspiró como un auténtico enamorado, para su asombro y su alegría, porque pensó feliz: que ya era hora de sentir esa emoción tan hermosa en su pecho. Aunque sonara jodidamente cursi...

Capítulo 29

Después de pasar el resto de la cena con Jack Palmer, con el que también se tomaron unas copas y se lo pasaron a lo grande con las anécdotas de los dos amigos que se conocían de los tiempos universitarios en Harvard, se despidieron con la promesa de verse con más frecuencia.

Ya en el coche Henry, que no tenía ninguna gana de separarse de Kate, le dijo antes de arrancar:

—¿Quieres que tomemos una copa en algún sitio de la competencia?

—¿Me estás pidiendo que nos vayamos a espiar a la competencia a estas horas? Te recuerdo que estoy en mis horas libres, Henry... —contestó divertida.

—Y mañana libras...

—Y además he terminado al fin el curso de coctelería y con una nota brillante.

—Estoy al tanto de todos tus avances, aunque Linda no es que esté muy contenta contigo, todo hay que decirlo.

Kate puso cara de asco y dijo sin cortarse lo más mínimo:

—Me tiene manía, sé que suena a la clásica excusa de colegio, pero te digo yo que esa mujer me detesta. Creo que le gustas y tiene celos de nuestra complicidad, que según Michael salta a la vista.

—Puede ser, porque me paso el día mirándote... Y eso que muchas veces me reprimo para no quedar como un pesado, pero me tienes encandilado perdido...

—Yo también te miro, eres el hombre más atractivo del local...

—Te agradezco el cumplido porque a mí club viene gente muy guapa.

—Sí, bueno, pero ahora no te vengas arriba, señor Zank. Jajajajaja.

Henry se echó a reír y como para nada quería que la noche acabara le propuso:

—¿Y si vienes a casa? Nos tomamos allí la copa, tranquilos, escuchando algún vinilo que te guste...

—¿Tienes algo de Aretha Franklin?

Henry de repente vio el cielo abierto porque casualmente era una de sus cantantes favoritas:

—Lo tengo todo. Adoro a esa mujer. Hasta tengo varios discos firmados por ella que compré a un coleccionista.

—¿Me estás tomando el pelo? No puedo creerme que un tío como tú, con un local donde se pincha lo último de lo último, orgasme con Aretha como yo.

—Yo contigo orgasmo con lo que sea, hasta con reggaetón...

—Oye pues también me gusta, un reggaetón a su debido momento, tiene su aquel también.

—¿Entonces quieres venir a mi casa? Vivo en una torre frente a Central Park, tengo unas vistas maravillosas y un sofá la mar de comfortable donde podemos charlar hasta que amanezca.

—Charlar... —masculló mordiéndose los labios.

—O lo que quieras. Tú mandas.

—La sensatez y la prudencia me dicen que no debo ir a tu casa, que lo mejor es que todo acabe aquí y que mañana será otro día.

A Henry se le demudó el rostro, pero aceptó la decisión de Kate como no podía ser de otra forma:

—Perfecto. Vamos a tu casa entonces...

Henry arrancó y Kate le preguntó arrugando la nariz:

—¿En qué momento te he pedido que me lleves a casa?

—Desde que sigues los dictados de tu prudencia y de tu sensatez... — contestó Henry saliendo del garaje.

—Es que no me has dejado terminar el razonamiento, eso es lo que dictan esos valores, pero desde que te conozco no sé qué me pasa que he mandado a la porra a todos mis principios y mis valores. Lo que significa que pongas rumbo a tu casa, que me muero por ver Central Park desde las alturas. Porque supongo que vivirás en una torre de esas para billonarios y que tendrás un apartamento maravilloso digno de salir en las páginas de las más exclusivas revistas de decoración.

—El mes pasado salió en la sección Deco de Vogue y bueno, sí, en mi torre viven unos cuantos empresarios de éxito y tal... Y dos eminentes cirujanas, y una riquísima coleccionista de arte, y una cantante, y tres actrices, y un magnate del petróleo y...

—Madre mía, no quiero imaginarme lo que deben ser esas reuniones de vecinos —comentó Kate con guasa.

Y Henry se rió, se rió a carcajada limpia, como hacía siglos que no lo hacía, porque esa chica era la monda y porque estaba feliz de tenerla a su lado por unas horas más.

—Rara vez veo algún vecino, pero tal vez hoy tengas suerte y te topes con alguno. Por cierto, ante todo gracias por venir a mi casa, y me gustaría que supieras que eres la primera mujer que va a subir a mi apartamento.

—¿Tan enorme es el desorden? —preguntó sin dejar de bromear—. Adviérteme por favor de lo que puedo encontrarme no vaya a ser que me dé un síncope de verlo...

—Ojalá fuera por esa razón, pero de nuevo está el maldito miedo a que me hagan daño. Como me he negado todo este tiempo a abrir mi corazón, mi casa es un santuario que solo pisan los amigos más íntimos. Pero mujeres... ninguna. Tú eres la primera...

—¡Menudo honor! —exclamó Kate llevándose la mano al pecho—. Y te agradezco enormemente la confianza...

—Es más que confianza, Kate. Creo en ti y para mí eso es muy importante. Tengo fe en ti, toda la fe del mundo, por eso quiero compartir mi espacio más sagrado contigo.

Henry puso rumbo a su apartamento y los dos se quedaron de repente en silencio. Un silencio que para nada era incómodo, al contrario, era el clásico silencio cómplice entre dos amigos que solo tienen que mirarse a los ojos para saber lo que piensan.

Kate incluso cerró los ojos y se dejó mecer por la conducción tranquila de Henry, hasta que él de pronto exclamó:

—¡Está empezando a nevar!

Kate miró por la ventana y comprobó que unos copos cada vez más intensos comenzaban a caer sobre Manhattan.

—¡Qué romántico, por favor!

—Pues ya verás lo que va a ser verlo desde casa, frente la chimenea y desnudos.

Kate le miró muerta de risa y le reprendió como si fuera su madre:

—Henry eres incorregible. ¿Pero se puede saber qué ocurrencia es esa?

—La mejor. No soy tonto, señorita Morgan —respondió encogiéndose de hombros.

—Pues la verdad es que no es mal plan para una fría noche de marzo...

—Solo hay un problema...

Kate le miró extrañada sin tener ni idea a lo que se refería:

—¿Cuál? ¿Tienes algún fantasma en casa?

—Que yo sepa no, pero tú tienes que hacer la videoconferencia con tu madre —le recordó Henry.

—Ah, mi madre, no hay problema con eso, la llamé antes de salir y le dije que me iba a acostar pronto. Como comprenderás no iba contarle que tenía una no cita contigo.

—Hiciste bien.

—De todas formas, gracias por preocuparte por estos detalles. Hasta pareces un novio formal y todo.

—Ojalá te hubiese conocido en la universidad por ejemplo, o en el instituto mejor y pudiera haber sido tu novio desde entonces. Ahora seríamos felices y tendríamos ya lo menos cinco hijos.

—Jajajajajajajajaja. Casi que prefiero la vida que llevo ahora, gracias.

—Pues yo no, yo habría sido infinitamente más feliz si te hubiera conocido con 16 años y hubieses sido mi primera novia. ¿Te imaginas tú y yo juntos desde esa edad? ¡Habríamos sido imparables! Negocios y placer. Placer y negocios. Todo junto. ¡Qué fantasía!

—Me temo que te habrías aburrido muchísimo a esa edad conmigo. Tú tan aventurero en lo sexual y yo tan monjil...

—Me adentré por esos derroteros porque la vida me fue empujando, pero de haberte conocido antes yo jamás me habría convertido en el crápula que soy. Mejor dicho que fui... porque desde que estás en mi vida no he vuelto a ser malo. Ya solo peco contigo y no pienso hacerlo con nadie más.

—¿Me estás prometiendo exclusividad sexual? —preguntó Kate sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Te estoy diciendo que me tienes a tus pies, Kate Morgan. Justo ahí...

Capítulo 30

Ya en el espectacular apartamento de Henry, los dos abrazados junto a un ventanal enorme, contemplaban cómo caía la nieve copiosa sobre Central Park.

—Qué suerte tienes de vivir en un sitio tan bonito como este... Qué vistas más maravillosas, podría pasarme la vida aquí, mirando por este ventanal.

—Las vistas fueron la razón por la que decidí comprar este apartamento, pero es demasiado grande para una sola persona. Reconozco que hay noches en que las paredes se me caen encima...

Kate se giró para mirarle y entonces lo entendió todo:

—Por eso trabajas tanto, por eso llegas tan tarde a casa, quieres evitar este silencio, esta soledad...

Henry respiró profundo y luego le confesó con la mano en el corazón:

—Tengo miedo a que me hagan daño, te tengo que tener aburrida ya de tanto decírtelo, pero reconozco que muchas noches fantaseo con la idea de llenar esto de críos, de perrillos, de risas, de vida. La vida que llevo está bien, pero ya estoy cansado... Y tú eres la que has hecho que abra los ojos y acepte de una vez que ya va siendo hora de pasar a otra etapa.

—¿Yo?

—Sí, tú, con tu aparición has vuelto todo del revés y has hecho que me percate de lo que verdaderamente quiero. Y créeme que no es trabajar duro y tener sexo en grupo cuando me place. Esa no es vida, Kate. Ya no...

—Tu amigo Jack dice que hacemos buena pareja, todos lo dicen... Es curioso.

—No es curioso, es la verdad.

—Creo que es la química sexual que es brutal.

—Esto es más que química sexual, Kate, por lo menos para mí —susurró Henry dando la vuelta a la chica para que le mirara a los ojos.

—Reconozco que no solo es sexo... Pero entiende que para mí es tan nuevo lo del sexo. Es que recién lo estoy descubriendo y es algo que me tiene descolocada...

Henry descendió con las manos por la espalda de la chica y acabó con las manos apoyadas en las nalgas.

—Conmigo puedes disfrutar del sexo cuanto desees, es una de mis especialidades.

—Esta noche no sé si podría hacerlo otra vez, lo de antes ha sido demasiado fuerte y como yo no estoy acostumbrada a follar de esa manera tan dura.

Henry al escuchar esa palabra que tanto detestaba se puso duro otra vez, apretó fuerte el culo respingón de esa mujer y la empujó contra su erección:

—Podemos hacerlo por otras partes... —susurró al oído.

A Kate le ardió la sangre de repente, y muerta de la ansiedad preguntó:

—¿Te estás refiriendo a hacerlo por ahí?

Henry asintió con la cabeza y preguntó como si fuera lo más normal del mundo:

—Supongo que lo habrás probado alguna vez...

Henry deslizó las manos por debajo del vestido, amasó las nalgas y luego colocó el dedo índice en la entrada del estrecho orificio.

—No —dijo espantada—. Soy virgen por esa zona, es que ni me han tocado por ahí... Jamás me ha despertado curiosidad ninguna, John alguna vez me lo propuso, pero siempre me negué. Eso tiene que doler muchísimo...

—Si se hace bien, es una experiencia de lo más intensa y placentera. Pero solo si se hace bien, tendría que prepararte, dilatarte poco a poco, y después... todo es placer... un placer tan extremo que a muchas mujeres les

gusta más que el coito vaginal.

Kate abrió los ojos como platos, mientras Henry hundía un poco el dedo en ese orificio tan estrecho.

—No sé cómo lo haces que me llevas a tu lado oscuro siempre, me estás tentando demasiado con eso que estás haciendo.

—Puedo seguir un poco más, tengo lubricante, puedo empezar a abrirte y si te apetece vemos hasta dónde llegamos...

Kate con una excitación tremenda, se sorprendió a sí misma una vez más, diciendo:

—Está bien...

—Perfecto, señorita Morgan... Póngase cómoda mientras lo preparo todo.

Henry encendió la chimenea eléctrica, porque quería que aquella primera vez fuera muy especial para ellos, luego trajo dos copas de vino y un tubo de lubricante que a Kate le hizo tragar saliva.

—¿Estás decidida a probarlo? Si no te apetece lo dejamos... —le sugirió, después de dar un sorbo a su copa de vino y sentado en una maravillosa alfombra persa frente a la chimenea.

Kate asintió con la cabeza y Henry sonrió porque le gustaba demasiado esa mujer que tenía tantas agallas.

Lo que no sabía era que a Kate al contemplar a ese hombre tan *sexy*, que se había sentado al lado bebiendo vino de esa forma tan arrebatadora, le entraron ganas de hacer una guarrería al estilo Zank...

Por eso se quitó el vestido que dejó sobre un sofá blanco enorme de cuero y le pidió con una punzada de deseo latiendo entre sus piernas:

—Y ahora quiero que viertas un poco de vino en mi pecho y lamas mis pezones.

—Tus deseos son órdenes para mí...

Henry con mucha delicadeza, vertió un poco de ese vino exquisito sobre

esos pechos cremosos, que cayó cadencioso hasta los pezones que estaban ya durísimos.

Luego libó ese rojísimo líquido mientras Kate gemía de placer, estremecida, excitadísima, sintiendo que con ese hombre estaba yendo más allá de cualquier límite:

—Dios mío, Henry, esto es la cosa más exquisita y morbosa a la vez que me han hecho nunca... —reconoció cuando Henry terminó de lamerla.

—Es una de tantas... Solo hay que usar un poco la imaginación y dejarse llevar.

Kate tragó saliva solo de pensar en las cosas que se le podían llegar a pasar por la imaginación a ese hombre tan creativo:

—Nunca dejas de sorprenderme...

—Y espero seguir haciéndolo —dijo él acariciando los labios sedosos de esa mujer con el dedo índice.

Kate atrapó el dedo, lo chupó de una forma muy *sexy* y él gruñó de solo pensar que ese dedo podía ser otra parte de su anatomía.

—No sé qué estás haciendo conmigo, Henry Zank, pero estoy desatada... Y te lo agradezco porque ya era hora de que me soltara la melena un poco.

—La vida es disfrute, es goce, no solo trabajo duro. Tienes que dejar también que salga toda esa parte de ti...

Kate se quedó mirándole fascinada porque ese hombre estaba en lo cierto. No en vano, además de ser un amante extraordinario era todo un cerebritito según había contado Jack en la cena:

—Te haré caso... Menudo coco tienes que tener... Yo no sabía que estabas doctorado en Harvard, que fuiste el número 1 de tu promoción y que tienes una fundación en la que concedes becas de estudio a personas sin recursos. Si no lo llega contar Jack en la cena es que ni idea... ¿Por qué nadie habla de ello en la prensa? ¿Por qué salen solo tus proezas canallas?

—Es lo que vende, y te repito que jamás he engañado ni manipulado a nadie. Tan solo vivía mi sexualidad de forma libre, nada más...

Henry acarició esos pechos tan deliciosos con suma delicadeza y Kate le miró pensando en lo mucho que merecía la pena ese hombre:

—Me parece fatal que la gente no sepa quién eres realmente, que se quede solo con esa fachada horrible.

—Me da igual lo que piense la gente, Kate. Lo importante es tener la conciencia tranquila y yo la tengo, cielo.

—Pero es que ni en la prensa económica cuando hablan de ti, aparecen tus méritos académicos, ni tu trabajo formidable con la fundación... Tan solo tus logros en el mundo del ocio nocturno, pero lo otro lo silencian cuando es tanto o más importante que tus balances de cuentas.

—Porque realmente no le importa a nadie si me doctoré o si concedí becas a ochenta chicos vulnerables. Lo que interesa es lo otro... Resultados.

Henry besó los labios dulces de Kate, un poco incómodo porque no le gustaba para nada hablar de ese tema. Hubo un tiempo en que le dolía que se quedaran solo con esa parte de él, pero ahora le daba francamente lo mismo.

Kate le devolvió el beso, de una forma muy tierna y luego le confesó:

—Pues a mí sí que me interesa esa parte de ti. Cada día descubro nuevas cosas y de verdad que eres un tío extraordinario, Henry Zank.

Henry sonrió ya más relajado, se quitó la chaqueta y la corbata y le dijo emocionado:

—No sigas que me están entrando los calores...

—Es por la chimenea, quítatelo todo. No es justo que yo esté desnuda y tú no...

Capítulo 31

Henry se quedó desnudo junto a ella que acarició esos pectorales tan duros, los abdominales marcados y por fin la erección potente que estaba pujando entre las piernas.

—Pareces un dios griego... —susurró sin dejar de acariciarlo.

—Solo soy un hombre, Kate. Con sus defectos y sus virtudes, pero no soy más que eso.

Ella se agachó hasta la entrepierna, lamió la punta brillante del glande y luego aceptó esa dureza en la boca, poco a poco, suave, pero de una forma tan sublime que Henry creyó morir ahí mismo.

Luego, él tomó el lubricante, lo abrió, untó bien sus dedos, lo apartó a un lado, y llevó la mano hasta las nalgas preciosas de esa chica que estaba dándole un placer infinito.

—Nadie hace eso como tú, Kate.

Kate se apartó del miembro y, con una sonrisa, preguntó:

—¿Te refieres a que nadie lo hace tan mal?

Henry hundió un dedo en el interior estrechísimo y ella cerró los ojos al sentir la invasión:

—Quítate todas esas ideas de la cabeza sobre ti, no sé quién te las habrá metido, si alguien o tú misma, pero eres una amante estupenda. Eres generosa, te entregas, disfrutas con cada caricia, te gusta experimentar, vas más allá de tus límites, de verdad que lo que te digo es cierto. Eres única. Y ahora tumbate bocabajo y déjame que coloque este cojín para alzarte las caderas.

Kate obedeció, cambió de posición y levantó las caderas para que Henry pusiera debajo de ella, a la altura de las caderas un cojín enorme, que hizo que sus nalgas quedaran totalmente expuestas.

—Esta postura es tan intimidante.

—Si estás incómoda lo dejamos, tú tienes el control de todo. Tú mandas, Kate.

—Me siento vulnerable, pero a la vez estoy deseando sentir... Así que sigue, por favor... Y en cuanto a mi autopercepción como amante, supongo que tiene mucho que ver con que John no perdiera ocasión para reprocharme que era una reprimida y una estrecha en la cama.

Henry se echó a reír:

—El que tenía un serio problema era él, por irrespetuoso y bocazas. Tú eres una mujer apasionada que expresa a la perfección lo que siente.

—Es que me temo que era eso, nunca me puso demasiado. Lo nuestro surgió poco a poco, pero era más amistad que otra cosa. No sentía ninguna atracción por él a nivel físico, eso era lo que fallaba, por eso lo dejamos. Para que una pareja funcione tienen acoplarse en todos los ámbitos, no solo en el afectivo o en el mental, el físico también es muy importante.

—Claro que lo es —susurró Henry, introduciendo ahora muy despacio dos dedos hasta el fondo de esa estrechez.

Kate cogió otro cojín grande y hundió la cara en él al sentir esa invasión mucho mayor, más intensa, más electrizante. Y gimió, gimió y gimió mientras Henry la penetraba con cuidado, abriéndola con una delicadeza y una paciencia que a ella la desarmó por completo.

—Tenías razón, siempre tienes razón, la sensación en esta zona es tan excitante, jamás había sentido un placer semejante. No se parece a nada y a la vez es tan... plena.

Henry siguió penetrándola, mientras con la otra mano comenzó a acariciar la vulva jugosa, cada vez más húmeda, más rosada, más expectante de más y más caricias.

Kate siguió jadeante, entregándose a esas caricias, a esa invasión que poco

a poco fue haciéndose más rápida, más profunda y más contundente.

—Lo estás haciendo muy bien, Kate. Tu anillo de músculos se está dilatando bastante, ¿crees que aceptarías más?

Kate sentía esa parte de cuerpo en tensión máxima, pero sabía que tenía que aceptar más si quería a ese hombre dentro de ella, así que dijo que sí y respiró hondo.

Henry sacó los dedos del interior, vertió un buen chorro de lubricante sobre ella que se estremeció al sentir el frío y luego, sutil y delicado, introdujo un poco dos dedos y luego un tercero con los que empujó con cuidado.

Kate gimió al sentir aquellos tres dedos pujando por hacerse un hueco en su interior, abriéndola como nunca, pero al mismo tiempo haciéndole sentir algo electrizante, poderoso, arrebatador.

—Sigue, por favor, sigue... —le suplicó con los ojos llenos de lágrimas.

Kate quería llegar al final, quería sentirlo todo, abrirse por completo a ese hombre con el que sabía que no había límites, con el que quería descubrir y descubrirse, entregarse entera, aunque doliera...

Porque aquello dolía, pero le gustaba, era una sensación mezcla de sensaciones muy fuertes, placer extremo y dolor que iba más allá del mero dolor y que quedaba convertido en más deseo, en ganas de profundizar en esa vorágine de sensaciones que la estaban poniendo al borde un precipicio.

Pero sabía que estaba segura, sabía que con Henry estaba salvo, que ese hombre sabía bien lo que hacía y que siempre iba a llevarla a un puerto seguro.

Así su cuerpo cedió mucho más, se abrió para él, que acabó penetrándola con esos tres dedos, hasta que ella no pudo más y le rogó que se lo diera todo, al fin...

—Ahora quiero que seas tú, Henry, necesito sentirte...

Henry tenía las mismas ganas, pero quería estar seguro de que iba a ser una

experiencia satisfactoria para ella:

—Quiero que lo disfrutes, Kate. Si no estás preparada, dímelo y lo dejamos a aquí. No te veas en la necesidad de hacerlo...

Kate arqueó la espalda muerta de ceso y le suplicó:

—Claro que es una necesidad, lo necesito por favor... Henry...

Henry retiró los dedos de esa delicada estrechez que estaba ya muy dilatada, cogió un preservativo que tenía en la cartera del pantalón, se lo puso y luego volvió a untarle de lubricante.

—Si en algún momento estás molesta, te sientes incómoda, lo que sea, dímelo y paramos... ¿De acuerdo?

Kate asintió con la cabeza sabiendo que no iba a pedirle que parara, porque necesitaba llegar hasta el final.

Henry entonces tiró de las caderas de ella, que se colocó a “cuatro patas”, en la postura del perrito.

—No te lo vas a creer pero es la primera vez que me pongo en esta postura para hacerlo... —confesó Kate.

—Si no te gusta, ya sabes... Solo tienes que decirlo.

Kate asintió y Henry puso la punta del miembro en la entrada estrechísima, después empujó un poco e introdujo la cabeza del falo, mientras ella profería un gritito ahogado.

—Sigue, por favor, sigue... —pidió con los ojos llenos de lágrimas.

Kate quería dárselo, quería darle todo el placer, quería sentir hasta la última de las sensaciones, fueran como fuesen, porque si algo tenía claro era que lo quería todo con ese hombre.

Henry muy excitado y haciendo esfuerzos titánicos para controlarse, sacó el miembro durísimo, observó la profunda dilatación y volvió a hundirse pero esta vez hasta la mitad.

Kate clavó las uñas en la alfombra al sentir esa invasión más profunda y

entonces fue cuando Henry salió otro poco y volvió a entrar.

Así estuvo un rato, con penetraciones suaves y no muy exigentes, a un ritmo tranquilo y seguro, para que ella fuera dilatándose más todavía.

Pero llegó un momento en el que a los dos aquello les supo a poco y necesitaron más, mucho más.

Henry deslizó una mano hasta la vulva que estaba muy húmeda y acarició los pliegues, mientras le susurraba:

—Lo estamos haciendo muy bien, Kate.

—Y no pienso dejarlo, quiero más. Dame más, por favor. Estoy preparada...

—¿Estás segura? —preguntó llevando la mano hasta los pezones durísimos que pellizcó de una forma exquisita.

—Hazlo...

Capítulo 32

Henry tomó a esa mujer por las caderas, acarició con una mano la espalda sudorosa, la cabellera dorada que agarró a modo de coleta y tras tirar un poco de ella, se hundió por completo en su interior.

Kate gritó arqueando la espalda y Henry soltó la melena para aferrarse a las caderas con ambas manos.

—Gracias, Kate, gracias por tanto... —musitó Henry, dentro de ella.

Kate no dijo nada, se limitó a cerrar los ojos para sentir al máximo y luego a jadear desesperada cuando Henry volvió a acariciarle la vulva.

—Henry, esto es una locura... —masculló mordiéndose los labios.

Él entonces comenzó a penetrarla profundo y lento, mientras que con los dedos recorría la vulva que se derretía.

Kate estaba estremecida, la sensación tal y como Henry le había dicho no se parecía a nada que hubiera experimentado antes, era algo que iba a más allá de todo. Se sentía tan abierta, tan expuesta, tan vulnerable, tan frágil y a la vez tan poderosa, tan fuerte, tan capaz de darte todo a ese hombre, que le entraron hasta ganas de llorar.

—Es nuestra locura, nena. Déjate llevar... Solo es eso.

Kate hizo caso y se dejó llevar, dejó que saliera todo lo que esa experiencia le estaba regalando y dos lágrimas enormes recorrieron su rostro.

Y se sintió tan bien, aquello era tan liberador, era como si algo en su interior que estaba muy cerrado de repente se hubiera abierto y por fin podía ser, podía soltar toda esa energía sexual que tenía contenida y que la estaba asfixiando.

Y entonces, gritó... Gritó porque se sentía libre, se sentía poderosa, se sentía diosa, y también porque Henry empezó a penetrarla con más

contundencia, más profundo, más intenso, más fuerte al tiempo que con el pulgar comenzó a golpetear el clítoris henchido.

—Sigue, Henry, sigue... No pares por favor... No dejes de hacer eso...

Henry gruñó al escuchar esas palabras, al ver gozar a esa mujer sin ningún tipo de freno, al sentir que se entregaba de esa forma tan extrema y generosa, y siguió penetrándola como le estaba pidiendo.

Kate al sentir esa fuerza tan primitiva y arrebatadora sintió que no iba a poder soportarlo más, que iba a desvanecerse por un precipicio infinito, pero no lo hizo, porque cuando estaba a punto de rendirse, Henry presionó el clítoris lo justo para arrancarle un orgasmo que la dejó sin aliento.

Desfallecida, cayó al suelo, bocabajo, y Henry se tumbó a su lado:

—Mi Kate, eres maravillosa... —susurró acariciando el rostro precioso de esa mujer que estaba rendida de tanto placer.

—Siento no haber resistido más, Henry. Lo siento... —musitó con dos lágrimas recorriendo el rostro.

—¿Más? No me has podido dar más, cielo. Eres formidable, Kate.

Kate le miró, sonrió y susurró:

—Tú sí que lo eres, mira todo lo que sacas de mí.

—Tú eres la que hace posible la magia, eres un sueño, Kate.

Henry la besó en los labios, que ella entreabrió y volvieron a besarse profundo, intenso, muy húmedo, tanto que ella le pidió...

—Quiero que termines dentro de mí...

—¿Estás segura?

—Quiero que acabemos lo que hemos empezado, lo necesito...

Henry acarició las nalgas suaves y redondas, coló dos dedos en el interior que estaba tan dilatado y Kate gimió ansiando más, mucho más.

Henry al ver la reacción de ella, sacó los dedos, se colocó encima de ella con cuidado de no aplastarla, apoyando todo su peso en los potentes brazos

que tan bien tenía trabajados y de nuevo se hundió dentro ella.

Al sentir otra vez esa invasión, Kate se estremeció por completo, porque eso era justo lo que buscaba, sentirle ahí, tan duro, hasta el fondo, con esa contundencia.

—Dámelo, Henry, dámelo todo...

Henry movió sus caderas cada vez con más intensidad, más ritmo, más profundidad, mientras ella debajo de él, jadeante, sudorosa, estremecida, gozaba de cada penetración, de cada sensación que estaba más allá del placer y del dolor, y que le hacía conectarse con una parte de ella muy profunda.

Era como ese lugar ancestral, sagrado y mágico que solo Henry había sabido despertar y en el que se sentía segura, fuerte, poderosa y especial.

Un lugar que le hacía dar a ese hombre todo eso y aceptar tanto como le estaba dando...

Henry por su parte estaba sintiendo algo parecido, esa mujer estaba haciendo que por primera vez en su vida sintiera la necesidad urgente de fundirse, de entregarse, de darse por entero a alguien. De unirse de una forma sagrada a una mujer que lo merecía absolutamente todo.

Y así, los dos entregados a esas maravillosas sensaciones, gimiendo como nunca y sintiendo con una intensidad que no tenía parangón, siguieron dándose todo, hasta que llegó un momento que de tanto frotar el pubis contra la alfombra por las embestidas, a Kate le sobrevino otro orgasmo brutal.

Henry al sentir esos espasmos apretando fuerte su miembro sintió que ya sí que no podía más...

Así, con esa necesidad infinita de fundirse con ella para ser al fin uno, se hundió duro con tal fuerza que Kate gritó al sentir que ya iba a desbordarse por completo, que estaba a punto de romperse en dos:

—¡Dámelo, Henry! ¡Dame tu leche! ¡Dámela toda!

Y Henry lo hizo, tras un grito feroz, atávico y bronco se vertió por

completo, mientras gritaba:

—Te quiero, te quiero, te quiero...

Al escuchar esas palabras, Kate se echó a llorar como una niña porque aquello era demasiado intenso...

Henry desbordado igual, no pudo evitar romperse también y que dos lágrimas enormes recorrieran su rostro.

¿Hacía cuánto que no lloraba? ¿Hacía cuánto que tenía bloqueadas sus emociones?

Qué más daba, pensó, lo importante era lo que Kate había logrado con su generosidad y su entrega...

—Dios mío, Kate, estoy llorando...

Henry se tumbó al lado de ella, que amorosa le retiró las lágrimas con los dedos:

—Como yo... Es que esto ha sido demasiado fuerte, por lo menos para mí.

—¿Y cómo crees que estoy yo que es la primera vez que dejo que mi corazón se abra de par en par? Siento si te ha molestado que te diga que te quiero pero es lo que siento.

—Exprésate, Henry. Llevas mucho contenido y tienes que sacarlo todo fuera. Como yo con mi sexualidad... He reprimido tantas cosas que me cuesta creer que haya sido capaz de llegar tan lejos.

—Pero aquí estamos... Llorando los dos...

Ambos se echaron a reír y luego volvieron a besarse dulce los labios:

—Después de orgasmar estás más guapa todavía y mira que es difícil estar más guapa. Pero te brillan los ojos y la piel la tienes como iluminada...

—Creí que no iba a poder dártelo todo, pero...

—Yo estaba convencido de que nunca iba a decir te quiero a una mujer y aquí estoy. La vida siempre nos sorprende ¿no crees?

Kate asintió mirándole con mucha admiración porque sabía que lo que

estaba haciendo ese hombre era muy meritorio. Abrir su corazón así, dejar atrás sus miedos, entregarse sin reservas, sin pedir nada a cambio, de esa forma tan incondicional, era sin duda admirable...

—Eres un gran tío, Henry Zank. Me siento muy orgullosa de ti.

—¿Y eso? ¿Qué es lo que he hecho para merecer tal orgullo? —preguntó él divertido, arqueando una ceja.

—Tener la valentía de abrir tu corazón ¿te parece poco?

—Es que tú mereces eso y más, Kate. Te lo mereces todo y si me dejas voy a dártelo.

—De momento, deja que me recupere de lo de hoy, que ha sido demasiado para mí...

Henry la abrazó cariñoso y replicó muy serio:

—Te dejo diez minutos...

Y los dos se partieron de risa... Una vez más...

Capítulo 33

Las dos siguientes semanas transcurrieron entre salidas los días libres a un restaurante, dos cines y una exposición de un pintor amigo de Henry.

Salidas de las que la madre de Kate tuvo puntual noticia porque se filtraron a la prensa rosa y salieron en las revistas de la farándula y en los programas de televisión.

De hecho, al día siguiente de la exposición, cuando Kate dormía apacible junto a Henry en su maravilloso apartamento, recibió la llamada de su madre:

—Katy, ¿acabas de ver el programa de Susie Cooper?

El programa de Susie Cooper era un magazine que tenía una sección de chismes que veía todo el mundo.

—No, mamá estaba durmiendo... —dijo desperezándose y arrepintiéndose por no haber apagado el móvil antes de irse a la cama.

—¿A las once de la mañana?

—Mañana libro y anoche me acosté tarde.

—¿Cuánto de tarde? Ponme la cámara, necesito ver que no estás en la cama de ese crápula.

Henry que acababa de despertar también escuchó a la voz de la madre y se tuvo que morder los labios para no partirse de risa.

—Mamá acabo de despertar, estoy horrible, déjate de cámaras. Me doy una duchita, desayuno y ya te llamo...

—Ay Katy, estoy muy preocupada, en el programa de Susie te han vuelto a sacar con ese hombre y dicen que vais en serio. Muy en serio. Incluso dicen que te podría haber pedido matrimonio, otros hablan hasta de embarazo...

—Jajajajajajaja. Mamá, no sé cómo sigues esos programas basura que solo venden morbo de la peor calaña.

—¿Te ha pedido matrimonio, Katy?

Kate miró a Henry y los dos estuvieron a punto de soltar una carcajada tremenda. Luego él le susurró al oído:

—Dile que no, pero que no tendría inconveniente en hacerlo. Te quiero, Kate Morgan.

Kate sintió un revoloteo de mariposas en el estómago, un vuelco extraño en el corazón, un quedarse de repente sin aliento y un temblor sutil, pero lo suficientemente intenso como para que sus ojos brillaran de una forma especial.

—Mamá, te repito que esas clase de programas solo dan información intoxicada —dijo, sin dejar de mirar a Henry que le acariciaba suave el vientre.

—¿Intoxicada? Pero si os sacaron juntos entrando y saliendo de la galería de arte, tú ibas cogida de su brazo y con una sonrisa que jamás te he visto, hija mía. ¡Estabas radiante colgada del brazo de ese sinvergüenza!

Henry tuvo que enterrar la cabeza en la almohada para no soltar una carcajada enorme.

—Iba de su brazo porque llevaba unos tacones enormes y no quería caerme. Fue algo práctico más que nada, y sí como ya te he dicho en las otras ocasiones que nos han sacado en prensa, a Henry y a mí solo nos une una relación laboral...

—Kate por favor, que no soy idiota. ¿Quién sale a cenar con su jefe? ¿O se va a ver obras de arte?

—Es que a raíz de esa relación, ha empezado a surgir otra de amistad.

—¡Hija me estás poniendo de los nervios! ¡El diablo no tiene amigos! Ese hombre lo que quiere es llevarte al huerto, si es que no te ha llevado ya y ahora mismo estás en su lecho después de haber pecado de lo lindo. Si es así, más te vale que vayas a confesarte y a misa de doce.

Kate miró a Henry conteniendo la risa y él susurró divertido:

—No se puede engañar a una madre, Kate. Eso es ley.

—Mamá, tú tranquila que yo estoy bien.

—¡No estoy nada tranquila! Y respóndeme alto y claro: ¿te gusta ese hombre? Y ojo a ver qué respondes que sabes que cazo al vuelo las mentiras.

Kate intimidada por las palabras de su madre, solo logró farfullar...

—Mamá, por favor, estoy recién levantada y esta conversación es de todo punto absurda.

—Uy, te niegas a responder... Tú estás enamorada hasta el tuétano de ese canalla. ¡Ay Katy, ay Katy, ay Katy! ¿Te has acostado ya con él? ¿O todavía estamos a tiempo de librarnos del apocalipsis?

—¡Mamá por Dios! ¡Deja de ser tan trágica!

—Eso es un sí... ¡Lo sabía! Y tú solo eres una muesca más en su revólver, ¿eso lo sabes, no? Porque aunque en los medios digan que nunca han visto a este hombre tan feliz y tan sereno, yo sé que la cabra siempre tira al monte. Katy tienes que volver a Chicago...

—Mamá, voy a colgar, necesito darme una ducha. Hazme caso, soy una mujer adulta y responsable. Todo está bien, así que tranquila, ¿de acuerdo? Luego seguimos hablando, un besito...

—No me calmo para nada y entiende que aunque seas adulta eres mi hija y mi obligación es protegerte. En fin, no quiero pecar de pesada, luego seguiremos hablando, que aquí hay mucha tela que cortar, querida Katy.

Kate colgó y los dos por fin se partieron de risa...

—Anda que si llega a enterarse de lo que pasó ayer en la exposición de arte —reflexionó Kate en voz alta.

—¿El qué? ¿Que nos metimos dentro de una escultura moderna, cilíndrica, con una portezuela de lo más tentadora que abrimos y acabamos haciendo el amor ahí mismo, en ese espacio reducido, de pie y totalmente apasionados?

—¡Las cosas que me haces hacer! Ni me lo recuerdes, ahora que lo pienso. La gente desde fuera contemplando la escultura y nosotros dentro haciendo cochinadas...

—Bien qué gozaste... Sentí tu orgasmo apretándome como nunca... —susurró Henry llevando la mano al pubis de la chica que estaba desnuda como él.

—Mi madre tiene razón, eres una pésima influencia para mí.

—No lo dudes, las madres siempre razón en todo. Como cuando ha dicho que estás enamorada de mí...

Kate clavó la mirada en el techo porque estaba sintiendo tal mariposeo en la tripa que se asustó.

—No quiero que mi madre se preocupe, pero la prensa rosa me lo está poniendo muy difícil.

—No cambies de tema. ¿Qué sientes por mí? —preguntó Henry, acariciándole la vulva que estaba empezando a humedecerse.

—¿No lo ves? Un deseo espantoso, soy arcilla en tus manos. Haces de mí lo que quieres.

Henry la tomó por la barbilla para que le mirara a los ojos y entonces le preguntó:

—¿Es solo deseo? ¿O deseo o algo más?

Kate suspiró, porque era obvio que ese deseo estaba pasando a ser algo mucho más profundo, que iba más allá de la mera admiración o la amistad. Pero de momento no quería ir más allá, no quería poner nombre a algo, aunque todo apuntara a que fuera amor...

—Hay algo más, Henry, y lo sabes. Lo sientes. Te miro y tienes que sentirlo. Hasta mi madre lo ve desde Chicago, claro que hay algo más. Cada día descubro cosas de ti que me gustan más, que me cautivan más, pero no quiero prisas, quiero ir poco a poco...

Henry la besó suave en los labios y luego susurró en su boca:

—Lo entiendo y lo respeto, preciosa. Perdona si te has sentido presionada con mis palabras...

—No, claro que no. No es presión, solo quiero que sepas que prefiero que todo transcurra de una manera serena...

—Así será, cielo. Quiero que estés bien, quiero que te sientas cómoda, quiero que expreses todo lo que tienes dentro.

—Gracias, Henry... —musitó ella, recorriendo los labios duros de ese hombre con la punta del dedo índice.

—Y ahora, si quieres, también podemos hacer el amor así, suave, despacio, cadencioso, dulce, como el bamboleo sutil de las olas un día bonito de sol.

—Sería algo sencillamente perfecto...

Kate con la mirada iluminada de deseo, le besó en la boca con todas sus ganas y luego Henry se puso un condón y se tumbó sobre ella, hundiéndose poco a poco en su humedad.

Y sí, hicieron el amor tal y como Henry lo había dicho, suave, despacio, dulce, tierno, hasta que juntos llegaron a un orgasmo que los dejó exhaustos, satisfechos y felices como no recordaban...

Capítulo 34

Y así, las semanas se fueron sucediendo, entre el trabajo y el placer, entre las duras jornadas en el club, las salidas de ocio y los momentos de locura total en las duchas después del gimnasio, en el reservado durante el tiempo de descanso o en la casa de Henry donde Kate se instalaba cuando libraba.

Y como quien no quiere la cosa llegó mayo y Central Park se puso precioso, tanto que una mañana que paseaban de la mano, Kate le confesó:

—Y yo que pensaba que me iba a costar adaptarme a Nueva York y resulta que no me importaría pasarme aquí toda la vida.

—Pásala, y si es conmigo mejor... —le dijo Henry, con una sonrisa enorme.

—Mi vida está en Chicago, se supone que estoy aquí para aprender y luego emprenderé el vuelo.

A Henry no le gustó para nada escuchar aquello y con el ceño fruncido, observó:

—Tú podías emprender el vuelo ahora mismo, en su día te lo dije y ahora te lo repito otra vez. Lo tienes todo para iniciar tu aventura empresarial, no sé a qué tienes miedo...

—No tengo miedo —replicó Kate a la defensiva.

—Me parece que tienes miedo a demasiadas cosas, Kate Morgan. Tienes agallas, pero tienes que superar tu vértigo a las alturas.

—No sé de qué estás hablando, Henry.

—Hablo de que tienes miedo a dar el salto en los negocios y con tu vida afectiva te está pasando igual. Lo tienes todo para volar y te niegas a hacerlo, tú sabrás las razones.

Kate se sentó en un banco porque esa conversación estaba tomando un cariz que no le gustaba demasiado:

—Mi experiencia en el club Zank me está sirviendo de mucho. Aprender un negocio desde la base debería ser obligatorio para cualquier emprendedor. Ahora sé que hay que cuidar cosas que antes ni se me pasaban por la cabeza. Detalles que marcan la diferencia y que hacen que seas el mejor. Todo eso lo he aprendido trabajando duro en la barra, poniendo copas, escuchando a los clientes, tomando nota de qué es lo que piden, qué necesitan, en qué se puede mejorar para optimizar más aún el negocio. Por cierto, te he redactado un informe que te pasaré mañana, pero necesito más tiempo, todavía me queda por aprender y no pienso irme hasta que lo haga. Así que estás equivocado, no tengo miedo...

—Te agradezco el informe que estudiaré a conciencia, pero podrías estar aprendiendo las mismas cosas con tu propio negocio.

—¿Y arriesgarme a que mis errores me cuesten caro?

—Ya sabes lo que dicen, quien no arriesga no gana.

—Prefiero ser prudente y lanzarme cuando esté preparada, que no darme un batacazo cuando yo soy la que pone el dinero.

—Así que se trata de eso, de prudencia... Conmigo te pasa lo mismo, supongo... ¿Es eso?

Kate le miró extrañada porque no tenía ni idea a qué se refería:

—Contigo voy despacio, es solo eso...

—No se puede nadar y guardar la ropa. Entiendo que dada mi reputación tengas determinadas cautelas, pero creo que hemos vivido ya las suficientes cosas como para que te abras mucho más a mí.

—Si te parece que no me he abierto poco... —bromeó Kate, con la vista puesta en una pareja de ancianos que paseaban de la mano.

—Sabes que no me refiero al sexo, me refiero a que podemos tener algo tan bonito como esa pareja que acaba de pasar, a que esto puede ser para siempre, Kate.

Kate tragó saliva porque era cierto que ese tema le costaba bastante abordarlo:

—Tú lo has dicho, puede ser, tiempo al tiempo...

—¿Tienes miedo a que te decepcione? Piensas que tu madre tiene razón y que la cabra siempre tira al monte, ¿es eso? ¿Temes que una vez que te abras a mí, te abandone? Me gustaría saber qué es lo que pasa por aquí —dijo tocándole la frente con el dedo índice—, pero sobre todo quiero que escuches a tu corazón —aseguró llevando la mano al pecho.

Kate al sentir la mano fuerte y ancha de ese hombre en el pecho, se erotizó de arriba abajo.

—Uf.

—Uf. ¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

—Uf, porque me has tocado y me he excitado, es horrible lo que me provocas. ¿Cómo puedes ponerme a mil con solo rozarme? —confesó avergonzada.

—Se llama química sexual y es algo maravilloso, una bendición que cualquier pareja desearía. No es nada horrible, Kate...

—Es una forma de hablar, sabes que me encanta el sexo contigo y solo contigo. Lo que me pasa estando en tus brazos es algo único y formidable.

—Y a mí igual, no quiero estar con nadie más que contigo. Para mí se acabaron los días de crápula, tú eres todo para mí, tú me llenas por completo, contigo no necesito más.

Kate como siempre solo tenía que mirarle a los ojos para saber que estaba diciendo la verdad. Y esa mirada era tan penetrante y tan sincera que los ojos se le llenaron de lágrimas de la emoción:

—No tengo miedo a que me engañes, sé que por alguna extraña razón deseas estar conmigo...

—¿Extraña razón? Jajajajajaja. Perdona, nena, pero esto es amor. Joder, te

amo, Kate Morgan. ¿Te quieres enterar de una vez de que te quiero con todo mi ser?

Kate se revolvió en el asiento muy incómoda, estaba feliz tras escuchar esa declaración, pero se sentía con una especie de ansiedad de lo más rara...

¿Qué coño le estaba pasando?, pensó. ¿Al final Henry tendría razón y aquello no era más que miedo?

—Todo el mundo advirtiéndome contra ti y resulta que te me enamoras... No, si las cosas que me pasan a mí desde luego que no le pasan a nadie.

Henry negó con la cabeza, la tomó de la mano y mirándola a los ojos dijo:

—Lo que te pasa a ti es lo que les pasó en su día a esa pareja de viejecitos que acaba de pasar, o a esos chicos que están comiéndose a besos detrás del árbol. Se llama amor, es un milagro, pero pasa todos los días. Tan solo hay que tener el coraje de abrir el corazón, nada más que se trata de eso.

Nada más y nada menos, pensó Kate. Y más abrir el corazón a alguien que acababa de llegar a su vida como quien dice... Porque ella con John había ido despacio, poco a poco, pero esta locura que estaba viviendo con Henry le tenía totalmente desbordada.

Estaba desatada sexualmente y para qué negarlo, su corazón también estaba latiendo muy fuerte por ese hombre al que solo tenía que mirar para sentir unas malditas mariposas en el estómago.

Y luego se entendían tan bien, a veces con tan solo mirarse, como si llevaran toda la vida juntos. Por no hablar de la cama donde tenían tal conexión que ya era hasta habitual que llegaran al orgasmo juntos...

Y también estaba su forma de ver el mundo tan parecida, con los mismos valores y principios, con ese amor por el trabajo duro, el esfuerzo, el sacrificio...

Los dos tenían ambición, sabían luchar con denuedo por lo que querían, así como también cuando tocaba divertirse también sabían hacerlo y a lo grande.

Y luego estaba el tema de la familia, ella también ansiaba un hogar, niños, perros, risas... Todo eso que Henry anhelaba era lo mismo que ella quería para su vida, pero...

Pero, pero, pero... Maldita palabra...

¿Y si después de todo tan solo se trataba como decía Henry de abrir el corazón y sentir?

Solo de eso...

Capítulo 35

Kate se quedó dando vueltas al asunto, porque le afectó mucho lo que Henry le había dicho sobre el vértigo, sobre ese supuesto miedo suyo a saltar. Pero obviamente a él no se lo dijo, se limitó a fingir que no le había afectado para nada, luego acudió al trabajo donde se empleó a fondo, cruzó intensas miradas con Henry que terminaron en sexo rápido y morboso en el reservado, si bien al llegar a casa el mismo tema volvió a su mente para torturarla.

¿Realmente qué le estaba pasando con Henry? ¿Era miedo o simplemente solo era que quería tomarse las cosas despacio?

Se tumbó frente a la televisión con un sándwich que se había preparado y lo primero que apareció fue la escena del beso desesperado de Casablanca cuando los protagonistas se reencuentran y no pueden reprimir por un instante más todo lo que sienten.

Conmovida hasta el tuétano, Kate tuvo que apagar la televisión y echarse a llorar como una tonta solo de pensar en que a ella lo que le aguardaba en un futuro próximo era también separarse de Henry.

Y es que al igual que Ilsa y Rick lo suyo estaba destinado a no ser...

Su vida estaba en Chicago y luego Henry era Henry Zank, bien era cierto que desde que estaba con ella había abandonado su vida disoluta, pero ¿quién podía asegurarle que la cabra no tiraba al monte?

Así que no le quedó más remedio que reconocer en la soledad de la noche, que Henry tenía razón, que después de todo lo que ella tenía era miedo a que ese hombre le destrozara el corazón.

Después de lo de John se había prometido a sí misma no volver a cometer más errores. Con él había cometido la gran equivocación de mantener una relación con alguien con el que no había pasión, cosa que sobraba con

Henry...

Pero con Henry corría el gran riesgo de que la traicionara, de que acabara siendo una cornuda y encima que se enterara todo el país...

La sola idea de abrir un día una revista y encontrarse a su pareja besando a otra en un coche o lo que es peor un video haciendo el amor al estilo Zank a la modelo de turno, le ponía los pelos de punta y le hacía reprimir todo lo que llevaba dentro y que era mucho.

Porque reconocía que cada vez sentía más por Henry y por supuesto que era amor, lo que entregaba cada vez que tenían sexo era mucho más que piel, era su alma, su corazón, su vida entera.

Pero ¿y si Henry se la arrancaba de cuajo? ¿Y si de repente todo lo bonito que tenían se esfumaba de un plumazo?

Y luego estaba lo de cambiar de ciudad, Nueva York era trepidante, cada día lo amaba más, pero su familia estaba en Chicago, sus amigos, sus sueños...

¿Por qué narices era todo tan difícil?, pensó en voz alta.

Y como si su amiga pudiera leer su pensamiento, justo cuando estaba inmersa en esos pensamientos tan angustiosos, recibió la llamada de Lorreine:

—Tía, ¿te molesto? Acabo de salir de una guardia, fíjate a qué horas y he visto que estabas conectada. Así que he dicho, voy a ver cómo está la chica más guapa de Nueva York...

—Fatal —confesó Kate, tumbándose en el sofá, como el que va a la consulta del psiquiatra.

—¿Qué ha pasado? ¿Problemas en el trabajo?

—No, todo bien. Pasa que lo de dejarse llevar con Henry se está complicando demasiado...

—Jajajajajajaja. Vamos, que estás enamorada hasta las trancas.

—Uf. Mira, siento cosas y cada día más fuertes, pero como él me ha

reprochado: tengo miedo. A él se lo he negado, pero amiga si escucho a mi corazón lo cierto es que tengo más miedo que vergüenza. ¡Joder, que me he enamorado de Henry Zank! Ay mi madre ¿he dicho enamorado? Es la primera vez que lo verbalizo... ¡Dios esto es peor de lo que pensaba! —aseguró Kate, estrujando ansiosa un cojín con la mano libre.

—Nena, nena, tranquila. Respira despacio que vas a acabar hiperventilando. No pasa nada, al contrario, es muy bonito.

—Sí, precioso. Menudo lío tengo en la cabeza... Esto es horrible, Lo. Él es un crápula, es mi jefe y encima es de Nueva York. Lo nuestro no puede ser, no puede ser, lo mires por dónde lo mires, es una puñetera locura.

—Kate eso es el amor. ¿O piensas que es un caminito de rosas, sereno y seguro?

—Pues sí, eso es lo que busco, un amor tranquilo y sosegado, con el que tener un proyecto de vida. ¿Tan difícil es?

—Eso lo tenías con John y te recuerdo que no funcionó porque no había magia, ni chispa, ni pasión, ni fuego ninguno. Te aburrías como una ostra y necesitabas marcha... Por eso rompiste y por eso estás en Chicago.

—¿Ah sí? —inquirió Kate pestañeando deprisa.

—Y resulta que en Chicago sin buscarlo has encontrado el amor, porque el amor es así, nena, lo dice todo el mundo pero es una verdad como un castillo. El amor aparece cuando menos te lo esperas, y mira tú por dónde tu amor es Henry Zank. Que sí, tía, que sí, que podía haber sido alguien con un pasado amoroso menos movidito, pero es lo que te ha tocado. Acéptalo de una vez y deja de resistirte, porque esto es como el sexo, cuanto más te cierras menos disfrutas...

—No me hables de sexo, que estoy que no paro, creo que me van a salir cuernos y rabos de tanto como pecho.

—¡Y yo a dos velas! Suertuda, cuánto te envidio...

—No, porque resulta que este tío se ha enamorado de mí, quiere que le abra mi corazón y Lorreine estoy muerta de miedo porque no le veo futuro a esto...

—Que sea tu jefe es una bobada, porque pasa todos los días que empleados y jefes se enamoren, además tú estás ahí para acabar montando tu negocio...

—Sí, esa es otra, Henry dice que con los negocios me pasa como en el amor, que tengo el mismo miedo. Que estoy preparada para lanzarme a montar mi propia empresa, pero que no me atrevo porque tengo pánico a saltar...

—Kate, no te enfades, ni pienses que hago de abogada del diablo, pero ese hombre tiene razón. Tienes tanto miedo al fracaso que te paralizas y no avanzas, y eso no es sano, hay que ir quemando etapas, eso es crecer. De lo contrario, te vas a estancar y vas a acabar convirtiéndote en una perfecta señorita amargada. ¿Quieres eso para tu vida?

—¿Me hablas de Henry o de mi proyecto empresarial?

—De tu vida entera, amiga. Solo te falta dar un empujón a todo y saltar, ya sé que da vértigo, pero la vida es eso, cariño.

—Es que podía haber sido un señor serio y formal de Chicago, ya sabes un médico o un arquitecto, el clásico que hace feliz a tu madre. ¿Pero te imaginas que llevo a almorzar a casa a Henry Zank y le digo a mamá que es mi novio? ¡La mato, Lo! Es que esto no puede ser... No puede ser...

—Si es el hombre que te hace feliz, tu madre tendrá que aceptarlo. Y si te toca hacer tu vida en Nueva York, con un tío espectacular por el que todas suspiran y que además está forrado de dinero, chica, pues mala suerte... —ironizó divertida.

—No te burles de mí, que aunque desde fuera parezca una tragedia ridícula del primer mundo, para mí es un drama en toda regla. Me he enamorado de un crápula de marca mayor que además no es ni de mi ciudad...

—Chica, ni que estuviera en Sidney, nosotras vamos a estar encantadas de ir a verte a Nueva York, tú por eso tranquila... Jajajajaja. Al contrario, ya tengo

la excusa perfecta para hacer escapadas locas.

—Tú sí que estás loca, aunque gracias a ti he conseguido decir en voz alta la palabra que tanto me cuesta: enamorada. ¿Pero cómo he podido ser tan idiota de pensar que podía acostarme con ese hombre y no acabar enamorada hasta que me duele?

—¿Tan pillada estás?

—Uf, cada día más. Además ese hombre es maravilloso, Lorreine, y cada día descubro algo nuevo que hace que me enamore más todavía. Es sensible, cariñoso, dulce, culto, educado, soñador, romántico, generoso y...

—Te pone como nunca nadie en la vida te puso...

—No es que tengamos chispa, es que cada vez que nos miramos ardemos como piras. Lo hacemos sin parar, pero es que luego nos ponemos a conversar y congeniamos a la perfección. Parece que lo hubiesen diseñado a medida para mí...

—Es el destino, nena. Ese hombre está destinado para ti...

—¿Y si yo no le basto? ¿Y si un día se cansa y vuelve a las andadas? Me da tanto miedo eso, Lo...

—El amor verdadero se basta a sí mismo y es para siempre. O eso dicen, yo todavía no lo he encontrado, pero quiero creer que es así. Así que, escucha a tu corazón, si sientes que es amor, cree y confía, porque solo pueden pasarte cosas buenas...

Capítulo 36

Kate se pasó la noche en vela reflexionando y sobre todo escuchando a su corazón, como su amiga le había dicho, escuchándolo por primera vez con el coraje suficiente como para encarar la verdad.

Y la verdad era solo una: amaba a Henry con todas fuerzas.

No había más, a pesar de que llevaban poco tiempo juntos, a pesar de su pasado crápula, a pesar de que era su jefe, a pesar de que estaba de paso por Nueva York, le amaba y no había nada más que hacer.

O mejor dicho, faltaba por hacer lo más importante que era abrir su corazón a ese hombre por el que no dejaba de sentir y cada día más profundo.

Por eso, tras darse una buena ducha, desayunar fuerte, arreglar la casa, estudiar un par de manuales financieros, rematar el informe y almorzar una lubina que le salió deliciosa, se echó la siesta y se presentó con su mejor sonrisa y el corazón latiéndole a mil en el gimnasio, dispuesta a sincerarse de una vez para todas.

Durante la mañana había intentado contactar con Henry y no lo había logrado, le había enviado también unos cuantos wasaps, y solo había recibido un escueto:

Luego hablamos...

Pero Kate no le dio importancia, porque ese hombre estaba siempre tan atareado que hasta cierto punto le pareció de lo más normal.

Sin embargo, no lo era porque cuando vio la cara de circunstancias que Henry tenía en la puerta del gimnasio, supo que algo no iba bien.

—Buenas tardes, Henry. ¿Pasa algo? —preguntó tras darle un pequeño beso en los labios que él recibió de una forma extraña, como si lo rechazara.

—Pues sí, Kate. Pasa algo...

Kate pensó entonces que tal vez era algo relacionado con la empresa, tal vez problemas con un proveedor, o alguna contrariedad con un cliente importante... Algo así...

—Seguro que acaba arreglándose, por mi parte yo vengo con algo muy importante que decirte —dijo emocionada con una sonrisa enorme.

—Kate esto que ha pasado es grave —anunció muy serio, apretando fuerte las mandíbulas.

—No me asustes... —musitó llevándose la mano al corazón—. ¿De qué se trata?

Henry se mordió los labios, y con la mirada cargada de tristeza, replicó:

—De ti.

A Kate le dio un vuelco al corazón, que Henry le dijera eso con esa mirada tan afligida solo podía ser una cosa:

—Ya te has hartado de mí, ¿es eso, no? Es lo que decía mi madre, la cabra siempre tira al monte. No en vano, es lo que tú dices siempre: las madres siempre tienen la razón.

Henry resopló, se echó el pelo para atrás muy angustiado y, con los ojos llenos de lágrimas, habló:

—Yo te amo, pero ha pasado algo que atenta contra mis principios más sagrados. Sabes que detesto la mentira, Kate...

—Yo también la detesto...

—Linda me ha contado que lleva desapareciendo dinero de la caja desde que llegaste, pero justo hoy han encontrado en el bolsillo del vestido que te pusiste tu último día de trabajo los 2000 dólares en billetes grandes que justamente faltaban en la caja ese mismo día.

Kate sintió una náuseas horribles y un ligero mareo que combatió respirando hondo y diciéndose a sí misma que todo estaba bien:

—Mira esto es todo un malentendido...

—También te acusa de usar la ropa de trabajo para tus momentos de ocio. Al parecer todos los vestidos que llevabas a tus citas conmigo son de los que nos prestan las casas de moda...

—Obviamente, en mi armario no hay ropa *sexy* de nueva colección de Prada, Dior o Gucci... Todo es del ropero del club Zank...

—¿Por qué me mentiste, Kate? —preguntó enojado, apretando fuerte los puños.

—¿Mentir? ¿Pero cómo pudiste pensar que esa ropa era mía? Yo solo tengo ropas sobrias, fue Michael el que me dijo que podía llevármelas prestadas, que como iba a salir en prensa seguro que las marcas estaban encantadas con que las luciera.

—¿Qué? ¿Tú la chica normal de Chicago, la que estaba ajena a los focos y a la farándula, preocupada por lo que ponerse para salir en prensa?

—No, perdona, te repito que fue Michael el que insistió en que me lo pusiera y para convencerme me dijo eso.

—Nadie puede ponerse la ropa que prestan las marcas fuera del local, son las normas, Kate y todo el mundo debe cumplirlas.

—Lo sé, pero como Michael me dijo que no había problema, pues me lo puse. No creo que sea tan grave...

—Para mí sí que lo es. Contravenir las reglas del club Zank es una falta grave y robar es ya... Repugnante. Me has decepcionado profundamente, Kate —dijo enojadísimo—. Eres una completa decepción de mujer.

Kate con los ojos llenos de lágrimas y dolida al extremo por sentirse prejuzgada, replicó:

—Ni siquiera me concedes el beneficio de la duda... Yo tampoco esperaba semejante cosa de ti, Henry Zank.

—¿Duda? Ojalá tuviera alguna duda, pero Linda me ha enseñado los vestidos y después el hallazgo del dinero. Tú fuiste la última persona que se

puso ese vestido...

—Esto es el colmo. Todo el mundo sabe que esa mujer me detesta, pudo poner el dinero perfectamente ahí para implicarme en algo asqueroso. Por Dios, Henry, créeme, en mi vida he robado nada. ¡Ni una golosina en la tienda de caramelos cuando era una cría! —exclamó con dos lágrimas enormes recorriendo su rostro.

—Linda asegura que tú fuiste la última persona que entró a la sala de la ropa cuando dejaste el vestido, luego se cerró con llave y esta mañana Jane ha sido la primera persona que ha entrado a probarse unos trajes y ha encontrado el dinero.

—Esto no tiene ni pies de cabeza, si fuera una ladrona ¿iba a dejar el dinero olvidado? ¡Henry por favor que te tengo por alguien inteligente!

—¿Y si es tu modus operandi? Dejas el dinero por la noche, lo coges cuando vienes al gimnasio y después lo ingresas en el cajero... En el tiempo que dices que sales a comprar algo...

—¡Dios mío, Henry! ¡La crees a ella! —exclamó Kate echándose las manos a la cara de la desesperación.

—Creo en los hechos, primero los vestidos y luego ese dinero que Jane encontró en el vestido que te pusiste anoche. ¿Jane también te odia?

—Te aseguro que todo esto es un error.

—Ojalá que lo fuera, pero todo apunta a que es lo contrario. ¿Por qué lo has hecho Kate? ¿Por qué coño has traicionado de esta forma tan repugnante la confianza que había depositado en ti?

—Lo de los vestidos fue porque tenía la autorización de Michael. Y en cuanto al dinero, te juro que no he cogido ni un céntimo de la caja. Es todo una treta de Linda para apartarme de ti. Ella está enamorada de ti y no soporta lo que hay entre nosotros.

Henry miró a esa mujer que de repente ya casi que ni conocía, pues lo que

había sucedido le había roto todos los esquemas y le tenía tremendamente enojado:

—Solo sé que tu comportamiento deja mucho que desear, Kate Morgan.

—Mírame a los ojos, tú sabes bien que nos comunicamos con tan solo mirarnos, así que mírame bien y dime si ves que te estoy mintiendo...

—¿Te estás burlando de mí? —replicó Henry, airado—. ¡Te pusiste esos vestidos, válgame el cielo!

—Sí, ya te dije por qué, pero lo del dinero que es lo que me duele... Dime, ¿crees de verdad que he sido capaz de coger dos mil dólares y tener la cara dura de guardarlos en el vestido?

Henry miró a esa chica con la que se había abierto como nadie y sintió tal punzada de decepción y tristeza en el corazón que solo pudo mascullar:

—¡Maldita, sea! ¿Por qué me has hecho esto, Kate?

Capítulo 37

Kate sin dar crédito, sin entender cómo lo que iba a ser un día perfecto se había convertido en una terrible pesadilla, habló:

—Perdona, eres tú el que me acusas de ser una mentirosa y una ladrona. Yo no te he hecho nada...

—Me has roto el corazón, ¿te parece poco? Yo me abrí a ti por primera vez en la vida y resulta que te importaba una mierda. ¿Para qué follabas conmigo?

—Por favor, Henry, te estás equivocando... —balbuceó Kate con dos lágrimas enormes recorriéndole el rostro.

—Y yo, como un cretino, creyendo que si no te abrías a mí era porque necesitabas tiempo... Qué necio fui... Pensaba que había encontrado a la mujer de mi vida y resulta que he sido un juguete en tus manos. ¿Qué querías un maestro en el arte del placer? ¿Alguien que te follara de todas las maneras posibles? ¿Estabas harta de ser una niña buena y decidiste empezar a ser mala con el más canalla de los hombres? ¿Era eso, Kate?

—¿Sabes que esta tarde venía con la intención de decirte que te amaba? ¡Pero te lo has cargado todo con tu desconfianza! —le reprochó Kate muy enfadada.

—¡Hechos, nena! Hechos y nada más...

—Te juro que no he robado dinero de la caja, que no sé cómo ha llegado ese dinero al vestido pero seguro que tiene una explicación. Habla con Michael por favor, él te confirmará lo del vestido y seguro que sabe la razón por la que ese dinero está ahí...

—Michael está de vacaciones, estará fuera toda esta semana y no hay manera de contactar con él.

—¿Cómo? No me dijo nada...

—Ha sido una sorpresa, Peter me pidió que les diera una semana libre, necesitaban estar a solas unos días para dar rienda suelta a su amor. Están muy enamorados...

—Ahora lo entiendo todo, esa víbora ha aprovechado su ausencia para montar toda esta trama de terror...

—Es imposible que Linda haya podido tramar nada en tan poco tiempo. Anoche se enteró de que se iban...

—Tiempo suficiente para poner ese dinero ahí... Dios mío, Henry, me duele tanto que la creas a ella antes que a mí. No me esperaba esto de ti... —musitó Kate que estaba rota de dolor.

—¿Y crees que yo esperaba todo esto de ti? ¿Qué necesidad tenías de ponerte esos vestidos y de meter la mano en la caja? Yo te lo habría dado todo si me lo hubieras pedido, todo... La luna incluso... Todo. Joder, Kate, pero ¿qué mierdas has hecho? Anoche mismo le hablaba a Peter de lo felices que somos nosotros también, que ojalá que pronto nos pudiéramos escapar los cuatro a algún sitio exótico... Y ahora me encuentro con esto... Mientes, y si mientes en esto en qué no más lo harás... Dices que esta tarde venías a decirme que me amas ¿cómo puedo creerte después de esto?

Kate se echó la melena hacia atrás, se retiró las lágrimas con los dedos y replicó con una pena infinita:

—La que ha perdido por completo la fe en ti soy yo. Qué triste porque sabes que estuve reflexionando y concluí que tenías razón, que tenía mucho miedo a amarte dada tu maldita reputación. Me daba pavor entregarte mi corazón y que luego acabaras traicionándome con cualquiera.

—Eso no habría pasado jamás...

—Ja. No me hagas reír. Mira lo que ha pasado ahora mismo, en vez de escucharme te pones del lado de Linda. No sé qué es peor que te hubieras follado a otra o que confíes ciegamente en ella...

—Me pongo del lado de la verdad.

—Lo que te dice Linda que es la verdad. ¡Por Dios, Henry, soy una persona honrada!

Henry la estrechó contra su cuerpo y luego le preguntó muy ofuscado:

—¿Por qué lo has hecho, Kate? ¿No te bastaba con robarme? ¿Por qué también tenías que hacer trizas mi corazón? Cuando lo hacíamos te miraba y veía mucho más que deseo, por eso te dije que nunca habíamos follado, pero ahora te miro y...

—¿Qué? —inquirió Kate con dos lagrimones recorriéndole el rostro.

—Pienso que estabas en lo cierto, no fueron más que polvos. Polvos como los que tengo cuando quiero y cómo quiero. Solo fue piel, Kate, solo fue placer, solo gozamos al máximo de nuestros cuerpos y nada más...

—No sabes mentir, Henry. Yo sí confío en ti y sé que estás mintiendo, entre nosotros no hubo solo sexo y tú lo sabes.

Henry la miró y, a pesar de la terrible decepción, sintió unos deseos infinitos de besar esa boca que le volvía loco, de hundirse dentro de ella y vaciarse gritando su nombre...

—Qué importa ya...

Kate sintió la potente erección empujando contra su pubis y solo pudo responder:

—Veo lo poco que te importa...

—Es solo sexo, podría follarte ahora mismo, pero no sería más que eso...
Ya no...

—Estás siendo muy cruel conmigo, Henry.

Henry colocó un dedo en los labios carnosos de la joven y repuso:

—Podría besar esta boca preciosa, podría follarla hasta que me corriera en el fondo de tu garganta, pero ya no quiero nada más contigo, Kate Morgan.

—¡Cerdo! ¡Eres un grosero de mierda! —gritó Kate apartándose de él.

—Linda quería que te denunciara, que tu expediente quedara tan manchado que no volvieras a encontrar un maldito trabajo el resto de tu vida. A la gente no le gustan las ladronas... Pero he pensado en tu madre y no se merece tal deshonor, ella no tiene culpa de la hija tan mentirosa, ladrona y manipuladora que tiene...

—Cómo me alegro de haber visto tu verdadero rostro, Henry.

—Cómo me alegro de que Linda me haya abierto los ojos y me haya ahorrado tanto sufrimiento. Yo te quería como madre de mis hijos, ¡y mira con lo que me encuentro! Una mujer que me roba a mis espaldas y que me utilizaba para liberarse sexualmente.

Kate se sintió tan mal al escuchar esas palabras que se apartó con rabia las lágrimas y le espetó:

—¿Sabes qué? Yo también me alegro de que Linda me haya apartado de ti con su burda mentira. Porque yo no quiero a mi lado un hombre que no confie en mí. Estoy rota de pena porque lo creas o no te amaba, Henry Zank... A pesar de todo, decidí ir más allá de todas las resistencias y miedos y hoy venía con la intención de decirte que por fin me sentía preparada, que estaba dispuesta a luchar por lo nuestro, que quería un futuro contigo y que iba a ser muy bonito...

Henry estaba tan enojado, tan decepcionado, tan roto también que esas palabras solo hicieron acrecentar el dolor:

—Si de verdad me quisieras, no habrías hecho esto.

—Solo sé que Michael volverá de vacaciones y sabrás la verdad. Una pena que para entonces yo ya esté demasiado lejos. Porque este es el final, Henry. No quiero volver a verte más en mi vida... —dijo con tal pena en el corazón que no podía ni respirar.

Henry sintiendo una garra en el pecho, solo pudo farfullar:

—Ni yo tampoco.

—Sigues mintiendo, pero ya me importa una mierda.

—En cuanto regrese Peter te enviaremos el finiquito.

—Métetelo por dónde te quepa, o mejor tómate un copa a mi salud y la otra bébela del coño de la primera que se te ponga a tiro —soltó llena de rabia y dolor.

—Hay que ser elegante hasta en las despedidas, Kate. No te pega para nada ser tan vulgar.

—Ni a ti tan cínico, ni tan traidor, ni tan cobarde. Me has decepcionado tanto, Henry. Estaba dispuesta a todo contigo, a pesar de todo, estaba lista para saltar de tu mano y al final has resultado mucho peor que la fama que te precedía... Eres un completo fiasco de ser humano y ya solo me das asco...

Kate miró por última vez llena de enojo y de pena a ese hombre y se marchó de allí con la intención de no volver a verlo nunca más.

Capítulo 38

Los días siguientes Kate se los pasó encerrada en su apartamento, mientras fingía ante las videoconferencias con su madre que estaba pasando por una gripe malísima.

Lo cierto era que tampoco tenía que esforzarse mucho por fingir dado cómo tenía los ojos de hinchados y la nariz de enrojecida de tanto llorar sin consuelo...

Bueno, a decir verdad, algo de consuelo le daba su amiga Lorreine desde Chicago, que no paraba de animarla ni un solo día...

—Vamos, nena, arriba ese ánimo que ya queda muy poco para que regrese Michael... —le comentó Lorreine cuando ya solo faltaban dos días para que él regresara de sus vacaciones improvisadas.

—Su vuelta no va a cambiar nada lo que siento. Aunque la verdad salga a la luz, lo mío con Henry está roto para siempre. Jamás le perdonaré que haya creído antes a la víbora que a mí... Jamás. Y luego las cosas que me dijo tan horribles, Lo. Me trató como a una más, como una de esas guarras con las que retoza en su reservado de mierda...

—Solo espero que con la llegada de Michael todo se esclarezca.

—Yo ya no espero nada. Solo quiero olvidar esta pesadilla y empezar de cero. He estado pensando mucho estos días aparte de llorar y creo que si algo puedo sacar en claro de la maldita relación con ese cerdo es que tenía razón en que estoy más que preparada para volar sola.

—Oh, Kate, eso suena muy bien...

—Todos los días cuando acudía al club de ese cabrón pasaba por un local que estaba cerrado pero que está muy bien situado. En pleno Soho, en una calle con mucho carácter y con el suficiente espacio como para montar un

restaurante con encanto que te juro que lo va a petar.

—Jajajajajaja. Esa es mi chica, ¡con un par!

—Me he pasado los días en el club de ese canalla escuchando a los clientes, sé perfectamente lo que quieren y yo se lo voy a dar. He contactado con un chef joven francés con estrellas Michelin y le he contado mi proyecto...

—Kate eso es estupendo...

—Vamos a asociarnos. Se llama Pierre y encima está buenísimo...

—Si lo que buscas es matar de celos a Henry, lo vas a conseguir.

—No, solo quiero olvidarle. Nada más. Lo de que está bueno te lo cuento como detalle, nada más...

—Kate a ti te gusta, Henry. Es una pena que después de todo lo que habéis vivido, lo vuestro se vaya a la porra por culpa de esa tía asquerosa.

—No, perdona, se ha ido la mierda por culpa de él, que no ha creído en mí. Tía, es muy fuerte, ¡acusarme de ladrona!

—Es que Linda lo manipuló como quiso, ponte en su lugar por un momento, amiga. Imagina que te pasa a ti eso, ¿no dudarías?

Kate lo tenía tan claro que sin pensarlo replicó:

—Ni un ápice, yo por mi gente voy a muerte. Por eso estoy tan dolida y por eso sé que jamás le voy a perdonar.

—Todos cometemos errores, Kate.

—Sí, pero hay errores y errores y este es de los imperdonables.

—Hacíais tan buena pareja, es que es una pena que algo que era tan bonito se arruine por una tercera persona.

—Esto solo ha servido para darme cuenta de que no le importaba tanto como decía. Fíjate cómo es la cosa que estoy dudando si no fui una conquista más, un polvo como cualquier otro como me dijo el día que nos enfadamos... Me hizo sentir tan sucia...

—Estaba enfadado, no creo que sintiera lo que decía, es que esto que os ha

pasado es tan triste. Solo espero que tenga arreglo, tengo puestas todas mis esperanzas en Michael.

—Yo lo único que espero es emprender mi proyecto y olvidarme de ese tío para siempre. El lunes tengo cita con un banco para solicitar un crédito y el martes viene Pierre desde París para reunirse conmigo. Necesito concentrar mis energías en el trabajo...

—¿Tu madre qué dice?

—Uf. De momento le he dicho que tengo gripe, luego le seguiré mintiendo y le diré que tenía razón. Que Henry era un canalla y decidí salir por piernas...

—¿Y cuando te reconcilies con él y te lo lledes a almorzar a casa cómo lo vas a hacer después de esos antecedentes?

—Eso no va a pasar, en serio, no voy a ver a ese hombre en mi vida. Le detesto como a nadie en el mundo. Lo que ha hecho es imperdonable...

—Pero lo que habéis vivido juntos es único. Y tú lo sabes, dudo mucho que esto haya acabado aquí...

—La decepción es tan grande, amiga, que te digo yo que sí. Estoy ya no tiene arreglo...

—Yo prefiero ser optimista y pensar que todo tiene arreglo menos la muerte...

—Tú sé lo que quieras, Lo, pero yo voy a empezar a hacer mi vida sin Henry Zank. El hombre que espero olvidar muy muy pronto...

Las amigas colgaron y Kate se entregó a fondo a trabajar en el plan de viabilidad del negocio nuevo.

Era la única forma que tenía de no pensar en Henry, de no pensar en sus sucias palabras, de no sentir esa mirada de decepción y rabia clavada en la suya.

Pero claro, luego llegaba la noche y a pesar de que se negaba a pensar en él, los sueños le traicionaban de la peor manera posible y ese hombre al que

anhelaba olvidar se colaba en ellos y de la forma más ardiente.

Como esa noche en la que soñó que Henry entraba en su cama, se hundía por completo en su interior y hacían el amor apasionados y salvajes, hasta arrancarse tales orgasmos que hasta las paredes temblaban.

Luego, se metían en una bañera enorme y gigante, donde tras besarse dulces y abrazados, se secaban con unos albornoces esponjosos y se sentaban a charlar de cosas intrascendentes frente a la chimenea.

Así hasta que Henry decidió interrumpir la cháchara para desabrocharle el albornoz y lamerle los pezones duros, bajar hasta el vientre y finalmente devorar su sexo hasta hacerle sucumbir a un nuevo orgasmo.

Luego, todavía jadeante, la levantó, la empujó contra una mesa de cristal y sus pechos y vientre quedaron aplastados contra ella. Entonces, sintió la punta mojada sobre su pequeña estrechez y luego una embestida brutal que le hizo gritar de puro placer.

Así, Henry comenzó a penetrarla duro, llevándola a ese punto que está más allá de todas las sensaciones posibles y que no puede ni describirse. Y así siguió haciéndole el amor hasta que no pudo más, se salió de su interior, la levantó de la mesa y ella cayó de rodillas ante él para suplicarle que le diera todo lo que tenía para ella.

Y Henry lo hizo, se corrió en sus pechos y en su cara, dándole absolutamente todo.

Entonces, fue cuando ella lloró y gritó:

—Te amo, Henry, te amo...

Y él respondió...

—Y yo, Kate, para siempre.

Kate entonces se llevó la mano a su sexo, mojadísimo, y cuando estaba a punto de replicarle algo a Henry, se despertó con la respiración acelerada y la mano en el pubis.

Era todo un sueño, solo era un sueño, pero estaba tan excitada, con el cuerpo desnudo sudoroso, los pezones duros, y el sexo húmedo, que no le quedó más remedio que meterse un par de dedos para calmar ese ardor.

Pero le supo a tan poco, que cogió el consolador que su amiga le había regalado y con él clavado hasta el fondo, solo tuvo que tocar un poco el clítoris para correrse mientras solo podía gritar:

—Henry, Henry, Henry...

Y entonces lloró, lloró como no se había permitido hacerlo hasta ese momento, sin parar, con todas sus ganas, con todas sus fuerzas.

Y luego volvió a masturbarse otra vez, con esa cosa de plástico llenando el vacío que Henry había dejado, hasta que se corrió de nuevo y cayó presa de un sueño profundo...

Capítulo 39

Henry no lo estaba pasando mucho mejor, la ausencia de Kate le dolía tanto que no paraba de masturbarse pensando en ella. Incluso en sueños seguía besándola, acariciándola, amándola de esa forma tan especial que le había marcado a fuego y para siempre.

Pero sus malditos principios estaban ahí, señalándole el camino desde siempre y la mentira era una de las cosas que no podía tolerar.

Aquello le dolía en el alma pero sentía que había hecho lo correcto, al menos eso creía hasta que Michael y Peter volvieron de vacaciones y supieron de lo sucedido.

Michael por supuesto al momento avaló la versión de Kate de los vestidos porque era la pura verdad, él le había dado el ok para que se los pusiera. Y ahí Henry se sintió fatal, pero cuando ya se terminó de desmoronar por completo fue cuando al día siguiente Michael le contó que había estado hablando con Jane y le había confesado toda la verdad...

—¿Qué verdad, maldita sea? ¡Habla de una vez, Michael! —le exigió Henry echando chispas por los ojos.

—La verdad es que Jane pilló a Linda poniendo el dinero en el vestido que había usado Kate.

—¡Dios mío! —exclamó Henry apretándose la cuenca de los ojos con los dedos.

—El novio de Jane no tiene papeles y Linda la amenazó con denunciarlo si confesaba lo que había visto. Me lo acaba de contar bañada en lágrimas, dice que estaba muerta de miedo, que por eso mintió...

—¡Hija de puta! ¡Pero cómo ha podido hacernos esto! —exclamó dando un fuerte golpe en la mesa.

—Por celos, Linda está enamorada de ti y como estaba viendo que lo nuestro iba en serio, decidió pasar a la acción.

—¡La he cagado pero bien cagada! Kate jamás me va a perdonar por esto... —comentó Henry, cayendo derrotado en su silla de cuero.

—Pues sí, la has cagado y mucho, pero en el fondo todos sois víctimas de Linda. Tienes que hablar con Kate y pedirle que vuelva...

—Se fue diciéndome que no quería saber de mí y bien merecido lo tengo. Además le dije cosas horribles, la traté como una cualquiera, fui un ser despreciable. Y encima he traicionado su confianza... La he perdido para siempre, Michael.

—Por lo que conozco a Kate, sé que tiene un corazón noble y generoso. Habla con ella y confía... Creo que los dos sentís algo que es tan fuerte que podrá superar algo como esto. El amor a veces tiene que pasar pruebas y si es amor de verdad lo vencerá todo...

—La he fallado, maldita sea... Yo soy el que no paso ninguna prueba. Como ella me dijo soy un fiasco de ser humano... —dijo a punto de llorar.

Michael sacó su teléfono móvil, marcó el número de Kate y cuando descolgó, habló:

—Kat, soy yo, te llamo con mi número porque si te llama el jefe con el suyo supongo que no le vas a coger. Te lo voy a pasar porque tiene algo importante que decirte...

—¿Pretendes pasarme a Henry? ¡Ni de coña! No quiero saber nada de ese cerdo, cabrón, cretino, miserable, asqu...

—Hola, Kate... —musitó Henry abatido, después de que Michael le pasara el teléfono.

—No quiero hablar contigo... Te odio. ¿Te queda claro?

—Me queda claro y lo merezco, pero te llamo para pedirte perdón. Michael me contó lo de los vestidos y además ha descubierto que Linda fue la que puso

el dinero en el bolsillo de la prenda que usaste. Lo vio todo Jane, pero la amenazó para que no dijera nada... Hoy ha contado la verdad y estoy desolado. No tengo ni derecho a pedírtelo, pero perdóname por todo. Perdóname Kate...

Kate, que estaba llorando como una magdalena, apenas pudo farfullar:

—¡Vete al infierno, Henry Zank!

Y luego colgó, para romper a llorar desconsolada...

Henry por su parte se mordió los labios de puro dolor y le pidió a Michael:

—Dile a Peter que eche ahora mismo a esa víbora, así como también quiero que la denunciemos por las falsas acusaciones y las amenazas. Pídele que contrate al mejor abogado, quiero hundirle la vida como ella ha hundido la nuestra. ¿Me oyes?

—Lo siento mucho, Henry.

—Gracias por destapar todo el pastel y ahora déjame solo por favor...

Nada más quedarse solo, Henry se desmoronó y rompió a llorar desconsolado, se sentía tan mal que hasta tenía ganas de vomitar, de romperlo de todo, de gritar al mundo entero lo mucho que amaba a Kate y lo imbécil que había sido por haberla perdido.

Porque estaba claro que esa mujer no quería saber nada de él y bien merecido se lo tenía por haberla prejuzgado, por no haberle concedido el beneficio de la duda, por haber sido tan necio de dejarse manipular por Linda.

¿Cómo no se había dado cuenta de que esa mujer solo quería separarlos? Y mira que Kate se lo había advertido, pero él se negaba a creerlo. Llevaba tiempo trabajando con Linda y le parecía una mujer seria y profesional, incapaz de hacer algo tan mezquino por celos.

Menos mal que Michael había sabido abordar el asunto con la inteligencia y tino que a él le habían faltado y había logrado llegar a la verdad.

De lo contrario, habría cometido la mayor injusticia de su vida con alguien

por la que estaba dispuesta a dar la vida entera.

¿Pero cómo podía haber cometido semejante pifiada? Y justo el día que Kate había decidido abrir su corazón, confiar en él, abrirse por completo...

Ella se lo estaba dando todo y ¿él qué hacía? Traicionarla de la forma más ruin...

Henry abrió el minibar de madera de roble, sacó una botella de whisky gran reserva y se sirvió un trago que pasó del tirón.

Se sentía una auténtica mierda, tan horribilmente mal, que se sirvió otra copa que trasegó de la misma forma.

Soy pura escoria, pensó, mientras se limpiaba los labios con el dorso de la mano y sentía en lo más profundo de su ser que se merecía el desprecio más absoluto de Kate y la infelicidad de por vida, porque estaba seguro de que su destino era ella y sin ella no había más que oscuridad.

Desesperado, dio un golpe fuerte en la mesa y entonces de la estantería se cayó un libro que le había regalado un cliente, un psicólogo que escribía libros de autoayuda y que se abrió por el capítulo 7, que curiosamente se titulaba: *El coraje de atreverse a pedir perdón*.

Henry detestaba ese tipo de literatura, la consideraba basura para débiles de espíritu, de hecho aquel libro que el cliente le regaló firmado, ni siquiera lo había ojeado, tan solo se había limitado a aceptarlo por cortesía y dejarlo olvidado en la estantería. Si bien, que se hubiese caído ese día y que se hubiera abierto justo por esa página, solo podía ser una señal.

Y aunque él no creyera en esas cosas, que también consideraba pamplinas para pobres de espíritu, Henry se retiró las lágrimas de los ojos y se puso a leer el capítulo que hablaba de algo que él no merecía.

Se había portado fatal con Kate, la había humillado, despreciado, prejuizado... ¿Cómo iba a ser digno de su perdón?

De todos modos, siguió leyendo el capítulo de ese manual de autoayuda en

el que hablaba de aceptar que no somos perfectos, del autoperdón, de la reparación del daño, de la humildad, de la generosidad y de la necesidad final de pedir perdón para cerrar las heridas.

Tras leer aquello, Henry pensó que estaba muy bien en teoría pero que la práctica era otra cosa... Y dolía... dolía terriblemente... Reconocer, aceptar, el autoperdón, la generosidad, la humildad...

Todo requería un proceso y un esfuerzo titánico que en aquel momento le pareció imposible.

Con todo Henry continuó leyendo y cuando acabó el capítulo, empezó a llover en Nueva York, una lluvia densa y fría que le hizo sentirse mucho peor.

Destrozado por todo lo sucedido, sintió que jamás iba a perdonarse a sí mismo haber cometido semejante error, así que qué derecho tenía a pedirle a Kate que le perdonara el suyo.

Si bien, después de cavilar durante un buen rato a la luz de lo que había leído, llegó a la conclusión de que necesitaba que Kate supiera que estaba dispuesto a reparar el daño cometido por su error imperdonable, costara lo que costase...

Y para ello, no se le ocurrió nada mejor que plantarse en su casa y rezar para que quisiera escucharle...

Capítulo 40

Cuando dos horas después, Kate recibió la llamada de Henry estuvo a punto de lanzar el teléfono contra la pared al comprobar que era su número.

¿Pero cómo todavía se atrevía a llamarla después de lo que había sucedido?

Enojadísima dejó que el teléfono sonara hasta que se cortó la llamada, pero Henry insistió una vez, y otra vez más, para crispación de Kate que furiosa descolgó el teléfono:

—¿Qué es lo que no has entendido de no quiero volver a saber nada de ti?

—He sido un completo gilipollas y aunque no merezco tu perdón, al menos déjame que repare el daño que te he hecho —suplicó Henry con un nudo en la garganta.

—No tienes que reparar nada, solo quiero que desaparezcas de mi vida para siempre. ¿Estamos?

—Kate entiendo tu enfado y entiendo que no quieras volver a saber nada de mí, pero al menos déjame que haga algo para paliar el dolor que te he causado. Se me había ocurrido financiar a fondo perdido tu emprendimiento, se me había ocurrido alquilarte un bonito apartamento en la mejor de zona de Manhattan, no sé, pide, lo que quieras...

Kate más enojada todavía replicó echando humo hasta por las orejas:

—¿Crees que todo se puede comprar con dinero? Pues no, señor Zank, las cosas que importan en la vida no se pueden comprar con dinero. A ver si aprendes esa lección básica de una vez.

—Tienes toda la razón, pero no sé cómo hacer para reparar la injusticia que he cometido contigo. Yo te pediría que volvieras al trabajo, que ocupes el puesto de Linda, o el que quieras... Pero...

—Ni loca vuelvo al club Zank...

—¿Crees que algún día podrás perdonarme? —preguntó él desesperado.

—Te has cargado todo lo que había entre nosotros, ¿qué saco con perdonarte? Me has demostrado cómo eres y no me gusta ni un pelo lo que he visto...

—No es excusa, pero todos cometemos errores.

—A mí me han dicho verdaderas burradas sobre ti, pero decidí hacer oídos sordos a los chismes y conocerte de verdad. ¿Y sabes una cosa? Llegué a amarte... A pesar de ser el crápula contra el que todos me prevenían llegué a enamorarme de ti. ¡Qué cosas!

Al escuchar esa confesión, a Henry se le llenaron los ojos de lágrimas:

—Por favor, Kate, aunque no lo merezca... Perdóname...

—Te repito que no se trata de perdonar o no, sino de que ya no confío en ti. ¿De qué me valdría perdonarte si pasado mañana va a venir alguien te va a contar cualquier cosa sobre mí y le vas a creer? No, Henry, no me interesa estar con alguien que no confía en mí.

Henry se retiró con la mano las lágrimas que corrían por su rostro y le dijo:

—Asómate a la ventana...

—¿Qué?

—Hazlo por favor...

Kate resopló y vio que llovía a cántaros, que hacía una noche horrible en la que lo más sensato era estar en casa:

—Cae el diluvio universal ¿y?

—Estoy en la esquina con un paraguas negro, ¿me ves?

Kate entonces se fijó en que era cierto, que ese hombre estaba soportando el chaparrón bajo el paraguas, mientras miraba a su ventana con una cara de pena infinita.

—Dios mío, Henry, ¿qué haces ahí? —preguntó sin poder evitar sentir una tristeza tremenda.

—Necesitaba venir para decirte que lo siento, que no te merezco y que ojalá algún día me perdones.

—Vete a casa, anda... Hace una noche horrible para estar ahí fuera.

—Sería capaz de quedarme aquí hasta que me perdonaras...

—Esas cosas solo pasan en las películas, en la vida real la gente se coge pulmonías y esas cosas...

—Te equivocas, yo me voy a quedar aquí a modo de castigo... Ya que no aceptas mi reparación, yo me autoimpondré esta condena, si a ti no te importa que esté aquí...

Kate hizo el gesto de que le faltaba un tornillo para que él lo viera y luego dijo:

—¡Estás loco de atar! Vete a casa y déjate de tonterías.

—Dime, ¿te importa que me quede aquí?

—Me importa un bledo lo que hagas, Henry, por mí como si te montas en la esquina un puesto de *hot-dogs*. Haz lo que te dé la gana...

—Quiero castigarme, quiero quedarme aquí hasta que tu corazón se ablande y me perdone, y luego... Luego me gustaría que volviera a ser como la tarde en que ibas a abrir tu corazón por fin y yo cometí el mayor error de mi vida.

—Ya es tarde para lamentos, Henry. Haberlo pensado mejor cuando decidiste creer a Linda...

—Linda va a pagar muy caro lo que ha hecho, lo tengo en manos del mejor abogado y créeme que no va a haber un solo lugar en el planeta donde pueda volver a encontrar trabajo.

—Me da igual lo que pase con ella, yo solo quiero pasar página y olvidarme de esta pesadilla.

—Tú lo has dicho, ha sido una pesadilla, pero lo que toca es despertar de ese mal sueño y volver otra vez a retomar lo que teníamos. ¿Tan difícil es?

Kate miró cómo se estaba poniendo Henry de agua, pues llovía de forma

racheada y estaba mojándose por todas partes y contestó:

—Es imposible.

Kate respondió con la cabeza, no con el corazón que le estaba doliendo como nunca. Era como si se estuviera desgarrando por dentro, porque todavía sentía demasiado por Henry, si bien no podía permitir que ese hombre volviera a hacerle daño.

A todas luces era evidente que no le convenía para nada tener una pareja como él, que podía traicionarla a la primera de cambio.

—Joder, Kate. No seas tan duro conmigo, por favor... Yo te amo...

Al escuchar esas palabras a Kate se le cayeron dos lagrimones enormes por el rostro, pero tenía que mantenerse firme:

—Olvídate y no seas idiota. Regresa al club, seguro que encuentras a alguna belleza con la que consolarte en el reservado. O varias que es lo que más te pone...

Henry gruñó desesperado y repuso muerto de dolor:

—¡Solo deseo estar contigo! Me muero por volver a tenerte entre mis brazos, por fundirme contigo, por ir más allá de nuestros límites, por gozar como solo tú y yo sabemos...

—Te recuerdo que me dijiste que lo nuestro solo fue piel, podrás cambiarme por cualquiera...

—¡Estaba muy enojado! Pensé que me habías mentido y eso hizo que perdiera los papeles. ¡Me equivoqué, joder! Contigo nunca fue solo piel, desde nuestra primera vez en el reservado fue lo más mágico y especial que me ha sucedido nunca. Eres la mujer de mi vida, Kate Morgan, ¿qué tengo que hacer para que me creas?

—Ya nada. Es imposible que crea a un hombre que me tomó por una mentirosa, una ladrona y una oportunista.

Henry en ese instante, al escuchar aquellas palabras sintió cómo si le

arrancaran el corazón, se sintió tan mal que creyó que iba a desplomarse...

—Te juro que daría lo que fuera para borrar ese momento...

—Te creo... —dijo con una pena inmensa—. Y al igual que yo sé ver la verdad que hay en tus palabras, tú tendrías que haber sabido detectar la verdad que había en las mías. Pero no lo hiciste, me miraste a los ojos y no supiste ver lo que había en mi interior y me dolió tanto, Henry.

—Lo sé y no sabes cuánto me arrepiento...

—Ya da todo igual, vete a casa... Y quedémonos con los buenos momentos... Que tengas suerte, Henry.

—No pienso irme, pasaré aquí las noches hasta que sienta que he expiado mi culpa... Si no te importa, claro está...

—Me da igual lo que hagas, Henry. Ya me da todo lo mismo...

Y colgó sintiendo tal pena y angustia que cerró la cortina y rompió a llorar desconsolada en el sofá.

Capítulo 41

Una semana después, Henry seguía acudiendo cada día al anochecer a la esquina de la casa de Kate y se iba en cuanto amanecía bajo una lluvia infernal que no cesaba de caer sobre Nueva York.

—Pobrecillo, tía, mañana dile que suba a darse una duchita caliente y a desayunar algo rico... —le propuso su amiga Lorreine, después de que Kate le contara que una semana después seguía impertérrito en la esquina, calándose bajo la lluvia.

—Solo me faltaba eso... —masculló enojada.

—¿En serio que no vas a perdonarle nunca? Kate ponte en su lugar un poco, por favor, imagina que te viene tu encargada diciéndote que se han puesto unos trajes y que falta dinero en la caja...

—Lorreine no me busques las cosquillas porque yo siempre le habría creído a él. Lo hizo fatal y ahora que apechugue con las consecuencias de su error.

—No conocía esa faceta tuya tan implacable y vengativa.

Kate frunció los labios y, convencida de lo que estaba haciendo, aclaró:

—Se llama justicia, si la haces: la pagas.

—¿Te parece poco pago llevar siete noches bajo una lluvia de mil demonios?

—Por mí como si se pasa la vida entera: lo que hizo no tiene perdón. Yo al menos no lo puedo perdonar y llámame lo que quieras, pero es lo que siento en lo más profundo de mí.

—¿Estás segura? —preguntó Lorreine haciendo de Pepito Grillo.

Kate se quedó callada porque si de verdad escuchaba a su corazón, la respuesta era que seguía enamorada de Henry, que no podía dejar de tener sueños húmedos con él, que no podía dejar de desear sentir su piel sobre la

suya, que anhelaba sus labios dulces, su boca salvaje, su cuerpo entero... Que no podía dejar de pensar en él, a todas horas, sin tregua alguna, que a pesar de lo mal que se había portado con ella, echaba de menos los paseos por el parque, las conversaciones al calor de la chimenea, las risas, las confidencias, la complicidad y la magia que se hacía cada vez que estaban juntos.

Le echaba tanto de menos que le dolía hasta respirar, le extrañaba tanto que tenía que agarrar el teléfono móvil y calmarse mirando las fotos que se habían hecho juntos, cuando todo era posible, cuando aún eran felices.

Pero ahora todo se había ido a la mierda y era lo único cierto...

—Esto se ha roto, amiga. Es como cuando se rompe un jarrón, puedes pegar los trozos pero las hendiduras quedan ahí, afeándolo por completo. Ya nada vuelve a ser igual...

—No digas tonterías, Kate. Tengo yo un jarrón de mi abuela con trozos pegados que no puede tener más encanto.

—Mi corazón no es un jarrón de la abuela, si se rompe, se rompe. No hay más.

—Eres demasiado inflexible, y te olvidas de que todos cometemos errores. Esta vez ha sido él, pero también podías haber cometido tú la cagada. Y si hubiese sido así ¿no te gustaría que te perdonara?

—Si hubiese cometido un error tan garrafal como el que él ha cometido, te aseguro que ahora misma estaría aceptando que no merezco más que su desprecio. Hay cosas que no se pueden perdonar, amiga. Es triste pero es así.

—Hablas así porque estás muy dolida, pero el amor es más fuerte que el orgullo. Sé que solo es cuestión de tiempo, no me creo que lo hayas sacado de tu corazón así de repente. Como el que se quita un jersey y lo tira a un contenedor...

—Tengo mi corazoncito, obviamente, no puedo arrancarlo de mí así como así, ¡ya me gustaría!

—Mira que eres terca, Kate Morgan... Pondré unas velas para que desde el cielo te iluminen...

—Si tú no eres creyente...

—Pero te quiero mucho, amiga. Y solo deseo para ti lo mejor...

—Pide que me ayuden a olvidarme de Henry Zank cuanto antes. Yo es lo único que pido... —dijo sintiendo una fuerte punzada en el estómago de angustia.

—¡No me puedo creer que estés rezando para olvidar a Henry! ¡Pero si es lo mejor que te ha pasado nunca!

—Hasta que la pifió, y para mí es más duro reconocerlo que para ti. Pero así es la vida de jodida... Tuve el cielo en las manos y de repente me cayó un chaparrón infernal...

—Al que le cae un chaparrón infernal cada noche es a él. ¿No te da penita?

—Yo no le he puesto el castigo. Allá él si lo que busca es cogerse una pulmonía, a mí ya me da lo mismo, Lorre. Solo quiero seguir adelante, por cierto las cosas con Pierre van de maravilla... —confesó en un tono de voz mucho más animado.

—No me digas que te has flechado con Pierre que ahora es cuando ya me caigo al suelo...

—No —negó Kate, dando un manotazo al aire—. Es guapísimo, *hetero*, divertido, creativo, genial y ¡soltero! Pero no es mi tipo... Es demasiado francés...

—¿Me puedes decir que es ser demasiado francés? Porque a mí los franceses me vuelven loca y si ya tiene ese acento precioso y tan *sexy*, es que orgasmo...

—Jajajajajaja. Pues Pierre es así, tiene un acento espantoso y es castaño, de cabello revuelto, mirada curiosa, boca gruesa, y tiene un cuerpazo porque se cuida muchísimo.

—Madre mía, Kate, menuda descripción, yo quiero uno así para mí.

—Te lo presentaré el día de la inauguración del restaurante, al paso que vamos va a ser mucho antes de lo previsto. ¡Ya están los pintores rematando las paredes! Y Pierre ha encargado un mobiliario precioso a una tienda francesa de Manhattan, y si ves la vajilla que compró el otro día, francesa por supuesto, te caes al suelo. Y unas mantelerías de hilo tan divinas y tan francesas... Por eso te digo lo de que es tan francés... Defiende lo suyo a muerte, se siente muy orgulloso de sus tradiciones, tiene un gusto exquisito, es culto, educado, encantador, divertido, original, sensible...

—Nena, a mí no me engañas, ese hombre puede ser el tipo de cualquiera.

—Se me ha olvidado añadir que es un trabajador inagotable y que a pesar de que apenas tiene 28 años este es su quinto restaurante...

—Mejor me lo pones, no es que ese hombre no sea tu tipo por ser demasiado francés, es que tú sigues colgada de Henry...

Kate respiró hondo porque su amiga sin duda era lista como el hambre, la conocía demasiado bien como para engañarla con esas bobadas:

—Bueno, *mmm*, no sé, bueno, yo... —balbuceó para evitar la verdad.

—Amiga, conmigo no te valen esos cuentos. Ese chico habría sido tu tipo en otro momento de tu vida, pero me temo que lo quieras o no, tu corazón pertenece a Henry Zank.

—Uf. ¡Déjame en paz, Lo! ¡Qué pesadita estás con él! ¡Ni que te hubiera comprado! —protestó Kate frunciendo el ceño.

—Tú sabes que no. Solo soy tu amiga y quiero que seas feliz. Como espero que tú quieras lo mismo para mí y me vayas reservando a ese francesito para mí. ¡Espanta a todas las lagartas que se le peguen! Según lo describes es un bomboncito a la puerta de un colegio... ¡Quiero que siga soltero para cuando yo llegue!

—Ahora te mando su Instagram para que lo veas...

Lorreine que estaba sentada al ordenador en ese mismo instante solo tuvo que poner la palabra Pierre seguida de chef para que apareciera el tío con la sonrisa más preciosa que había visto en su vida:

—¡Madre mía cómo está el nene! Pero si es un cañonazo, tu descripción se ha quedado cortísima, Kat. Este tío está como quiere de bueno... ¿Y estás segura de que está soltero?

—Sí, eso me ha dicho.

—Pero es francés y los franceses son muy dados a tener amantes y todas esas cosas...

—Está libre como un pájaro, me lo ha contado... Y dice la verdad, ayer nos sinceramos en una comida de lo más interesante. Él me contó su ruptura con Marie y yo mi batacazo con Henry... Ella le engañó con otro y se casó con él dos meses después.

—Caray, pobrecillo... Pues yo le consuelo no hay problema... Jajajaja.

—Es un sol. Está convencido como tú de que lo mío con Henry tiene arreglo, dice que es solo cuestión de tiempo, que las almas gemelas tienen que pasar por pruebas, pero que al final el amor triunfa...

—Es que eso es lo que va a pasar, Kate...

—No sé yo, amiga, no sé yo...

Capítulo 42

Henry por su parte estaba desesperado, además de acudir cada noche de ese maldito mayo lluvioso a la esquina de la casa de Kate, había intentado vía su amigo Jack que mediara para que se reconciliaran...

—Lo siento, Henry, he hecho lo que he podido pero está cerrada en banda. Dice que ha perdido la confianza en ti y que quiere seguir adelante sola... Bueno, realmente sola no está, ¿sabes que ha contratado al chef Pierre?

El escuchar el nombre de ese hombre, Henry solo pudo gruñir:

—*Arrrrrrggggg*. ¿Está saliendo con alguien?

—Quién te ha visto y quién te ve. Henry Zank celoso... Tranquilo, es solo su socio, va a montar un restaurante cerca del club Zank. Y te digo desde ya que va a ser un éxito, conocí a Pierre en París y es sencillamente un genio.

—Dime que tiene más de sesenta años por favor...

—Jajajajajajaja. Es uno de los solteros de oro de París, pero tú tranquilo...

Henry resopló y, con un nudo en la garganta que le hizo aflojarse la corbata, dijo:

—Lo que faltaba, ¿entonces no se ablanda ni un ápice?

—Me temo que no, Henry. Está muy enfadada contigo, supongo que debes tener paciencia. No te queda otra...

—Estoy desesperado, Jack, ni duermo, ni como, ni vivo. Yo no sabía que amar dolía tanto, te pareceré un imbécil pero sin ella estoy como perdido. Es horrible esta sensación, necesito recuperarla y yo ya no sé ni qué hacer.

—Lo tienes complicado, pero tal vez si hablas con su madre... Me habló de su madre y parece que es una persona a la que respeta y admira. Tal vez si hablas con ella y le explicas lo que pasó, cómo te manipuló Linda y lo arrepentido que estás, pueda interceder por ti.

—Caray, Jack, la madre me detesta, piensa que soy un sátiro. ¿Cómo voy a tenerla de aliada?

—Mi madre te adora y lo sabes... Ella solo te conoce por la prensa, yo me plantaría en Chicago y me sinceraría con ella, es la única que te queda, Henry. Me temo que más allá de eso, no se puede hacer mucho más. Piénsalo y ya sabes que estoy aquí para apoyarte en todo. Mucha suerte, amigo.

Después de colgar, Henry estuvo dándole vueltas a la propuesta de su amigo y aunque le parecía un completo disparate, era el último cartucho que le quedaba y estaba dispuesto a quemarlo.

Así que llamó a Michael, al que también había pedido que mediara sin ningún éxito tampoco y le preguntó:

—Por casualidad, ¿no tendrás la dirección de la familia de Kate en Chicago?

—Oh, Michael, no lo puedo creer. ¿Te vas a presentar en casa de tu futura suegra? ¡Tienes huevos, cabrón! Muchos huevos...

—Ojalá sea mi futura suegra, de momento no es nada de nada. Por eso necesito hablar con ella, no me queda otra. Kate se niega a perdonarme, bueno realmente es que me ha sacado de su vida. Y lo entiendo... Fui un cabrón con pintas y mira, bien que lo que estoy pagando.

—Pues le va genial, tiene ya medio montado un restaurante con el chef Pierre, y al ritmo que van estos estrenan en poco tiempo. Ella está entusiasmada con el proyecto y solo habla maravillas de Pierre.

Al escuchar aquello a Henry le dio un vuelco al corazón:

—Dame la dirección de la madre, te lo ruego, antes de que ese cocinillas le robe el corazón.

—Jajajajajaja. No seas bobo, Henry. Ella sigue enamorada de ti.

—Uf. No me engañes, anda. Kate me odia.

—Y razones tiene, mira que creer a la bruja de Linda, todos en la empresa

sabíamos que estaba loca por ti.

—¡Yo no tenía ni idea! ¿Cómo iba a sospechar que era una manipuladora diabólica? Ella siempre me daba su mejor rostro, para mí era una empleada ejemplar y mira con lo que salió —lamentó Henry, bufando.

—Te lo advertí un montón de veces pero me decías que no fuera chismoso.

—Es que lo eres, pero debí hacerte caso. Ahora no estaría destrozado, con el corazón roto y suplicándote que me des la dirección de la madre. La necesito, por favor...

—Vaya cuелgue que tienes, jamás imaginé que te enamorarías hasta las trancas, pero mírate... ¡Me encanta verte así, Henry!

—Sí, es genial, siento que me desangro por dentro... Menuda mierda que es esto del amor...

—Jajajajajaja. ¿Qué te creías que amar es fácil? No, tío, no. Amar requiere esfuerzo, entrega, dedicación, confianza...

—Calla, que me está costando aprenderlo con sudor y lágrimas —masculló Henry apretando fuerte las mandíbulas.

—Pobre, Henry. Me das una penita, pero tú tranquilo que todo va salir a pedir de boca.

—Eso lo dices porque estás enamorado y todo lo ves de color de rosa. Pero lo tengo muy difícil, Kate es terca como una mula...

—Es que te lo tiene que poner difícil después de la que le has liado... —le reprendió Michael—. Mira que pensar que era una ladrona, te pasaste veinte pueblos. Yo no te perdonaría en la vida, creer antes a la páfida de Linda que a ella... ¡Ya te vale, hijo!

—Si vas a seguir echándome la bronca voy a colgar. Si no quieres ayudarme, perfecto.

—Precisamente porque estoy enamorado y sé lo que duele te voy a ayudar. Ahora te paso la dirección de Chicago...

—Joder, lo que te ha costado, cabrón.

—Pero te la paso con la condición de que no vuelvas a hacer daño a mi amiga, quiero a Kate muchísimo y no te pienso pasar ni una. ¿Estamos? —
inquirió Michael, hablando muy serio.

—¿Crees que no he aprendido la lección? Jamás en la vida volveré a cometer una torpeza semejante, me siento una mierda...

—Deja de fustigarte y vete buscando vuelo a Chicago, ojalá haya suerte y logres enmendar la pifia. Yo os quiero mucho a los dos, sería feliz si volvierais, me parece que hacéis un parejón, pero claro... siempre que tú no la vuelvas a cagar. Porque como lo hagas es que te corto yo mismo los hu...

—¡Por Dios, Michael! Te repito que una y no más, como Kate me perdona voy a ser el marido más perfecto del mundo... Porque si esto sale bien, yo me caso ya mismo, no puedo vivir ni un día más sin ella, la necesito demasiado...

—Pues venga, cuélgala que ya estás tardando...

Henry colgó y le pidió a su secretaria que le buscara el primer vuelo que saliera para Chicago. A los cinco minutos, Brenda le llamó para confirmarle que su vuelo salía en una hora.

—Perfecto, Brenda. Anula todas las citas que tengo para hoy y también las de mañana... Aunque no sé realmente cuánto tiempo voy a necesitar para convencer a la madre de Kate para que me ayude a recuperarla.

Brenda que estaba al tanto de todo y que deseaba que se solucionara cuanto antes, le tranquilizó:

—Tómame el tiempo que necesites, Henry. Yo me encargaré de todos los asuntos que pueda resolver y los demás los iré posponiendo hasta tu regreso. Si surge algo importante, yo te llamo. Lo principal es que resuelvas lo de Kate y que vuelvas a ser tú otra vez.

—Desde que me dejó no doy pie con bola, estoy totalmente descentrado y no sabes cuánto lamento haberte hecho el trabajo tan complicado estos días —

se excusó Henry, afligido.

—Lo entiendo perfectamente. Yo estaría igual de perdida y de desesperada, ojalá tengas suerte con la visita a su madre.

—Eso será si no me echa a escobazos, piensa que soy un crápula de la peor estofa.

—Jajajaja. Creo que la única que puede ayudarte es ella y haces muy bien en viajar a Chicago. Tienes que intentarlo todo, porque está en juego el amor de tu vida. Mucha suerte, Henry. Tengo el palpito de que va a salir todo bien...

—Eso lo dices porque estás enamorada, lo mismo que Michael.

—Enamorada y esperando un bebé —le confesó Brenda con la voz tomada por la emoción.

—¿Bebé? ¿Desde cuándo? No me has dicho nada...

—Me lo acaba de confirmar el médico. Soy tan feliz, Henry, y ya verás como tú también...

Capítulo 43

A las cinco de la tarde, Henry estaba llamando a la puerta de la casa de los padres de Kate. Un departamento en una zona tranquila de clase de media frente a un parque en el que la gente parecía feliz...

Henry estaba muy nervioso parado frente a esa puerta y más cuando escuchó que unos pasos se acercaban desde el otro lado y sintió que le estaban observando a través de la mirilla:

—Disculpe, soy Henry Za...

Antes de que pudiera terminar de presentarse porque no había encontrado mejor forma de romper el hielo, la puerta se abrió y apareció una mujer parecidísima a Kate pero con treinta años más.

—Sé muy bien quién eres y no imaginas lo feliz que estoy de que estés aquí —dijo la madre en un tono de lo más amigable y abriendo la puerta con una sonrisa enorme de bienvenida.

—¿Está segura? —preguntó Henry más que sorprendido.

—Sí, eres el famoso crápula internacional. Pasa, anda, que estaba ansiosa por conocerte.

Henry alucinado por lo que estaba ocurriendo entró en la casa, atravesó un *hall* repleto de fotos familiares por las paredes, en las que localizó a Kate, su preciosa Kate, y luego pasaron a un salón bonito, luminoso y acogedor en el que la madre le invitó a que se sentara en un sofá de terciopelo azul.

—¿Quieres tomar algo, Henry? Te llamo Henry porque llevo tanto hablando de ti que eres como de la familia.

—No, gracias. Es usted muy amable, señora Morgan.

—Tienes muy mala cara, estás paliducho, con ojeras y estás más flaco que en las revistas.

—Es que no estoy atravesando mi mejor momento... —reconoció, mientras la señora Morgan se sentaba en el sillón a juego que estaba frente a él.

—Kate me ha contado, al principio se resistía pero finalmente se sinceró: sé que te pasas cada noche frente a su casa... Y no sabes cómo te entiendo...

Henry dio un respingo en el asiento y miró a la señora Morgan con cara de no entender nada. ¿Pero esa mujer no le odiaba?

—Señora, le repito que soy Henry Zank, el del club Zank, ¿usted no me consideraba una pésima influencia para su hija?

—Sí, al principio sí, te conocía solo por la prensa... Pero resulta que el otro día mi hijo Paul, que estudia Arquitectura, me contó que tiene dos compañeros que estudian con beca gracias a Henry Zank. Me quedé de piedra... Me puse a investigar y ahí fue cuando me enteré de las cosas que haces tan maravillosas con la fundación y que no aparecen jamás en prensa. Me pareció tan injusto...

—Es lo que hay, señora. Mi trabajo con la fundación no le interesa a nadie.

—Pues a mí sí... Y luego lo que ha sucedido con mi hija, te entiendo porque yo pasé por algo similar cuando era encargada en unos grandes almacenes y la jefa de sección de zapatería me contó que había pillado a Beth, que era una buena amiga mía, robando en la caja y que se lo había guardado en el bolso. Le pedí a Beth que abriera el bolso y el dinero estaba ahí. Beth lo negó todo, pero como las pruebas eran evidentes creí a mi jefa de sección y Beth terminó en la calle. Días después otra compañera confesó que había visto a la jefa de sección poner ese dinero en el bolso de Beth porque el hombre que le gustaba estaba enamorado en secreto de la pobre Beth y la quería fuera de los grandes almacenes. Así que imagina cuánto te entiendo... Beth era mi mejor amiga y no la creí... Me dejé manipular por la jefa de sección y no te cuento lo mal que me sentí...

Henry se aflojó un poco el nudo de la corbata y solo pudo mascullar:

—Es horrible.

—La primera semana que mi hija se ausentó del club Zank me mintió, me dijo que tenía gripe pero yo no la creí. La conozco demasiado bien y sabía que pasaba algo. Al final me lo dijo: tú le acusaste de robar dinero... Luego me contó todo lo que estás haciendo para que consiga perdonarte y fue ahí cuando le conté lo que me pasó con mi amiga Beth.

—Reconozco que lo que hice fue imperdonable, pero le juro que si pudiera dar marcha atrás...

—Sé por todo lo que estás pasando, hijo, y finalmente los dos fuisteis víctimas de esa mujer. Os manipuló a los dos para sus fines perversos... No paro de decírselo a Kate...

—¿Su amiga al final la perdonó?

—Se cambió de estado y no volví a saber de ella.

Al escuchar aquello, Henry se puso tan triste que la señora Morgan se sentó a su lado y le dijo cogiéndole de la mano:

—Tú quieres a mi hija de verdad...

Henry la miró emocionado y, con un nudo en la garganta, respondió:

—Con toda mi alma, aunque no la merezca...

—¿Eres católico, Henry?

—Sí, pero no piso una iglesia desde que... Bueno, perdí a mi familia en un trágico accidente y dejé de creer.

La señora Morgan conmovida, apretó fuerte la mano de Henry, y susurró:

—Pobre muchacho, pero tranquilo que todo va a salir bien. Te lo digo porque a mí me vino bien confesarme cuando sucedió aquello. ¿Por qué no vienes a misa de siete conmigo y te confiesas con el padre George? Es un ángel y creo que te va a venir muy bien.

Michael respiró hondo y respondió desbordado por tantas emociones:

—He venido desesperado, usted es la última puerta que me quedaba por

tocar, es mi última esperanza, pero reconozco que solo esperaba su desdén. Kate me contó cuál era la opinión que usted tenía de mí, pero con todo tenía que intentarlo...

—Tú lo has dicho que tenía... A ver, hijo, no eres un santo... Pero tienes un gran corazón y lo que estás haciendo por mi hija me dice muchísimo. Sé que la quieres de verdad, has tenido muchas agallas de venir a verme y sé que lo has hecho por amor.

—¿Qué puedo hacer para que me perdone, señora Morgan? Estoy desesperado...

Henry entonces rompió a llorar, a pesar de que intentó evitarlo con todas sus fuerzas pero no pudo. Tantas noches mal alimentado, sin apenas dormir y muerto de la angustia le jugaron una mala pasada y se desmoronó delante de la persona menos adecuada.

O eso creía... porque la señora Morgan le abrazó como si fuera un hijo más y le dijo:

—Mi hija te quiere, lo sé incluso cuando ella me lo negaba. Cuando me habla de ti, a pesar de la rabia que tiene por lo sucedido, sé que todavía te sigue queriendo, pero está dolida y está en su derecho, hijo. Eso tienes que entenderlo...

Henry se retiró las lágrimas con un pañuelo que le había tendido la señora Morgan y que agradeció con una sonrisa:

—Me ha recordado a mi madre con este gesto, señora Morgan. Ella siempre estaba con el pañuelo a punto...

La señora Morgan se emocionó al escuchar a Henry Zank decir esas palabras:

—Tengo tres hijos preciosos, a Kate y dos chicos más que están en la universidad. Pero en mi corazón hay sitio para un hijo más, Henry Zank. Ojalá todo salga bien y lo tuyo con mi Kate termine en boda...

Dos lagrimones enormes corrieron por el rostro de Henry que solo pudo susurrar:

—Dios la oiga...

La señora Morgan le secó ella misma las lágrimas con el pañuelo, como si Henry fuera un crío y luego hablo amorosa:

—¿Has comido algo hoy? —Henry negó con la cabeza—. Lo sabía. Tengo sopa de pollo y asado de carne que ha sobrado del almuerzo. El señor Morgan viene siempre a comer a casa, es contable en una aseguradora que está muy cerca de aquí. Te lo voy a traer ahora mismo, te lo vas a comer todo y luego nos vamos a ir tú y yo a misa. Vas a soltar todo ese lastre horrible que tienes con el padre George y te vas a quedar con nosotros hasta que te vuelva el alma al cuerpo.

—Es usted muy amable, señora Morgan... Pero no es necesario que se tome tanta molestia.

—Claro que es necesario. Si hasta debes tener anemia... Tú de aquí no te vas hasta que no te hayas puesto bien. Tranquilo, que ya estás en casa, hijo...

Capítulo 44

Henry se pasó una semana entera en casa de los Morgan y se sintió, a pesar del drama de haber perdido a Kate, como nunca.

Compartir esos días con la familia fue tan reconfortante para él que no solo recuperó los kilos que había perdido, sino que volvió a dormir en condiciones y a respirar más profundo.

Los Morgan eran una familia adorable que le habían acogido como uno más, los hermanos de Kate eran unos muchachos de lo más divertidos, con los que hasta había ido a jugar al *basket* en las canchas de enfrente, y el padre de Kate, era un señor encantador con el que se lo había pasado en grande jugando al ajedrez.

Para Henry, recuperar esa vida de familia, esa normalidad que un trágico accidente le había arrebatado, fue tan importante que estaba agradecidísimo a los Morgan.

—Señora Morgan, si le digo que esta semana con ustedes ha sido una de las más felices de mi vida ¿me creerá? —comentó Henry, el día que se marchaba de regreso a Nueva York.

—Es que esta es tu casa... Cómo no vas a estar feliz, mi querido Henry.

Henry la abrazó agradecido y la madre de Kate le dio unas palmaditas en el hombro muy afectuosas:

—Gracias por todo lo que ha hecho por mí. Jamás pensé que volvería a pisar una iglesia y hasta me he confesado.

—¿Y no te sientes mejor así?

—Claro que sí, señora Morgan.

—En cuanto a Kate...

El mismo día de la llegada de Henry, la señora Morgan le había contado a

su hija que su jefe estaba con ellos. Por supuesto, Kate se había enojado muchísimo y le había pedido a su madre que echara a ese hombre de su casa. Pero la madre le explicó cómo le había encontrado de mal y que iba a acogerle hasta que se recuperara.

Kate entonces se preocupó por el estado de Henry y no dijo nada, tan solo se limitó a preguntar por su estado de salud todos los días. Y poco más...

—No se preocupe, señora. Usted ha hecho todo lo que ha podido y más. Y no sabe lo que se lo agradezco...

—Kate es como mi marido, tiene un corazón de oro, pero es una cabezona. No obstante, ten paciencia porque yo creo que te quiere con toda su alma, hijo.

Henry tragó saliva porque, aunque no había nada que deseara más que Kate le amara, cada día veía más imposible que volvieran a estar juntos:

—El tiempo dirá y Dios dispondrá, señora Morgan.

—Ten paciencia, Henry.

—La tendré, rece por mí se lo ruego...

—Claro que lo haré. Y ya sabes dónde estamos... Ven siempre que quieras.

—Me habría quedado otra semana más, pero tengo que atender asuntos urgentes en Nueva York.

—De todas formas, creo que vamos a vernos pronto. A Kate apenas le quedan tres semanas para inaugurar su restaurante en el Soho. Y por supuesto que nosotros vamos a estar. Y tú también...

—¿Yo? No creo que sea muy bien recibido en esa inauguración. Vamos, le aseguro que no voy a recibir la invitación.

—Tranquilo, que yo te avisaré para que vengas con nosotros. Ya eres parte de la familia... —dijo la señora Zank, cogiendo una tartera y entregándosela.

—No creo que me dejen subir esto al avión...

—Es para que te lo tomes antes de subir, la comida que dan en esos chismes es horrible.

—Voy a echar mucho de menos sus guisos, su famosa bomba de chocolate y sobre todo el calor y el cariño con el que me han acogido. Me han hecho sentirme como en casa, qué digo como en casa, como en mi propia familia.

La señora Morgan sonrió y luego se le escapó una lagrimilla:

—Y yo que pensaba que eras un canalla y resulta que eres un bendito, Henry Zank.

—Se lo debo a su hija que me condujo por la buena senda...

—Ay mi Kate, está muy ilusionada con su restaurante. Sé que va a salir todo fenomenal, pero rezo para que podáis estar juntos de nuevo. Te he cogido mucho cariño, Henry. Y te mereces ser feliz, has sufrido demasiado en la vida y ya va siendo hora de que te asientes y puedas disfrutar una vida como Dios manda.

—Yo también les llevo en mi corazón, y aunque Kate no me perdone, que sepan que tienen a alguien que les admira, respeta y quiere en Nueva York.

La señora Morgan frunció el ceño, movió la cabeza y luego exclamó:

—¡Eres un sol! Y en cuanto a Kate, quédate con que ha llamado todos los días para preguntar por ti. Eso es un paso muy importante, imagino lo que le habrá costado con lo terca que es. Y aunque me llamó traidora y no sé cuántas cosas más, cuando supo que te acogíamos en casa, sé que en el fondo está muy contenta porque te hayamos cuidado estos días.

—No sabía que la había acusado de traición.

—Sí, hijo, me dijo que me había pasado al enemigo...

—Jajajajaja. Qué carácter tiene. Esa fue una de las cosas que más me fascinó de ella. Tiene coraje, es... —suspiró—, una gran mujer.

—Sí que lo es. Pero ahora tiene una prueba importante que superar, que es la del perdón. El perdón es para almas generosas y fuertes, para perdonar hay que abrir el corazón y aceptar que el otro se equivoca.

—Entendería que no lo hiciera...

—Kate es una mujer fuerte, tiene un corazón noble y puro, es empática... El otro día cuando le contaba por enésima vez lo que me pasó con mi amiga, me dijo por primera vez que mi papel no fue nada fácil... No sé, Henry, es una gran muchacha y tiene mucho amor para dar. Al final será el amor el que dicte sentencia.

Henry respiró hondo, cerró los ojos y susurró:

—Ojalá, mi corazón desde luego que está lleno de amor hacia ella. Haga lo que haga, decida lo que decida, Kate es y será la mujer de mi vida.

La señora Morgan puso la mano en el hombro del joven y aseguró:

—Dios os ha bendecido con este gran amor, si ha sucedido esto será por algo, Henry. No desesperes, esto es solo un prueba y al final saldrá el sol para todos.

La señora Morgan y Henry se dieron un abrazo, y él finalmente se marchó de la casa con una paz de espíritu que hacía mucho que no sentía.

Aunque seguía con una pena tremenda, pasar esos días en esa casa le había venido muy bien, le había hecho sentir otra vez que tenía un hogar al que volver cuando las cosas se pusieran feas, un lugar en el que sentirse reconfortado y cuidado, una familia en suma.

Y eso no tenía precio...

Henry dio gracias por ello y luego se dirigió en taxi al aeropuerto donde esperó a que saliera su vuelo saboreando el delicioso pastel de pescado que la señora Morgan había preparado para él.

Y sonrió, porque cómo era la vida. La mujer que se suponía que más le odiaba en el mundo le había cuidado como lo habría hecho su propia madre. Y entonces se le pasó una idea por la cabeza de lo más absurda, pero que al cruzar el cielo ya subido en el avión, sintió con más fuerza en lo más profundo de su corazón.

¿Y si lo suyo con Kate estaba escrito en el cielo? ¿Y si su familia le había

puesto a esa mujer en su camino para que volviera a sentir todo lo que había perdido?

Una familia, el calor de hogar, el amor incondicional de una madre entregada y generosa como la señora Morgan, la complicidad con todos en general, las risas con los chicos, las conversaciones por la noche con el señor Morgan...

Y cómo no un gran amor, un amor verdadero, que ojalá como decía la señora Morgan solo estaba siendo puesto a prueba, una prueba muy dura y dolorosa pero de la que iban a salir fortalecidos.

Ojalá, suspiró...

Cerró los ojos y un sueño dulce le invadió porque soñó con Kate y él, paseando por Central Park, mientras un par de chiquillos correteaban muertos de risa delante de ellos.

Y eran sus hijos...

Capítulo 45

Tres semanas después, Kate estaba muerta de nervios recibiendo a los invitados en la inauguración de su nuevo restaurante junto con el chef Pierre que se estaba empleando a fondo en las cocinas.

A la cita habían acudido muchos famosos que posaban para la numerosa prensa acreditada para cubrir el evento: gente del cine, de la moda, de la televisión, empresarios, deportistas, abogados, políticos...

Todo Nueva York parecía no querer perderse las exquisiteces del chef de moda y desde luego que podía decirse que la inauguración estaba resultando todo un éxito.

Kate había cuidado hasta el último detalle y la verdad era que estaba saliendo todo como estaba previsto.

Todo menos una cosa que de repente le recordó Madeleine, la reportera que conoció aquella noche en el restaurante de Jack:

—Señorita Morgan ¿esta noche vendrá Henry Zank? Hace unas cuantas semanas que no hemos vuelto a verle con él...

Al escuchar ese nombre a Kate se le pusieron los pelos de punta, hacía tres semanas que no sabía nada de él. Desde que se fue de casa de su madre no había vuelto a dar señales de vida, ni por supuesto a soportar chaparrones tremendos bajo un paraguas en la esquina de su casa.

Por lo que Kate estaba convencida de que seguramente ya se habría olvidado de ella y que habría vuelto a las andadas en los reservados de su club.

—Esta es la noche del estreno de mi nuevo restaurante, Madeleine. Es lo único que me importa...

—Sí, para eso estamos aquí, pero la gente quiere saber cosas de la vida

privada. Es algo natural, señorita Morgan. ¿Ya no están juntos?

Kate frunció el ceño porque de lo que menos quería hablar esa noche era de Henry Zank, ese hombre que decía quererla tanto y que se había rendido a las primeras de cambio.

¿Qué esperaba? ¿Un perdón rápido después de someterla a esa tremenda humillación? Pues no. Ella tenía su orgullo y su dignidad como todo el mundo y necesitaba su tiempo para digerir lo que había sucedido.

Sin embargo, Henry no se lo había dado porque a todas luces se había cansado de esperar...

Y le dolía, le dolía muchísimo porque ella seguía teniéndolo dentro, seguía soñando con él, seguía recordando su aroma, sus besos, sus caricias...

Podía haber sido tan bonito y ya no quedaba nada... Solo recuerdos con los que intentaba llenar el agujero tan enorme que había dejado en su corazón.

Por eso, con una pena enorme, respondió a Madeleine:

—Entre nosotros no hay n...

La frase se quedó suspendida en el aire porque justo en ese instante entró por la puerta Henry del brazo de su madre.

—¡El señor Zank ha venido! ¡Era obvio que no podía faltar a la cita! — exclamó Madeleine que corrió a entrevistarse.

Ella y toda prensa a la que le faltó tiempo para acribillarle a flashes y preguntas...

—¿Que vengas con tu futura suegra significa que hay planes de boda, Henry? Señor Zank ¿qué piensa del nuevo restaurante de la señorita Morgan? Señor Zank, ¿qué hay realmente entre ustedes? ¿Son ciertos de los rumores de que la señorita Morgan está embarazada?

La señora Morgan se echó a reír ante la invasión de preguntas y lo zanjó de una forma muy graciosa:

—Señores, gracias por su preocupación, pero hemos venido a cenar. Todas

las novedades ya se anunciarán a su debido tiempo.

—¿Entonces hay novedades? ¡Eso sería maravilloso! —exclamó Madeleine muy contenta.

—Ojalá Mad, ojalá podamos contáros las muy pronto... —respondió el señor Zank, de muy buen humor.

Henry en ese instante se percató de que Kate estaba un poco más allá, más preciosa que nunca con un vestido verde que le sentaba como un guante.

La hora de la verdad había llegado, así que respiró hondo y zafándose como pudo de la prensa y tirando de la señora Morgan que le agarraba muy fuerte del brazo, llegaron hasta Kate.

—Buenas noches, Kate —dijo emocionado, con una sonrisa enorme.

—Mamá, qué bueno que hayas venido —replicó Kate, ignorando a Henry y después besando a su madre y al resto de su familia.

—Katy no seas grosera y saluda a Henry que ha tenido la cortesía de venir a la inauguración.

—Yo no le he invitado, mamá.

—Viene con nosotros.

—¿En calidad de qué? —preguntó Kate desafiando a Henry con la mirada.

—En calidad de amigo de la familia —respondió la señora Morgan.

—Mamá por favor este hombre no es amigo nuestro. Nunca lo ha sido...

—Te equivocas, cielo. Todos adoramos a Henry y lo quieras o no: esta noche cena con nosotros.

Henry miró a Kate muy serio y decidió que lo mejor era hablar a solas, si es que ella tenía a bien hacerlo:

—Kate por favor, ¿me podrías conceder unos instantes?

Kate resopló porque aquello era el colmo, no tenía bastante con haberse presentado allí, sino que encima quería hablar a solas.

¿Para qué? Si estaba claro que ya no quería nada con ella... No en vano, no

había tenido noticias de él en las últimas semanas. Así que, ¿qué era lo que quería? ¿A qué había venido? ¿Por la mera curiosidad de saber cómo le iba?

—No tengo nada que hablar contigo, Henry.

—Pues yo creo que sí, Katy, y perdona que me meta... —intervino su madre, apuntándola con el dedo índice.

—Mamá, no entiendo cuál es tu papel en todo esto. ¿Qué eres la abogada de Henry o qué? ¡Esto es ridículo! —bufó Kate negando con la cabeza.

—Soy tu madre y no quiero que cometas el gran error de tu vida. Todavía estás a tiempo de arreglarlo, así que haznos un favor a todos y vete a hablar con Henry.

Kate estaba nerviosísima, a la ansiedad del estreno solo le faltaba añadir la presencia de Henry y la irritante presencia de su madre que con lo pesada que era no iba a parar hasta que hablaran.

Para acabar cuanto antes con esa situación tan estresante, dijo sin mucho convencimiento:

—Lo haré solo para que me dejes en paz. Vayamos al despacho y hablemos, pero no tengo mucho tiempo.

—Me bastan unos minutos, Kate. No necesito más —replicó Henry apretando fuerte las mandíbulas.

—Sígueme... —le pidió Kate.

Y él se fue detrás, siguiéndola por un largo pasillo que terminaba en una puerta que Kate abrió con llave y luego le invitó a pasar...

Henry cerró la puerta tras él y observó el maravilloso despacho que Kate había decorado con muchísimo gusto.

—Es muy bonito... —aseguró Henry admirando los cuadros vanguardistas de un pintor joven, los muebles delicados, las estanterías blancas repletas de libros...

—Imagino que no estás aquí para hablar de la decoración de mi despacho

—habló Kate muy tensa, cruzándose de brazos.

—No, por supuesto, que no —masculló él, con un tono de voz áspero.

—Tú dirás...

Henry se acercó a ella, sin poder evitar mirar la boca dulce que se moría por besar otra vez y susurró:

—Estoy tan arrepentido por todo lo que pasó entre nosotros.

Kate tembló entera, ¿eso era lo que venía buscando? ¿Su perdón para seguir con su vida, para liberarse de una vez de la culpa? Perfecto, pensó...

—¿Has venido a que te diga que no pasó nada y que todo está bien? ¿Es eso, Henry? ¿Te cuesta conciliar el sueño por las noches y necesitas que te diga que ya está todo olvidado para seguir llevando tu vida de crápula de mierda?

Henry se acercó mucho más a ella, tanto que la cogió por la cintura, la estrechó contra él y musitó con los ojos llenos de lágrimas y el corazón a mil:

—Te amo, maldita sea, Kate Morgan.

Capítulo 46

Kate que esperaba todo menos eso, se quedó sin respiración... Sentir el cuerpo de Henry otra vez, su calor, su fuerza, sus ganas, hicieron que la sangre entera se le pusiera de pie.

—Henry te lo ruego... —susurró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿No puedes verlo en mis ojos? ¿No puedes ver que no he dejado un solo día de amarte y que no voy a dejar de hacerlo nunca? Mi vida no tiene sentido sin ti, ya nada lo tiene...

—Pensé que me habías olvidado... No entiendo nada... —farfulló Kate confusa.

—Yo habría seguido yendo a verte cada noche, pero tu madre me aconsejó que no volviera, que eso te haría reflexionar —confesó Henry.

—Mi madre es una entrometida ¿pero qué hace dándote consejos a ti?

—Es la persona que mejor te conoce y bueno...

—Uf. Pensé que me habrías olvidado y que estarías divirtiéndote en el club, a tu estilo...

—¿Cómo voy a olvidarte, Kate? Si me duele tanto no tenerte que desde que pasó lo que pasó ni vivo... Y menos mal que tengo el apoyo de tu familia que si no, no sé qué habría sido de mí.

—No me puedo creer que mi madre sea tu aliada... Es la cosa más surrealista que he escuchado en mi vida. ¡Si para ella eras el mismísimo demonio y ahora resulta que es tu principal valedora! Ver para creer —sonrió Kate mirándole a los ojos.

—Adoro a tu madre y a toda tu familia. Por cierto ¿sabes que también he conocido al padre George?

—¡No me lo puedo creer!

—Y me he confesado. Lo confesé todo, mis pecados Zank y lo que pasó contigo... Me puso de penitencia unos rosarios y ahora los rezo cada noche...

—Jajajajajaja. Me estás dejando muerta, Henry Zank rezando cada noche...

—Pido a Dios que podamos estar juntos otra vez, que me perdones y que todo sea como antes.

Kate que estaba convencida de que Henry se había olvidado por completo de ella al escuchar aquello sintió que iba a desmayarse de felicidad. Ella no quería que fuese como antes, quería empezar de cero si es que era posible:

—No quiero que todo sea como antes, Henry —dijo con el corazón a punto de salirse del pecho.

—¿Por qué? ¿Acaso estás con ese cocinero francés? ¿Tan pronto te has olvidado de mí? —inquirió Henry, que la apretó con más fuerza y la besó en los labios con dureza.

Kate rodeó el cuello de Henry con las manos, abrió los labios y dejó que la lengua cálida de ese hombre la invadiera por completo.

Y Henry se dejó llevar, la besó apasionadamente, mordió los labios, exploró la boca, lamió la lengua dulce de Kate que aceptaba todo lo que le daba, hasta que se quedaron sin aliento.

—No he dejado ni un instante de pensar en ti, Henry... —reconoció con los labios pegados a los suyos.

—Ni yo, mi vida. Y lamento tanto lo que pasó, si pudiera dar marcha atrás desde luego que lo haría...

Kate respiró hondo y se sinceró con él sin dejar de abrazarlo:

—He pensado mucho en esto y tal vez hayamos tenido que pasar por esta prueba para conocer la verdadera naturaleza de lo que tenemos. Después de todo somos dos víctimas de Linda y finalmente nos ha servido para darnos cuenta de que no podemos estar el uno sin el otro...

Henry la estrechó fuerte contra él, tanto que ella notó la dureza de la

entrepuerta, y la volvió a besar con todas sus ganas.

—Te amo, Kate Morgan, como jamás pensé que se podía amar a nadie.

—Y yo. Estaba muy dolida contigo, pensé que jamás sería capaz de superar tu traición, pero estas tres semanas sin tener noticias tuyas me han hecho replantearme tantas cosas... Y por fin he podido escuchar a mi corazón, sin más, dejando a un lado el resentimiento y todo el dolor causado por Linda, y la respuesta solo es una: te amo. Te amo con todo mi corazón... Lo que pensaba es que ya era tarde, tanto que me había convencido de que ya me habrías olvidado...

—¿Olvidarte? —preguntó Henry, recorriendo el cuerpo precioso de esa mujer con las manos.

—Pensé que te habrías cansado de esperar y que estarías haciendo tu vida.

—Mi vida eres tú, sin ti no tiene sentido nada.

Kate le abrazó con fuerza mientras dos lagrimones enormes recorrían su rostro:

—Perdona si he sido demasiado dura contigo, Henry. Pero estaba muy furiosa...

—Estabas en tu derecho de estarlo. No actué bien y me arrepentiré hasta el último día de mi vida. Solo espero que puedas confiar en mí otra vez...

Kate le miró, se apartó las lágrimas con los dedos y susurró:

—Solo sé que no puedo vivir sin ti. Te equivocaste y me hiciste mucho daño, pero más duro es vivir sin tu amor. Ahora lo sé y no quiero perderte, Henry...

—¿Y crees que podrás perdonarme algún día?

—Solo sé que te amo y lo demás no importa. Bésame, Henry, bésame...

Kate rompió a llorar de nuevo, mientras Henry lamía su cuello, lo mordisqueaba y luego descendía hasta los pechos que amasó hasta hacerla gemir.

Después bajó la cremallera del vestido, le quitó el sujetador y apartando el vestido que cayó al suelo, le mordisqueó con delicadeza los pezones.

—Cuanto te he echado de menos, Henry. Cuánto...

Henry después de perderse en los pechos maravillosos de Kate, le rompió las braguitas y la dejó frente a él, solo con los tacones.

—Y yo a ti, preciosa. Eres tan bella... —susurró llevando la mano hasta el pubis de la joven que gimió al sentir el tacto de esa mano fuerte y ancha en sus mojados pliegues.

Luego Henry se quitó también toda la ropa y la empujó hasta la mesa donde ella se sentó temblando de deseo.

—Me muero por hacerlo contigo, Henry. Te deseo tanto...

Henry se acercó a ella, con una erección tremenda, abrió las piernas delicadas y colocó la punta del miembro en la entrada de Kate.

—Y yo, Kate. Necesito fundirme contigo...

Los dos se miraron y sintieron que tenía que ser así, una unión perfecta sin que nada los separase, ni siquiera un frío condón... Y al momento, Henry se hundió hasta el fondo de ella, arrancándole tal gemido que le excitó más todavía.

—Házmelo, Henry duro, muy duro, que te sienta como nunca. Te lo suplico...

Kate echó el cuerpo hacia atrás y Henry cogiéndola por las caderas y empujándola hacia él, comenzó a penetrarla tal y como le había pedido, tal y como él también deseaba hacerlo.

Implacable, contundente, sin contemplaciones de ningún tipo, le hizo el amor hasta llegó un momento que sintió que Kate iba a quebrarse y solo tuvo que presionar un poco el clítoris con el pulgar para que se corriera entre gritos y lágrimas.

Luego la cogió en brazos y la dejó sobre un sofá de cuero, temblando,

expectante, deseando mucho más...

Entonces, Henry se tumbó encima de ella y se clavó entero, hasta el fondo, haciendo que ella se retorciera de placer.

Y volvió a penetrarla, intenso, duro, fuerte, hasta que Kate de la mera fricción tuvo otro orgasmo más fuerte si cabe, más especial, más mágico. Y lloró de pura felicidad...

Henry feliz de darle tanto, se excitó más todavía y ella le sintió como nunca. Abierta al máximo de tanto deseo, aceptó todo lo que ese hombre le daba con tanta entrega y tanta desesperación.

Y así, las penetraciones se hicieron tan electrizantes que llegó un momento en el que Henry no pudo más y entonces él se lo dio todo.

Le lamió los labios, la miró a los ojos derretido de amor y gritando el nombre de Kate, el amor de su vida, se corrió dentro de ella, derramándose por completo.

Capítulo 47

Después de asearse en el cuarto de baño, ambos regresaron a la fiesta, felices y cogidos de la mano. Es más, se les notaba tan dichosos que recibieron la felicitación de todo el mundo...

—No sé lo que habrá pasado en ese despacho, hija. Pero no sabes lo que me alegro... —le dijo su madre en cuanto los vio regresar juntos.

—Al final he ganado la apuesta que tanto te escandalizó cuando estaba a punto de entrar en el club Zank. ¿Recuerdas, mamá? Te dije que todo iba a salir bien. Y aquí estamos... ¡Soy feliz y lo estamos celebrando en el mejor restaurante que además es mío! Estoy que floto y te estoy muy agradecida por todo lo que has hecho para que Henry yo estemos juntos.

—Solo deseo tu felicidad, cielito. Y con Henry sé que estarás siempre en buenas manos. Adoro a ese joven, es más le quiero ya como si fuera un hijo. Solo falta que te pida la mano pronto, estoy loca por ser abuela...

Kate se rió, mientras pensaba que a lo mejor no faltaba mucho porque lo que acababa de hacer con Henry era una locura pero necesitaba hacerlo así. Había hecho el amor con él tal y como lo estaba sintiendo en lo más profundo de su ser, entregándose entera, dándose hasta el final, con amor puro y duro.

—Ojalá señora Morgan... Yo lo estoy deseando —aseguró Henry.

—Sí, pero antes tienes que hacer los deberes y pedirle la mano y todas esas cosas. Que a mí sabes que me gustan las cosas bien hechas, Henry... —le recordó la señora Morgan.

Henry se rió a carcajada limpia, mientras pensaba que él desde luego era el principal interesado en casarse, que ya no podía vivir sin esa mujer maravillosa que le miraba muerta de risa.

Luego la madre les dejó solos otra vez, pero al momento llegaron Michael y

Peter que también se alegraron mucho de que estuvieran juntos:

—El amor siempre gana, amigos —dijo Michael.

—Gana pero no veas lo que ha costado ganar el partido —reconoció Henry.

—Y da gracias, porque a mí Peter me hace eso y le tengo un año debajo de la ventana haciendo méritos. ¡Mira que fiarte de la víbora de Linda! ¡Oy, qué error más garrafal!

—Anda cierra el pico, que estamos muy bien y no necesitamos para nada que vengas tú ahora a sacar cosas del pasado... —bromeó Henry sin soltar a Kate de la mano.

—Estuvo fatal, pero con esto aprendí que hay algo más fuerte que todo. Y es el amor... Amo a Henry, pero esto no significa que te vuelva a pasar otra. Una y no más... —le dijo Kate apuntándole con el dedo.

Henry cogió la mano dulce de ella, la besó y luego aseguró:

—Te voy a hacer tan feliz, Kate mía, que no vas a saber si vives o sueñas...

—Como hagas realidad todas mis fantasías, vas a cansarte muchísimo... Jajajajajajaja —comentó Kate, divertida.

—¡Descarada! —le reprochó Michael muerto de risa—. En julio nos vamos los cuatro a los Hampton a follar de felicidad, digo a derrochar felicidad, pero cada uno por su lado por supuesto... Que nosotros somos muy nuestros, nada de orgías ni de esas cosas raras.

Todos se echaron a reír y entonces apareció Lorreine que venía como flotando...

—¿Qué te pasa, Lo, que traes esa cara como de éxtasis?

—Calla que acabo de conocer al cocinero y estoy que no quepo en mí. Pero ¿de qué galaxia viene ese hombre? Ha salido hace un momento a saludar, me ha dado la mano y creo que por poco no me corro y perdonar la grosería.

Todos se partieron de risa y luego Michael dijo:

—Cuidadito que el amor está en el aire.

—Uf. Ese hombre está buenísimo, tiene una presencia, un carisma y una boca para volverse loca de remate... Bueno, ¿y tú no me vas a presentar a este pedazo de hombre que llevas de la mano? —le sugirió Lorreine a su amiga, sin parar de reír.

—Lorreine te presentó al mismísimo Henry Zank, alias ESE HOMBRE.

Lorreine le saludó muy cariñosa y luego dijo divertida:

—Te compadezco, Henry. Lo que has soportado a esta petarda, con el rollo del perdón y todo por una acusación de ladroncilla de nada...

—Que te acusen a ti, nena, a ver qué tal te sienta —repuso Kate.

—A mí si mi acusa un tío como el chef Pierre y me suplica perdón, qué quieres que te diga, amiga, ¡me falta tiempo para perdonarle!

Todos se echaron a reír y justo en ese instante los camareros avisaron de que podían sentarse, pues la cena estaba lista para servirse.

Henry aprovechó para tomar a Kate del brazo, llevársela a un rincón discreto y susurrarle al oído:

—Saber que no llevas ropa interior va a hacer que cene muy deprisa...

—Me he puesto unas de repuesto que tenía en el baño. Así que nada de cenar deprisa, que a ver si se van a pensar el resto de comensales que no te gusta la comida que servimos. ¿Estamos? Tú aquí quietecito hasta que yo te diga... —replicó Kate risueña.

—En ese caso, no te puedo prometer que no te empuje otra vez hacia tu despacho. Te he echado demasiado de menos estos días, Kate...

—Y yo... ¿puedes creer que he soñado contigo todas las noches? Era horrible...

—¿Qué eran, pesadillas? —inquirió Henry, arqueando una ceja.

—No, sueños muy *hot*, mejor no quieras saber... —contestó Kate con un rubor que Henry encontró de lo más *sexy*.

—Claro que lo quiero saber, pienso hacer tus deseos realidad... Como lo

de antes, otra vez piel con piel... Es una pena que tomes la píldora porque me habría encantado embarazarte en ese reencuentro en tu despacho.

—¿Píldora? —preguntó extrañada—. Dejé de tomarla cuando rompí con John, no tomo nada. Lo he hecho así porque sentía que tenía que hacerlo, pero si quieres puedo tomarme la píldora del día de después.

—No. Al contrario —musitó Henry, feliz—, te estoy diciendo que me encantaría que nuestro reencuentro diera frutos, si hasta he soñado que tenemos hijos... Pero en ese caso, tenemos que casarnos ya mismo. No les podemos dar ese disgusto a tu madre y al padre George... Les prometí que iba a tener un comportamiento intachable.

—¿Qué? ¿Casarnos? ¿Estás loco o qué? —replicó Kate que no daba crédito.

—Sí, en tres semanas a lo sumo. Hay que tenerlo todo previsto por si hemos hecho diana. Y si no, pues eso que tenemos ganado... Yo ya no puedo vivir sin ti y a tu madre y al padre George tampoco podemos darles el disgusto de irnos a vivir juntos sin estar casados.

—¿Por favor Henry Zank que estamos en el siglo XXI! Respeto a mi madre y a los principios del padre George pero hago con mi vida lo que me da la gana...

—¿Entonces qué propones? Y no me vale lo de ir poco a poco, porque yo ya no puedo soportarlo. Necesito que estemos juntos, pero ya...

Kate se quedó pensativa y después, llevándose el dedo índice a la barbilla, habló:

—La verdad es que tu apartamento no está nada mal, me encanta la chimenea y las vistas son mejores que las mías. Y bien pensado celebrar una boda en mi restaurante sería el espaldarazo definitivo. Luego, podíamos irnos a bailar al club Zank... Así todo quedaría en casa...

Henry la miró divertido y luego dijo:

—Piensas más en los negocios que en el amor. Muy bonito, señorita Morgan. Suena tan romántico...

—Jajajajajajajaja. Deja que me vengue un poquito, que he sufrido mucho por tu culpa...

—¿Y qué crees que yo no he sufrido? No he parado de odiarme por haberte hecho daño, por haber creído a esa víbora, por dejarme manipular así. Te juro que jamás me va a suceder nada parecido, jamás, Kate.

—Te creo, Henry. Y perdónate de una vez, dejemos todo atrás y sigamos adelante. Lo importante es que estamos aquí... —le pidió rodeándole el cuello con las manos.

—Y con una pregunta en el aire: Señorita Morgan, ¿te quieres casar conmigo? —preguntó emocionado, cogiéndola por la cintura.

Kate respiró hondo, sonrió como nunca y respondió segura:

—Sí, Henry Zank, quiero casarme con el hombre más maravilloso del mundo.

—¿Estás segura de que ese soy yo? —bromeó Henry arqueando una ceja.

—Absolutamente...

Y Kate acercó los labios a los del hombre que amaba y se fundieron en un beso sencillamente perfecto...

EPÍLOGO

Tres meses después, Kate y Henry se casaron muy enamorados en Nueva York y lo celebraron en los locales de ambos.

Kate no estaba embarazada, pero se quedó un año después y nació un niño precioso al que llamaron Henry como su padre.

Lorreine, que acababa de iniciar un romance con Pierre el chef, fue la madrina del pequeño y Michael que llevaba meses de feliz matrimonio con Peter: el padrino.

Obviamente, el niño fue el consentido de todos, hasta que al año siguiente llegó una niña, Joana, que le robó todo el protagonismo.

La señora Morgan estaba encantada de ver a su hija tan feliz al lado del crápula que en su día despertó todas sus alarmas, pero que había llegado a querer como un hijo.

Y ni que decir tiene que, como habían soñado, la casa de Kate y Henry se llenó de risas, de amor y de felicidad: porque amar es un sueño maravilloso que a veces se hace realidad...